FRAY MOCHO



"LA ESTRELLA DEL ELENCO"

Por Julio Suárez

N.° 765

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI

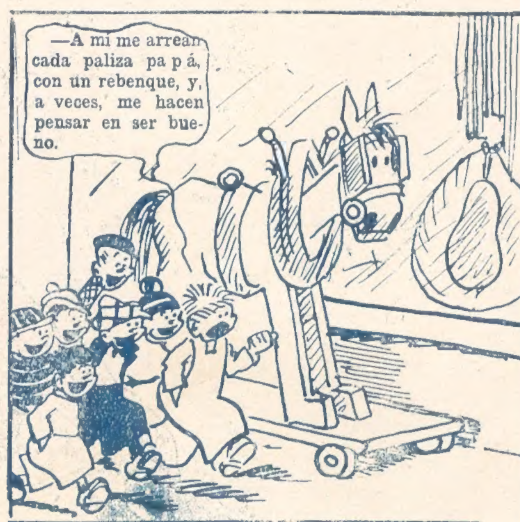






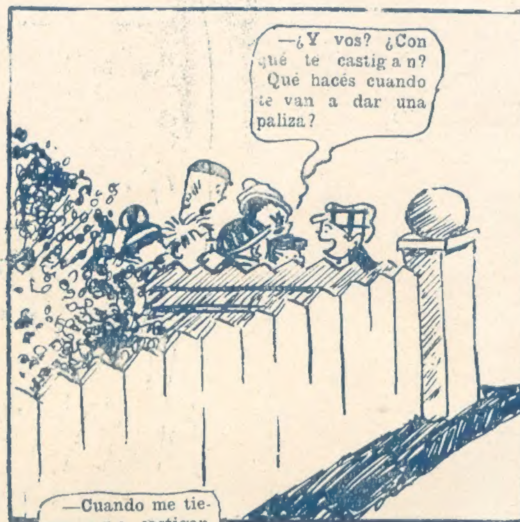




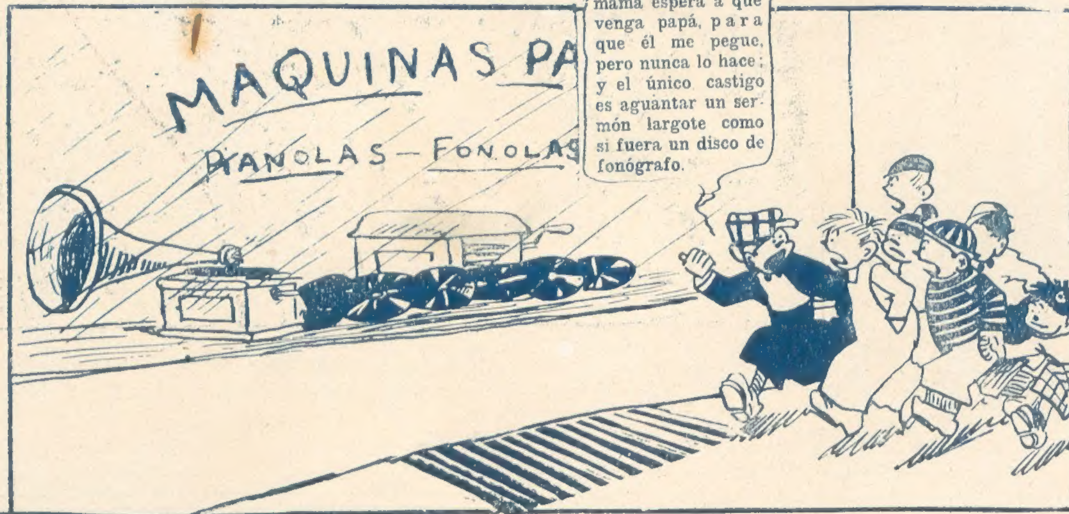












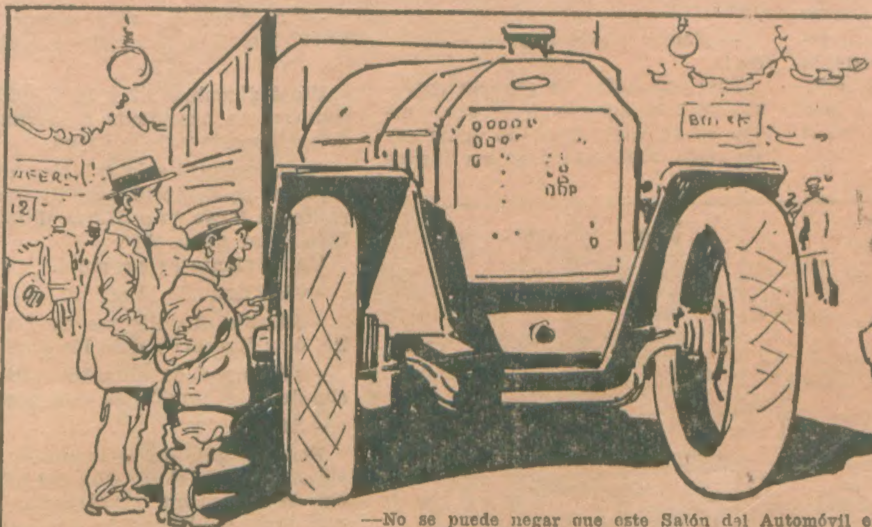


FRAY MOCHO



Año XV | Buenos Aires, 21 de diciembre de 1920 | N.° 765

DEL MOMENTO, por Rojas



—No se puede negar que este Salón del Automóvil es una cosa magnífica. ¡Qué camión más estupendo!
—Si fuera tuyo ¿qué harías?
—Aplastar gente.



—El Papa Pío XI está escandalizado con las modas femeninas. El Sumo Pontífice nos recomienda a los que somos padres de familia que reprimamos la irreverencia y la corrupción.
—¿Tú qué piensas decirle a tus hijas?
—Esta noche no puedo decirles nada porque las tengo que llevar al bataclán.



—El rey de Rumania está tan flaco, que el otro día se quitó la corona porque no podía con ella.
—Después de todo no ha hecho más que adelantarse a los acontecimientos.



—Ya veo que se divirtieron mucho en el Corso de las Flores.
—Muchísimo. Precisamente llevamos vendada la cabeza porque entre las flores nos tiraron un ladrillo. ¡Pero nos reímos mucho!



—Para evitar las uniones ilegales, se va a crear en Italia un impuesto a los solteros.
—Pues si aquí, a nuestro gobierno le da por imitar al de Italia, tú y yo, que somos solteros, tendremos que casarnos.
—Casarnos es lo de menos; pero ¿y?...

Amor desinteresado

Por Juana Landre

Entró resuelto, arrogante, saludó ligeramente al patrón del establecimiento y pasó a la habitación inmediata donde un altoparlante lanzaba sin cesar los sones de invisible orquesta, que permitían a las parejas desentumecer las piernas.

Era el recién llegado un chauffeur elegante. Se sentó, se hizo servir una copa de anís y paseó su mirada de hombre ducho y buen conocedor, sobre la clientela femenina. Esta era perfecta.

El café, en cuyo interior permitíase bailar, abrigaba rara vez a la gente distinguida del barrio de Courcelles, donde se hallaba situado, pero no por ello era un lugar mal afamado, sino todo lo contrario. Tenía su especialidad que era la de reunir a toda la servidumbre de las grandes casas de las cercanías.

En más de una ocasión se realizaron allí fiestas y se iniciaron flirts en los que los protagonistas usaban modales, delicadezas y gracia tales que eran copia fiel de las que empleaban los elementos del gran mundo.

Las damas que se encontraban en el café-cabaret, sintiéronse impresionadas al ver a aquel chauffeur desconocido, que vestía uniforme de corte irreprochable, gorra de plato ornada por una cadeneta dorada, polainas de cuero y guantes con amplias vueltas de piel, y parecía un vistoso oficial ruso de la época del zarismo.

—¡Qué linda figura! — murmuraban algunas.

Pero él, indiferente a esa admiración se fijó en una figurita que vestía un traje de seda color escarlata, rematado por un turbante del mismo género y color. Su talle fino, su pie diminuto y sus miradas adormecedoras, dábanle apariencias de ser una odalisca turca lanzada por las modernas costumbres turcas al mundo de los placeres europeos.

La tomó de un brazo y posó los labios en él.

—Oh! ¡Qué rapidez de movimientos! — protestó ella. — Mucho cuidado con lo que hace.

Pero aquella cólera no iba muy de acuerdo con la sonrisa que iluminaba su cara.

El chauffeur respondió con tono acariciador.

—Es que me agrada usted extraordinariamente... ¿Hago mal en demostrárselo?... ¿Tal vez no es usted libre?

—Sí, lo soy.

—Entonces, qué la impide sentarse aquí a mi lado?

Las relaciones espontáneas tienen la ventaja de precipitar las confesiones. Mientras humedecía sus labios con una copa de licor, la joven miraba disimuladamente a su galanteador, quien juzgó correcto presentarse.

—Soy chauffeur, me llamo Anatolio. Acabo de dejar al patrón en la estación del ferrocarril y antes de encerrar el auto he querido divertirme.

Por no ser menos galante, la muchacha manifestó también su nombre y cualidades.

—Yo me llamo Susana Piffois—dijo—y estoy de doncella en casa de un agregado a una embajada.

—¡Uff! ¡Un diplomático!

—Es centroamericano... ¿Y su patrón, qué hace?

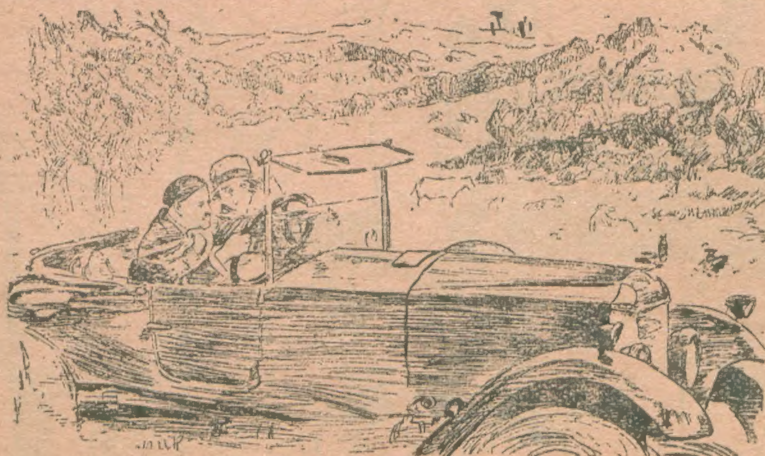
—Nada... O mejor dicho, hace el pavo día y noche — respondió él sin vacilar.

Rió la muchacha y Anatolio cobró más ánimos.

—Si usted fuese buena... Pero buena de veras, ¿sabe lo que podíamos hacer?

—Yo no puedo adivinarlo...

—Saldríamos de aquí. El Rois-Royce que está a la puerta, es como si fuese mío, porque el patrón está de viaje. Se ha llevado a todos los sirvientes y el amo de la casa soy yo ahora. Primero iríamos a dar una vuelta por el bosque y luego iríamos a casa, donde cenaríamos...



Fué un paseo delicioso por la frescura del bosque...

El programa era realmente tentador y ella lo debió comprender así, pues se levantó resueltamente y dijo:

—¿Vamos?

—En seguida, — respondió él, arrojando un billete sobre la mesa sin esperar el vuelto.

Fué, para empezar, un paseo delicioso por la frescura del bosque, paseo no muy largo, es verdad, porque Anatolio parecía tener prisa por llegar al fin de la aventura.

No lejos de la calle Nicoló, dejó el auto en un garage y tomados del brazo se encaminaron al lujoso nido abandonado por los pájaros de lujoso plumaje que habían emigrado para pasar el verano en otros climas.

Entraron en la morada, espléndida y de gran riqueza. Atravesaron el hall y algunos salones, mientras él exclamaba divertido, al abrir cada puerta:

—¡Somos ahora unos nuevos ricos!

Ella aplaudía. Le parecía entretenido todo aquello. Hallábanse como en su casa. Anatolio debía ser de suma confianza para los dueños de la mansión, pues tenía la llave de todos los muebles.

De un aparador sacó botellas de varios licores, fiambres y pastas. De un ropero, pyjamas y kimonos de seda. Se despojaron de sus vulgares ropas y vistieron las de fantasía.

Fué una noche sin igual. Al amanecer, Anatolio pareció recobrar el buen sentido.

—Escucha — dijo a su compañera. — Supongo que no tendrás interés en perjudicarme... ¿Comprendes? Hay que evitar las murmuraciones si llegaran a verte. Debes salir ahora mismo para no llamar la atención.

—Me parece muy bien. Además yo tengo que llegar temprano a casa de mis patrones.

Anatolio quiso darla un recuerdo de aquel encuentro singular, pero ella se mostró ofendida.

—¿Plata? ¿Por quién me tomas? ¿Quieres ofenderme? ¿Plata entre nosotros que tenemos que ganarnos la vida sirviendo a los demás?

—Entonces,— repuso él algo desconcertado. — Toma cualquier cosa de este armario... Mira este espejo de plata.

La muchacha protestó con más energía aún.

—No, Anatolio. ¿Vas a ser ladrón? No. Eso jamás lo consentiría yo.

Pidió disculpas él y se despidieron con un beso lleno de ternura, de melancolía y de gratitud.

Cuando quedó solo volvió a acostarse y permaneció pensativo durante un largo rato. Horas después hizo sonar un timbre.

Un sirviente se presentó.

—¿Ha llamado el señor?

—Llévate el uniforme de Anatolio, devuélveselo y dale las gracias.

—¿Ha quedado el señor satisfecho de su excursión de esta noche?

—Sí.

Pero un dejo de amargura se insinuaba ya en el corazón del héroe de la aventura. Disfrazado de chauffeur había podido saborear el desinterés del amor... Volvía la hora en que las relaciones con otra mujer habrían de recordarle que su posición no le permitía esos goces infantiles.

SIESTA

Las vacas rumian chismes sobre el prado. A la sombra
de los álamos duermen rendidos los labriegos
con la nuca apoyada sobre los brazos. Canta
en sus arpas de seda su oración el silencio.

Un fuerte olor a alfalfa y a leche fresca flota
en el ambiente de honda naturaleza lleno;
y el demonio sensual escondido en la fronda
sonríe con sus labios húmedos de deseo.

Hora de amores; hora de voluptuosidad.
Hora en que fuertemente se agiganta el anhelo
de cantar en voz baja sobre el musgo amoroso
la profunda y fecunda comunión de los cuerpos.

ALFREDO R. BUFANO.

La cuerda de los relojes

La cuerda de los relojes se rompe muchas veces por efecto de las tormentas. A propósito de esto escribe un antiguo relojero: "Es cierta la influencia de las tormentas en la rotura de la cuerda. Sólo las lluvias bastan, en muchas ocasiones, para determinar la rotura. El treinta por ciento de los muelles de cuerda que repongo durante el año se rompen en los meses lluviosos. La influencia barométrica es mucho mayor en los muelles nuevos que en los que llevan trabajando largo tiempo, y los meses lluviosos constituyen el período crítico para probar su elasticidad.

"Muchos relojeros pueden citar casos de muelles rotos, no en dos pedazos, sino en diez o doce, como si los hubiesen aserrado. Esto no puede ser debido más que a la electricidad, y una atenta observación me ha hecho suponer que no es extraño a las roturas en tiempo tormentoso, el contacto de la bencina o el engrasado excesivo de los muelles, por cuya razón cuando pongo una cuerda nueva en época de lluvias o tormentas, procuro no pasarla siquiera por la bencina y para limpiarla la froto con un taquito y trapo ligeramente mojado en aceite común, fresco, para poder secarla bien".





SINTÉTICAS

LA PRUEBA DEL FUEGO

Como es del dominio público, algunos señores diputados nacionales habían puesto en tela de juicio, el poder ofensivo de la artillería del acorazado "Rivadavia". Convínose, pues, en realizar una cita de honor, donde el formidable dreadnought habría de levantar tales cargos, demostrando, prácticamente, la potencialidad y eficacia de su armamento; y con la asistencia del presidente de la República, de los ministros de Guerra y Marina y de los miembros de la comisión parlamentaria encargada de inspeccionar las pruebas, lleváronse a efecto los ejercicios de tiro de combate en las tranquilas aguas de Mar del Plata.

La gran nave, en medio de intensa expectativa y dando la sensación de una hecatombe naval, atronó el espacio, disparando, contra un blanco, hasta seis andanadas consecutivas, con todos los cañones de grueso calibre que lleva a su bordo.

Después de esta prueba sensacional, regresaron los concurrentes, al parecer, contentos y satisfechos. Pero...

Aunque el monstruo, sobre el mar,
Lanzó, de fuego, un alud,
Es cosa de lamentar
Que el blanco, que iba a "matar",
Goce de buena salud.

SORPRESAS ELECTORALES

Después de tres semanas de cansadora labor, terminó, al fin, el escrutinio de las elecciones municipales últimamente realizadas en la capital federal.

En esta ocasión, los candidatos de los grandes partidos en lucha no han pasado por las desazones y angustias que, en comicios anteriores, han solido provocar las alternativas de altas y bajas en los cómputos de los sufragios. El escrutinio que nos ocupa, se ha caracterizado por que desde un principio barrió ilusiones y esperanzas, bosquejando, primero, y acentuando, firmemente, después, uno de los más sensacionales triunfos que haya podido alcanzar el partido irigoyenista, el cual ha liquidado a su favor cerca de 28.000 votos más que los obtenidos por los socialistas, sus, en otros tiempos, temibles adversarios. Y esta desconcertante sorpresa se produce, precisamente, cuando se aseguraba que había terminado la actuación política del señor Irigoyen...

Ante la pobre inventiva
De este parecer insólito,
¡Cómo será de expresiva
La risa de don Hipólito!

PALOS DE CIEGO

El público, ese ser abstracto que es multiforme y amorfo, soberano y vasallo, que manda y obedece, que es dueño de todo y no posee nada, se ha distinguido siempre, en medio de su esencia contradictoria, por una característica invariable: la de estar condenado a pagar los vidrios rotos y a recibir todos los palos.

El directorio de la Caja de Conversión, con un solo plumazo, acaba de quitar su valor efectivo a todos los billetes de moneda nacional, que ostenten inscripciones impresas o manuscritas, sellos con anuncios, "reclames" comerciales, etcétera. Indudablemente, la absurda disposición quiso ir dirigida contra los que utilizan los billetes de banco con fines de propaganda, pero, como no podía menos de suceder, el público ajeno al asunto, es el que debe pagar el daño y ser el único perjudicado, desde que no tendrán valor alguno los billetes en tales condicionas, que obren en su poder.

Cultivadores del yerro,
Aunque la razón se quiebre;
Apuntan contra la liebre
Y en cambio matan al perro.



UNA CAIDA

Por Héctor Pedro Blomberg

Muchos años después, cuando su padre y su madre se hubieron ido, María tenía siempre presente el recuerdo familiar de aquella tienda oscura, llena de olores vagos, en la cual habían transcurrido los primeros años de su niñez.

Aprendió a leer sentada en los rollos de cuerdas de la tienda del "ship-chandler" de la calle Pedro Mendoza, y uno de los espectáculos más vívidos de su infancia eran los navíos, los pesados veleros de ultramar, pintados de gris, de verde o de rojo, con sus cordajes complicados y sus marineros de ojos azules, las balleneras, de los ríos, llenas de aromas tropicales.

El padre de María abrió su negocio de "ship-chandler" allá por 1899, en la ribera populosa y abigarrada. Había sido comisario de un barco de ultramar, y con algunos fondos se estableció allí, entre los fondines genoveses y los cafés escandinavos.

Allí nació María, entre las anclas cubiertas de herrumbre, los rollos de cuerdas y los faroles de las goletas dinamarquesas.

Cuando el antiguo comisario murió asesinado en el bar de la "Campana Azul", un café alemán del barrio, un hombre vestido de negro que solía visitar al "ship-chandler", un hombre sombrío y antipático, con el cual ambos discutían siempre violentamente, se presentó en la tienda y se apoderó de todo, de los rollos de cuerdas, de las anclas, de las lámparas de tormenta, de los libros, y puso en la calle a María, que contaba entonces 14 años, y a su madre.

María lloraba amargamente, comprendiendo la catástrofe que se había desencadenado sobre su pequeña vida.

—¿Dónde iremos, mamá? — preguntaba, empaquetando sus pobres vestiditos y descolgando de la pared una fotografía borrosa de aquel padre que se había ido y las había dejado solas en el mundo.

La viuda, pálida, con los ojos enrojecidos, callaba.

—Es una injusticia, señor, es una injusticia, — decía con acento monótono y dolorido, como si comprendiera la inutilidad de toda protesta.

—Su marido, señora, era un ladrón, — dijo brutalmente el hombre, — este negocio fué abierto con dinero que robó en la caja del buque donde era comisario, y yo, en representación de los dueños de ese buque, debo hacerme cargo de todo lo que hay aquí.

María lo escuchaba con los ojos muy abiertos.

—¡Mentira! ¡Mentira! — chilló, sintiendo que los sollozos la ahogaban.

El hombre volvió a encogerse de hombros.

—Todo lo que usted haga es inútil, — añadió, — tengo en mi poder las pruebas de que su marido era un ladrón...

La viuda, agobiada, bajó la cabeza. Recordaba las disputas frecuentes entre su marido y aquel hombre duro y siniestro, en las noches hondas de la ribera, mientras la pequeña dormía y subía hasta las casuchas el murmullo eterno de las aguas.

Adivinaba una historia terrible y oscura, un drama antiguo escondido en la conciencia de aquellos dos hombres. Pero no se resignaba a creer que el difunto hubiera sido un ladrón.

Tuvieron que irse, una tarde de octubre.

María recordaba que cuando salieron, habían visto con ojos nublados por el llanto, un barco de ultramar que partía, todo rojo, casi sangriento, en el crepúsculo.

II

Vivían ahora en una de las casuchas de madera y zinc de la Boca, en una pieza oscura, desde cuya ventana se veían los mástiles de los veleros y la taberna de la "Campana Azul", donde había sido asesinado el "schip-chandler".

En el alma de la madre de María parecía haberse hecho el silencio. Cosían ambas para vivir, ropas de las familias obreras del barrio, trajecitos para los niños de las empleadas de las fábricas de gorras y alpargatas.

María contaba 14 años, y era, en aquel pueblo oscuro y miserable de tripulaciones ebrias y andrajosas, una flor exótica, de esas que crecen en los invernáculos de la miseria, entre los relentes de alcohol y las emanaciones pestilentes de las aguas muertas, a la sombra de las conejeras humanas.

Algunos días apenas tenían lo suficiente para comer.

La viuda lloraba en silencio, cuando María se quedaba dormida sobre la costura. Tenía un hermano que trabajaba en un astillero de la Vuelta de Rocha, pero el pobre apenas ganaba para su mujer y sus seis hijos.

María no perdía el ánimo.

Así pasó otro año.

Solía encontrar a veces en la calle al hombre que las había arrojado a la calle, vestido siempre de negro, con los bigotes teñidos y lentes ahumados.

El al principio la miraba con indiferencia, como si no la conociera. ¿Acaso no era la hija de un ladrón?

Después, al sentir sobre sí la mirada grave y profunda de la muchacha, parecía turbarse y la esquivaba.

Un día que tropezó con ella en una esquina, la saludó quitándose el sombrero.

Pero ella pasó de largo, mirándolo fría y serenamente.

III

Contaba María 16 años cuando una noche, al legar a su casa con el paquete de costuras bajo el brazo, encontró a su madre profundamente dormida.

En la habitación cerrada, flotaba un olor penetrante, inconfundible, el olor que siempre la hacía estremecer cuando pasaba por las tabernas inglesas y escandinavas de la orilla. En el suelo, junto a la cama, había una botella vacía.

Lloró esa noche, sentada al borde del lecho, todas las lágrimas de su vida.

Desde hacía algún tiempo lo sospechaba. Acarició los cabellos grises, y la dormida, abriendo los ojos y mirándola sin reconocerla, murmuró con acento espeso y confuso:

—No era un ladrón... No era un ladrón...

María estrechó contra su pecho la cabeza gris y la arrulló dulcemente.

—No, mamita, no era un ladrón, —murmuró, conteniendo el llanto.

La ebria suspiró y volvió a su pesado sueño.

Hasta los sucios rincones de las conejeras humanas llegaban las voces confusas, canciones de otros países, en idiomas desconocidos, violentas disputas, sones de acordeón.

Al día siguiente la viuda se sintió enferma. María no dijo nada, y después de humedecerle el rostro y las sienes, se fué en busca de costura.

A partir de entonces, la viuda siguió bebiendo. María no podía descubrir dónde ni cómo su madre conseguía las botellas faltales, porque apenas le dejaba los centavos necesarios para la comida.

Poco a poco llegó a acostumbrarse al olor nauseabundo de la ginebra, a los estupores profundos de su madre, cuyo organismo iba consumiéndose en la hoguera de alcohol.

Un día consiguió trabajo en una fábrica de gorras de Barracas, una gran fábrica en la que trabajaban muchas muchachas rusas de la Boca. Aquel trabajo era más seguro que las costuras y se alegró un poco.

Por aquel tiempo la viuda entró en una manía singular.

—Me voy a morir, María, — exclamaba con acento monótono, — me voy a morir, y cuando me muera...

Quería un entierro hermoso, imponente, un coche con cuatro grandes caballos negros, un velorio al que fuera mucha gente, y en el que hubiera refrescos, chocolate, bebidas, sandwiches...

Insistía penosamente en los detalles de aquella apoteosis póstuma.

María, llena de dolor, le decía para tranquilizarla:

—Sí, mamita, sí... Cuatro caballos negros...

IV

Aquel muchacho moreno que la esperaba en las esquinas todas las mañanas y la seguía por las callejuelas, la detuvo una tarde.

Estaba empleado en una barraca vecina, en el escritorio, y hacía más de un año que la veía pasar. La quería...

Cuando se separaron, María vió al hombre que las había arrojado a la miseria; estaba acechando con disimulo, absorto al parecer en la contemplación de un velero pintado de celeste que se alejaba por el canal.

El muchacho se acostumbró a esperarla todos los días. Se llamaba José Grossi y ganaba 120 pesos en la barraca. Pero esperaba ganar más, porque el patrón lo estimaba y tenía gran confianza en él.

Un día le confesó que no ignoraba cómo había muerto el "ship-chandler".

—Lo mataron a traición, — dijo, — a mí me lo contó el mozo de la "Campana Azul", y por otra parte, toda la Boca sabe que fué un crimen cobarde y alevoso...

Pasaban frente a la tienda donde ella había nacido.

Las anclas cubiertas de herrumbre, los rollos de cuerdas, estaban en el sitio de siempre. En la penumbra de la tienda se balanceaba el mismo farol de tormenta a cuya luz había aprendido a leer.

El recuerdo del drama volvía, claro y distinto, a su memoria.

José Grossi la miraba de reojo.

—Este negocio era de ustedes, antes, ¿no? — preguntó.

—Sí, — contestó ella, apresurando el paso. Le hacían daño aquellas visiones de su niñez.

MADRE ILUSIÓN

Madre ilusión, no tejes cual la débil araña,
en mi alma tu tela invisible y extraña
como antes, ni avivas, mi ensueño, mi pasión...
por eso me parecen sombríos los paisajes,
los horizontes grises, distintos los plumajes
de las aves que un día me dieron su canción!

Oh! realidad palpable, ésta, de verlo todo
pálido y sin colores, siempre del mismo modo,
mientras se va marchando la novia juventud;
no tener en los ojos como antes la venda
del misterio y cruzar silencioso la senda
de la vida, llevando del brazo a la inquietud.

Madre ilusión te has ido...! Dónde encontrarte ahora
que todo ante mi vista se achica y descolora
y sólo canta en mi alma un triste ruiseñor,
que ha muchos años hace que me ofrece sus dones
y me exalta a que adore y me dé en las canciones,
como un naranjo en flor!

FELIX B. VISILLAC.

José Grossi se quedaba embobado mirándola.

¡Qué diferente era de las hijas de los genoveses y rusos del barrio! Si tuviera un vestido rico, parecería una señorita de esas que se ven por el centro, pensaba, y se indignaba al recordar que no ganaba más que 120 pesos.

Las arboledas del parque Lezama fueron propicias a aquellos amores; pasaban ambos las tardes dominicales entre aquellos árboles magníficos, en el jardín señorial, donde se volcaba, bajo el claro cielo de noviembre, el pobrerío abigarrado de la ribera.

Un sentimiento de congoja oprimía el corazón de María al volver a la Boca.

Pensaba que iba a encontrar a su madre roncando estertorosamente, con una botella vacía al lado.

A pesar de sus grandes dolores íntimos, aquellos días fueron dulces para María. Hacíanla olvidar un poco la angustia de su existencia, y soñaba, en sus noches de obrera, que un día acaso no lejano José Grossi se casaría con ella, que su madre dejaría de beber, y que los tres, en el turbio regazo de la ribera, serían felices...

Por la mañana, cuando salía de la casucha, la dársena sur bullía bajo el sol; sus olores penetrantes fermentaban bajo el cielo azul.

Y los barcos saliendo con la marea, en los calientes mediodías o en los atardeceres fatigados, mientras en la noche las luces de las boyas temblaban a la distancia, como puñados de estrellas que flotarán sobre el río.

V

—Sí, mamita, sí... Con cuatro grandes caballos negros... Pero todavía no te vas a morir...

La viuda apoyó la cabeza en el regazo de María, y balbuceando algunas palabras confusas, volvió a quedarse dormida.

María la contempló, amorosa y dolorida. Pensaba en los días en que cuado regresaba de retirar la costura de los conventillos, la encontraba inmóvil junto a la ventana, contemplando la taberna donde habían asesinado al "ship-chandler"

Entonces no había empezado a beber.

—Sí, mamita, sí — murmuraba, arrullándola como a un niño en la cuna, mientras la viuda gemía confusamente en su sueño.

Se había declarado una huelga en la fábrica de gorras, que permanecía cerrada y silenciosa. Centenares de mujeres, muchachas en su mayor parte, habían quedado sin trabajo.

María no dijo nada a su madre, pero siempre animosa, se puso a buscar trabajo en las fábricas del sur.

Pero no encontro nada, ni siquiera costura en la vecindad, como antes.

Una noche, al volver a su casa, después de una busca estéril, un hombre la detuvo en la puerta. Parecía haber estado esperando desde hacía largo tiempo.

Me parece que esta carta es para usted, — le dijo.

María leyó el sobre. Era una letra desconocida. Además, ¿quién podía escribirla a ella que conocía tan poca gente?.

La leyó a la luz amarillenta de acera.

"Señorita: Le ruego me permita en que se encuentra. ¿Puede concederme una entrevista? Esperando su grata contestación, la saluda su atento y S. S.

Montenegro"

—¡Montenegro!

María palideció de ira y de indignación. Hasta el nombre de aquel miserable tenía algo de siniestro y fúnebre. Porque Montenegro era el que las había arrojado a la calle, el que había llamado ladrón a su padre muerto.

El hombre, un peón de almacén, esperaba.

—¿No hay contestación? —preguntó.

—Sí, — dijo María, — es ésta... Dígaselo al canalla que lo ha mandado...

Rompió la carta en menudos pedazos, y luego los pisoteó con rabia, como si pisoteara el corazón del miserable. Luego entró corriendo en la casa.

El hombre miró tristemente los pedazos de papel que el viento del río se llevaba y se encongió de hombros.

—Mal negocio, — dijo, y se perdió en las callejuelas.

Una vez en su habitación, María soltó el llanto. Su madre al oirla, se acercó y atrajo la morena cabeza hacia su flaco pecho. Las nieblas del alcohol parecían despejarse en su cerebro, y el instinto maternal, dormido durante tanto tiempo, sacudió sus entrañas.

—¡Hija, hijita mía!

La miró con turbias pupilas que se aclaraban por instantes.

—El mundo es malo, corazón... Los hombres son injustos, son crueles, — murmuró, arrullándola dulcemente.

La crisis pasó. Enjugándose los ojos, María fué a preparar la comida en el patio.

Cuando volvió, su madre, que había aprovechado su ausencia para beberse media botella de su ginebra misteriosa, estaba tendida en la cama, balbuceando confusamente.

—¡Mamá, mamita! — gimió la desventurada.

La ebria la miró con ojos enrojecidos.

—Cuando me muera... No te olvides...

—Sí, mamita, sí... Con cuatro caballos negros...

VI

No volvió a recibir más cartas. Grossi, que ignoraba todo lo sucedido, le contó que sus patrones le habían subido en 15 pesos el sueldo. Ya era algo. Y ella, ¿no había encontrado nada todavía?

No, no había encontrado nada. El trabajo escaseaba más que nunca; los barrios del sur estaban llenos de muchachas desocupadas. Era una época mala, mala como nunca... Pero ella no perdía la esperanza.

Llegaba el otoño, un otoño apacible, y los vientos del río, al soplar entre el cordaje de los veleros, al barrer las calles estrechas de la Boca, traían aún soplos del verano.

En el pueblo pobre hormigueaban las oscuras muchedumbres; todos los acentos del mundo sonaban en las angostas y populosas vías.

Pronto empezó a refrescar. Anunciábase el invierno, el invierno terrible de los pobres, con sus vientos glaciales sacudiendo las frágiles casuchas, con sus lluvias lentas e interminables rimando sus canciones monótonas y desoladas en los tejados de hojalata, en los patiecillos melancólicos y solitarios.

Llegó el primer domingo de aquel otoño.

La situación de María era desesperada. El crédito se había agotado desde hacía tiempo. Sin embargo, la viuda continuaba bebiendo diariamente. María se desesperaba cada vez más.

Prudencia mundana

Cierto sabio tenía una numerosa familia que mantener y muy escasos medios; expuso su situación a un rico que le tenía en gran estima. El rico desaprobó esta acción, juzgándola indigna de un hombre de talento.

—Cuando no estés contento con tu fortuna, no te acerques al amigo más querido por tí, o de lo contrario cambiarás tu alegría en tristeza. Cuando expongas tus pesares, conserva un aspecto alegre y risueño; quien siempre tiene la cara alegre, consigue lo que quiere.

Cuéntase que el rico le socorrió, pero que luego trató le con menos respeto que antes. Después de algún tiempo, notando él este cambio de afecto, dijo:

—Malo es el alimento que mendigas en tiempo de necesidad; en verdad que cuece la ollas en el hogar, pero en cambio disminuye tu reputación. El ha aumentado mi pan, pero ha rebajado mi honor; mejor es carecer de todo que tener que pedir algo.

SA'DI.

¿De dónde salían aquellas misteriosas botellas, aquel río de alcohol que arrastraba a la desventurada viuda a la locura y a la muerte?

—Dímelo, mamita, dímelo...

Pero la viuda guardaba silencio, o murmuraba palabras incomprensibles.

VII

Grossi, pálido y conmovido, escuchaba las palabras de María, y se desesperaba. ¿De dónde iba él a sacar el dinero?

—Quería un velorio al que fuera mucha gente, un lindo entierro, con cuatro caballos negros...

La interrumpió el llanto.

El último sueño de la desventurada era un mandato póstumo. Era preciso dar a sus huesos humildes la triste pompa con que soñó en sus días postreros.

—Le pediré al cajero de la barraca... Pero...

María iba por las calles de la Boca sintiendo que la tierra se abría bajo sus pies. Allá arriba, en la pieza miserable, su madre muerta esperaba el bello entierro de sus sueños alcohólicos.

Una figura se dibujó ante ella, una figura vestida de negro, un hombre que llevaba lentes ahumados. Era el verdugo de los suyos, el ángel malo de aquellas tres pobres vidas, de las que no quedaba más que una, desolada y perdida en las honduras de la existencia.

El hombre la había visto y marchaba a su encuentro, sin apresurarse.

María lo miraba, pálida y fascinada. Parecíale que un reptil monstruoso se le acercaba bajo el sol, en el estrépito luminoso del puerto.

Quiso huir de allí, irse lejos, donde no la quemaran aquellos ojos ávidos e invisibles.

Pero el recuerdo de aquella muerta que estaba esperando allá, en la pieza solitaria, la contuvo.

Y murmuró con voz ronca, extraña:

—Sí, mamita, sí, con cuatro caballos negros...

VIII

El deseo póstumo de la viuda se cumplió en todas sus partes. El velorio atrajo a todo el barrio. Un grupo de marineros extranjeros había entrado al ver las luces y la gente, y lloraron lágrimas de whisky por aquella muerta desconocida, hasta que el encargado del conventillo los arrojó a empujones.

Las mujeres de la barriada, agrupadas en los rincones, recordaron el pasado de aquella familia casi desaparecida, el casamiento de la viuda, el asesinato del "shipchandler", el despojo de la tienda...

El entierro fué como había soñado la viuda que fuera, y uno de los más imponentes de que existiese memoria en el barrio, que habló de él durante meses.

El único que no asistió al sepelio, — al que concurrieron todos los clientes de la "Campana Azul", presididos por Morgenthau, el patrón, — fué Grossi.

El pobre muchacho no había comido ni dormido desde el instante en que María fuera a verle y a contarle la muerte de su madre, y a pedirle el dinero para cumplir su última voluntad.

Al día siguiente econtró una solución.

Cuando el cajero salió para almorzar, forzó la caja, sacó quinientos pesos, y estuvo temblando toda la tarde, esperando que de un momento a otro el robo se descubriera.

Pero nadie le dijo nada, y llegó a pensar que acaso nunca le atribuyeran el delito...

Empezó a oscurecer.

Trémulo de emoción y ansiedad, corrió en busca de María.

—Llegaré a tiempo, — murmuraba por el camino.

Grossi vió un hombre y una mujer que se acercaban lentamente por la calleja oscurecida. Ambos vestían de negro, al parecer, y los ojos del hombre parecían dos agujeros negros a la luz insegura de los faroles.

Los vió acercarse, inmóvil, fascinado. En aquellas dos figuras que llegaban a la calle Pedro Mendoza y subían a un automóvil que parecía esperarlos, creía encontrar algo de familiar.

A las seis cuadras alguien le tocó el hombro. Se volvió y dos hombres se le pusieron al lado.

—Regístrelo, agente, — dijo uno de los hombres al otro.

Mientras las manos prácticas del pesquisa hurgaban sus bolsillos,

—Aquí está el dinero, — dijo el pesquisa, sacando un rollo de billetes de un bolsillo interior.

Pero Grossi, en aquel instante, había entrevisto el rostro de la mujer que partía en el taxi. Un rostro pálido, cuya expresión no había de olvidar jamás.

Era el rostro de María. Unos ojos invisibles, ocultos por unos lentes ahumados, parecían quemar aquel rostro en la penumbra del automóvil.



Madera sintética fabricada con el bagazo de la caña

El *New York Times* dedica un artículo a la nueva industria de fabricar madera sintética de los residuos de la caña de azúcar. La nueva industria se va desarrollando rápidamente en el valle del Mississippí, en Nueva Orleans, donde radican las más grandes plantaciones de caña.

El nuevo sustituto de la madera se ha usado para cubrir exteriormente las paredes, para techos y muros aislados, como base de enyesados interiores y de estucos exteriores, para casas portátiles, refrigeradores, carros refrigeradores de ferrocarril, en paredes aisladoras de sonidos, en auditorios para corregir la acústica y para empaquetadoras.

El microscopio reveló que las duras fibras de la caña poseían delgados garfios que se podían enlazar formando una contextura firme. Manipulado convenientemente, se obtuvo una tabla de gran resistencia. Mezclado con sustancias impermeables, se logró por un proceso seco que la tabla adquieriera valiosas propiedades aisladoras.

Las materias primas para la fabricación de la madera sintética, se almacenan en grandes cantidades con la debida antelación, a fin de que la planta pueda funcionar todo el año, no obstante que los ingenios sólo trabajan unos cien días al año. Consecuentemente el bagazo en los ingenios es embalado y cargado en carros especiales que lo transportan directamente a la planta, o en su defecto se depositan las balas en campos apropiados en pilas de treinta pies de alto. En la planta se abren las balas y el bagazo es triturado y luego cocinado para despojarlo de las sustancias sujetas a pudrición. Las fibras se lavan después, se baten y refinan. Se las airea convenientemente para hacerlas más ligeras y dotarlas de cualidad aisladora. Se procede en seguida a hacerlas impermeables, se las suspende en agua y se da a al masa el espesor deseado. El material pasa a través de un secador que tiene 800 pies de extensión y emerge en una plancha lo bastante grande para construir una casa: tiene 12 pies de ancho por 950 de largo.

La plancha es cortada en tablas de diversos tamaños. Se asegura que su cualidad aisladora es igual a la del corcho y posee una resistencia de 375 libras por pulgada cuadrada.



—¿Recién llegas?
—Sí; no tengo nada que hacer hasta las 23.
—Yo estoy aquí desde las 21.
—Es que yo, a estos "diner - dansant", no vengo nunca a comer; me basta con bailar... y es más económico.



El enviado del Cielo

Por Francisco Caravaca

Cuando aquella mañana entró el administrador en el despacho de don Alberto, llevaba en la mano una hoja de papel que no cesaba de mirar y remirar, como buscando una mayor exactitud en el cotejo de los números. El semblante del administrador se hallaba velado por la palidez, por una extrema palidez.

—¡Y bien!... ¿Qué?... — dijo don Alberto, apenas el administrador hubo cerrado la puerta del despacho.

—Lo que nos temíamos, don Alberto. La ruina es inminente... Incluyendo los últimos ingresos que como probable se puedan obtener ante la fecha de pago, nuestro pasivo es terrible, terrible... En esta hoja se encuentra el detalle de los pagos a realizar... Necesitamos quinientos mil pesos. Tenemos ocho días de tiempo para procurarnos esa cantidad; de no hallarla será forzoso declararse en suspensión de pagos.

Contra lo que el administrador esperaba, don Alberto recibió la noticia de su casi inevitable ruina con más frialdad serena de lo que era de suponer. Su rostro no sufrió ninguna alteración sensible: una sonrisa como de amarga duda vagaba por sus finos labios, y sus ojos medio entornados daban a su semblante todo el aire de un hombre que sueña despierto la más divina de las formas del sueño.

Tendiendo por fin la mano hacia la puerta, don Alberto dijo vagamente:

—...Medio millón...; ocho días. Bien; déjeme usted reflexionar... Aún tenemos tiempo.

Don Alberto Herreros veíase al borde mismo de una ruina total que se cernía sobre él de un modo inminente. La guerra europea había malogrado algunos importantes negocios planeados y en los cuales se había invertido grandes cantidades, y de ahí empezó su derrota, acentuada más tarde por desaciertos financieros, adquisición de valores, jugadas de Bolsa y otras mil estratagemas y supercherías de poca eficacia, que en el momento de agobio le sugerían las circunstancias, y el consejo de aquel administrador que en parte había acrecentado su caída con sus torpezas y su falta de serenidad en los momentos difíciles.

Veíase, pues, en la ruina, y le parecía imposible: su espíritu rechazaba enérgicamente la idea del desprestigio, de la pérdida, de lo que más amaba en este mundo: su crédito, su personalidad de hombre honrado y sincero en el complicado mundo de los negocios. Y todo este cúmulo de hechos, que con su formidable contundencia venían a gravitar sobre su vida activa, le parecían producto de una pesadilla. Decididamente él no podía arruinarse; tenía fe en algo... Pero ¿en qué?... Ni él lo sabía. En nada podía lógicamente confiar. Su crédito se hallaba bastante resentido y nadie le podía prestar aquella suma... Y, no obstante, él seguía confiado.

A tal extremo llegaba su serenidad; más su impertubabilidad, que durante los ocho días que sucedieron a la visita del administrador, cuando éste llegaba a la casa de don Alberto, y, lejos de hallar un semblante compungido y un hombre desesperado, encontraban un hombre sereno, y casi risueño, se quedaba confuso, sorprendido, de aquella calma profunda.

—Don Alberto... El peligro es serio, muy serio... Mañana vence el plazo... Será preciso realizar los pagos y no tenemos dinero... — advertía el administrador, con la pertinacia de un pájaro de mal agüero.

Pero don Alberto parecía haber caído de lleno en su abstraimiento: las manos apoyadas sobre las rodillas y la cabeza reclinada sobre el respaldo del sillón, parecía meditar, aunque en realidad no meditaba. Por fin, con un gesto indeciso, vago y apagada voz, decía:

—Sí, es verdad; mañana..., mañana... En fin...

—¡Pero don Alberto!... ¡¡Es la ruina!!...—gritaba consternado el pícaro del administrador, como si se tratase de su dinero.

—Sí, es cierto; es la ruina, la inevitable ruina....

Y hacía seña al administrador para que le dejase solo...

Después cuando éste había salido del despacho, don Alberto murmuró quedamente, sin abandonar aquella sonrisa de siempre:

—Bueno: aguardaré hasta el último momento... Después... me mataré...

* * *

Las diez de la mañana. Es la fecha señalada para el pago de grandes cantidades, que es preciso satisfacer a toda costa... ¡Qué momento más difícil, más angustioso éste, Dios mío!...

Ha llegado el administrador. Viste de negro; parece haberse vestido para un duelo; tal es, además, la expresión de su semblante. Penetra en el despacho de don Alberto, que, sentado en el sillón fraluno en su actitud favorita de meditación o éxtasis, le recibe con una fría sonrisa desdeñosa.

—¿Qué, don Alberto?... — pregunta el administrador con profunda ansiedad. — ¿Encontró usted el dinero?...

—No, no lo he podido encontrar. He hecho todas las gestiones necesarias; pero todo infructuoso... No he conseguido el medio millón...

—¿Entonces?—prorrumpió el administrador en un alarido. — ¿Qué hacemos, don Alberto; qué hacemos?... Dentro de dos horas el representante de la casa inglesa Harrison and Co., vendrá a reclamar el importe de los últimos pagarés... ¡Es horrible! ¡Horrible!

—Sí, amigo mío; es horroroso... Será preciso resignarse... Yo nada puedo hacer...

En aquel momento un criado apareció, bandeja en mano, y sobre ésta una tarjeta con un nombre francés.

—Este señor dice que tiene gran precisión de hablar con usted... — dijo el criado.

—Sin duda será algún acreedor desconocido... Recíbale usted, y que se le dé hasta el último céntimo — dijo don Alberto al administrador.

Cuando don Alberto quedó solo pareció volver a la realidad, a su agobiadora realidad. Durante un momento pensó en todos los medios que le quedaban de conjurar la crisis. No se le ofrecía más que uno verdaderamente radical y concreto: la muerte. Decididamente él era joven, fuerte; la vida había sido un tanto amable para él aun a pesar de las luchas y sentía horror a la muerte. ¡El aniquilamiento! ¡Tantos años de luchas para nada!...

Pero la muerte se le ofrecía como el único medio digno de resolver su situación... De pronto recordó... ¿Y su joven esposa, y sus dos hijos?... ¿Era humano dejarlos abandonados?...

Sin embargo...

Despaciosamente escribió una carta breve. Después buscó en los cajones de su mesa y halló lo que buscaba: un revólver. A su vista sintió un miedo infantil... ¡Ea, era preciso!... Empuñó el arma...

De improviso la puerta se abrió, y el administrador entró, gritando como un loco:

—¡Ya tenemos el dinero!... ¡Ya lo tene...! — y la voz se le cortó al percibir lo que don Alberto no había tenido tiempo de consumar...

—¡¡Cómo!! ¡¡Matarse!!... ¡Oh, de ningún modo!... Ya tenemos el medio millón... Ha sido un enviado del Cielo... Un caballero que no conozco, y que él mismo asegura no conocer a usted, me ha propuesto un negocio fantástico, maravilloso, sobre el cual me ha anticipado, ¡asómbrese usted!..., justamente la cantidad que nos hacía falta: medio millón de pesos.

Fué un desbordar de alegría. Don Alberto no quiso saber más. Los pagos quedaron satisfechos en toda su integridad. Su crédito volvió a consolidarse: la fortuna se le tornó favorable, sus negocios se rehicieron en menos de un año...

Todo volvió a sonreírle.

Entonces fué cuando don Alberto supo con gran sorpresa que el dinero que le salvó de la ruina no había llovido del Cielo providencialmente en la forma del mandatario francés, sino que aquel dinero era suyo...

Mejor dicho, era el importe de la venta de las joyas de su esposa, aquellas joyas que le comprara tres años antes en París...

NOCHEBUENA

Canta el barrio su ilusión
y el alma tierna desgarra,
canta la dulce guitarra
su aroma de tradición.

Canta la turba encendida,
canta la fresca azucena,
ríen con la nochebuena,
noche de pascua florida.

Canta la brisa que sopla,
canta la musa extraviada,
canta en la noche argentada
cada asteroide, una copla:

la nochebuena se viene,
la nochebuena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

II

Nochebuena sitibunda
del compuesto pasional,
eres el santo misal
de la promesa errabunda.

Eres la música ardiente
que transportara el *Eyub,*
eres el blanco querub
de las plegarias de Oriente.

Eres la musa que inspira,
eres la noche que canta,
eres la dulce garganta
del pífano y de la lira.

Suene la nota vibrante
del alma ardiente que evoca
un beso para la boca,
y una caricia inconstante.

Surja la loca sirena
del corazón que trepida,
...y entone un salmo de vida
la noche de nochebuena.

MOISES M. COHEN.

NAVIDAD

Y pasados nueve meses después de su concepción en Belén, ciudad de Judea, nació de la Virgen María hecho hombre".

Así reza una de las informaciones del Martirologio Romano. El Evangelio escrito por San Lúcas se refiere al magno episodio con una sencillez admirable (Cap. I.) *"Aconteció en aquellos días" — dice — "que salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo. Este primer empadronamiento fué hecho por Cirino, gobernador de la Siria. E iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. Y subió también José de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, la ciudad de David, que se llama Bethelehem, para empadronarse con su esposa María que estaba en cinta. Y estando allí aconteció que se cumplieron los días en que debía dar a luz y parió a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre porque no había lugar para ellos en el mesón. Y había unos pastores que estaban velando a su ganado. Y he aquí que se puso junto a ellos un ángel del Señor, y la claridad de Dios resplandeció, y temblaron, y les dijo el ángel: No temáis... Os anuncio que hoy ha nacido el Salvador..."*

¡Doblen las campanas propicias, elévense las nubes del incienso ofrendario y palpite en las bocas el rumor de la oración! Aquel niño nacido aquella noche del 24 de Diciembre, era El, el divino, el dilecto, el del vago perfil y los párpados caídos, el que treinta y tres años más tarde había de eternizar la noche del Gólgota iluminando las sombras con la doble magnificencia de su martirio y su perdón...

¡Doblen las campanas! Fué tan grande y tan pura el alma del hijo de Judea, que los siglos ruedan sobre su memoria como el agua sobre el mármol: para embellecerlo. Tan grande fué el alma, tanta humanidad hubo en ella, que todos, aún los adversos al dogma cristiano que fundara, siéntense interpretados por El...

Y helo allá, en el fondo de la historia, en la tierra, en los cielos, en la vida y en la muerte. Familiar a los ojos y al espíritu, su mansa figura, inmune a la blasfemia, sigue desfilando entre los hombres, al paso lento como el avanzar de una plegaria, silencioso y magnánimo, sembrando lirios en las tierras hoscas...

Los que niegan el misterio de la Resurrección — "ha de haber de todo en mi viña" — no se niegan a seguirlo viéndole en la tierra, divinamente humano, bajo sus avíos de peregrino, pronunciando la Palabra buena, la Palabra justa, la Palabra suya... ¡Dogma feliz aquel cuyo protagonista no necesitó dejar de ser hombre para ser divino y cuya imagen carnal, al modo de la luna, ilumina con su resplandor de beatitud la noche de sus conciencias!

Navidad... El Nacimiento... Judea... El niño... ¡Doblen las campanas propicias, elévense las nubes del incienso ofrendario y tiemble en las bocas el rumor de la oración!

BELISARIO ROLDAN.

PENSAMIENTOS

Cuanto más se cree en perfección, mayor desprecio se tiene de sí mismo.

* * *

¿Qué es la gloria del mundo? Sombra que huye, espuma que se deshace, flor que se marchita, vanidad de vanidades.—SAN BERNARDO.

* * *

Si oración, no se progresa en la perfección. — SAN BUENAVENTURA.

* * *

La naturaleza nos da vida y después viene en su apooy el arte.—DANTE.

* * *

Los grandes beneficios, hacen los grandes ingratos.—LUIS XI DE FRANCIA.

* * *

Toda nuestra paz, en esta miserable vida, está puesta más en el sufrimiento humilde que en no sentir contrariedades. El que sabe mejor padecer tendrá mayor paz. Este tal es vencedor de sí mismo y señor del mundo, amigo de Cristo y heredero del cielo.

* * *

Considera los heroicos ejemplos de los Santos Padres, y verás cuán poco o casi nada es lo que nosotros hacemos.

* * *

Todos los Santos pasaron por muchas tribulaciones y tentaciones, y aprovecharon.

* * *

Esto dice tu amado: Yo soy tu salud, tu paz y tu vida; consérvate en mí y hallarás paz.

T. A. KEMPIS.

DISCRETEOS

¡Cómo creer, marquesa, que vuestro afán responde
a mi afán! ¿Estáis loca? Ni siquiera soy conde,
ni snob, ni deportista... Si voy a los salones,
recórrolos furtivo, como en discreta fuga,
luciendo mi pechera sin mácula ni arruga,
y mi solapa, libre de condecoraciones.

Odio el "bridge". No tengo ni "Renault", ni "Mercedes",
ni siquiera una dama "chic" caída en mis redes...
Todavía me gustan las cosas naturales:
los amores sin química ni amistad de maridos;
los embelesos jóvenes aún semi-dormidos;
el pudor zahareño, los silvestres panales...

Esperad a la tarde, mi querida marquesa.
No importa que se amengüen esos tonos de fresa
de vuestros labios...- Pienso que besarán acaso
con más arte, del sol poniente a los reflejos:
seremos refinados siendo un poco más viejos
y beberemos juntos nuestro postrero vaso!

AMADO NERVO.

El aguinaldo inesperado

Por J. H. Rosny

Al aproximarse el día de Navidad me vuelvo completamente loco — dijo Linerril. — Lo que de más ditirámbico al respecto han escrito los novelistas del mundo entero, es muy inferior a mi entusiasmo.

Tiene esto su explicación. El día de Navidad habrá dejado en pocos hombres los gratos recuerdos que en mí; sin duda alguna, sobre cien millones, ninguno experimentó lo que, a los 25 años, yo experimenté.

Por aquella época iba yo a ser oficialmente reconocido novio de Estela Caylus. Deliciosa criatura, le había formado la naturaleza un rostro encantador.

En amor soy ingenuo. Mi ensueño es ardiente y limitado: no debía amar sino una vez. Vivir al lado de Estela, subyugado por el ritmo de sus movimientos, y envejecer dulcemente en medio de nuestros hijos... ¡ah! no podía ambicionar una existencia más plácida.

La realización de mi ensueño estaba próxima. Estaba convenido que nuestro noviazgo se hiciera público la Nochebuena de 1895, en la quinta de Vignerolle, donde la familia Caylus permanecía hasta mediados de invierno.

De pronto la perdí. Mi padre, hombre inexperto en los negocios, como otros muchos, había confiado la misión de colocar sus capitales de modo productivo a una persona por quien tenía ilimitado aprecio. Con ello no hacía más que continuar una tradición de familia.

Durante tres generaciones el banco Thorel y Cía., venía administrando nuestra fortuna. Sin que nadie lo sospechara, llegó a arruinarse el último representante de los Thorel. En la mañana del 22 de diciembre estalló la bomba. Se encontró a Thorel fulminado por el ácido prúsico y se supo que el "pasivo", como dicen, superaba irremediablemente al "activo".

Quedábanos sólo alguno que otro de los bienes raíces, lo indispensable para vivir muy modestamente en el campo...

¡Ya no había que pensar en el noviazgo!

Los Caylus no estaban, por cierto, ávidos de dinero, pero poseían el sentido exacto del equilibrio de las dotes.

Con la muerte en el alma me dirigí hacia la quinta de Vignerolle para anunciar a los Caylus nuestra ruina y devolverles su palabra.

Fuí recibido con demostraciones de intensa simpatía. Particularmente el señor Caylus se manifestó muy afligido por nuestra desgracia, y lloró. Sin embargo, cuando declaré que iba para devolverle su palabra, no hizo objeción alguna. Se limitó a estrecharme la mano, silenciosamente, con un gesto de aprobación y de lástima. Esa respuesta me pareció más elocuente que cualquiera frase.

No obstante mi manifestación, pidióme que permaneciera en la quinta hasta la mañana de Navidad. Eran tan ardientes mis deseos de pasar junto a Estela, antes de abandonarla para siempre, algunos instantes más, que no tuve fuerzas suficientes para rehusar la invitación.

Fueron aquellos dos días dulces y terribles a un tiempo mismo. El dolor de Estela aumentaba el mío. Había en sus párpados vestigios de lágrimas; estaban sus labios contraídos por amarga pesadumbre; durante el día, repetidas veces rompía en sollozos.

Para mí, en particular, la Nochebuena fué dolorosa. Asistieron algunos vecinos, gentes de campo, sencillas, rústicas y locuaces, cuya alegría era más bien incómoda.

El señor Caylus no permitió que me acostara en seguida. El champaña habíalo puesto de buen humor.

Acabó sin embargo por retirarse. Pero antes me preguntó:

—¿Han puesto todos sus zapatos en la chimenea?

Para él era una manía; exigía que en Nochebuena, todos los que estaban en la quinta, grandes y pequeños, huéspedes y criados, observaran la secular tradición. No dejaba de cumplirla él mismo. A toda costa hizo que yo pusiera un par de botines en la chimenea del amplio comedor.

Pasé una noche atroz. De haber llegado mi última hora, la desesperación no hubiera sido más espantosa. ¿Acaso no era para mí la muerte separarme para siempre de mi Estela?

No sé yo mismo cómo logré dormir. Recuerdo, sí, que ya muy tarde, desperté. Me vestí con mucha prisa y me presenté en el gran comedor de Vignerolle. Ya estaban allí los dueños de casa. Dí los buenos días al señor Caylus y a su señora y un beso a los dos chicuelos. Miré con honda melancolía a mi querida Estela al recordar la encantadora Navidad de 1894, y me sentí desfallecer.

—¡Cómo! — gritó el señor Caylus con intempestivo buen humor, — ¿no se averigua lo que el viejito ha puesto en el zapato? Miré la chimenea y no estaban mis botines.

El señor Caylus se sonreía. Estela, sonrojada, mirábame con timidez. Repentinamente quedé como ofuscado. Bajo las faldas replegadas de Estela aparecía mi grueso botín, agitado por el diminuto pie.

Experimenté en mi aturdimiento la vaga sensación de un engaño, pero instintivamente presentí algo grave y decisivo. Oí, como en sueños, la voz del señor Caylus:

—¡Qué! ¿No está usted contento de su aguinaldo?

Creí enloquecer. Una alegría indefinible inundó mi alma: el corazón palpitábame con las furias de un torrente... Tambaleándome fuí hacia Estela... Abandonó su cabecita rubia sobre mi hombro y lloramos de felicidad... Luego me arrojé en brazos del señor Caylus y cubrí de besos su rostro...

—¡Bueno! ¡Bueno! — decía el excelente hombre.

La broma pudo ser más fina, pero jamás más agradable.

Escritores uruguayos

Domingo Cayafa Soca



Entre los cultivadores de la prosa en el Uruguay sobresale este vigoroso narrador que el año pasado nos dió dos libros excelentes: "Emociones vividas" y "Vaivenes del vivir", y que cuenta en su bibliografía con varios otros tomos de mérito.

Observador profundo, sensible receptor de emociones, temperamento fino, Cayafa Soca nos expone múltiples y conmovedoras escenas de la vida en estos dos libros que conozco.

El dolor, como la dicha, llevados al más alto exponente, sólo pueden ser transmitidos con fidelidad si se olvidan ornatos que al embellecer las frases quitarían fuerza a la verdadera emoción. La síntesis, evidentemente, va ensanchando sus dominios y consigue nuevos adeptos cada día. Y en las narraciones de Cayafa Soca no hay retóricas inútiles; a eso, precisamente, a esa desnudez de los cuadros que exhibe se debe el éxito obtenido por este autor joven y fecundo.

"Emociones vividas" y "Vaivenes del vivir", son de idéntico carácter e igual realización. En ambos se persigue el anhelo de enfrentar al lector con espectáculos de hondo dramatismo los que, al conmover, despiertan generosos sentimientos en los seres frívolos; y en los meditativos y buenos afirman el afán de prodigarse en bien del que sufre, ya enceguccido por prejuicios absurdos, ya víctima de alguna pasión absorbente o luchando contra los vicios que sonrojan al mundo.

Cayafa Soca escribe naturalmente, sin esfuerzo alguno; confiesa sus emociones en estilo sencillo y pintoresco y estampa en cada caso el lenguaje usado por los protagonistas, que en la vida tuvieron los sucesos que narra.

Por estos libros últimos (que — dicho sea de paso — fueron prologados por los exquisitos poetas Juan M. Filartigas y Alfredo Franchi) desfilan seres humildes retratados por sus mismas acciones.

Una de las características de Cayafa Soca es el saber realzar estas acciones con frases sinceramente sentidas, frases de espectador impresionado y comprensivo, que piensa y que lucha.

Para que los lectores de FRAY MOCHO *puedan admirar todas las cualidades que llevo enumeradas, me complazco en transcribir algunas de las narraciones contenidas en los libros que comento. Más que mis palabras, hablan ellas mismas a quienes las reciben en el espíritu.*

ALICIA PORRO FREIRE.

Montevideo, 1926.

¡Si parece varón!

Jamás se borrará de mi mente el hecho que presencié en un villorrio, donde fuera a pasar unos días de holganza.

El rancho en que yo vivía temporariamente era propiedad de los esposos Casanova, dos buenos paisanos que tenían tres hijas solteras. Una de éstas, Petrona, mantenía relaciones amorosas con un paisanito de los alrededores, muy cantor y retobado.

Siete días habían transcurrido de mi estada entre aquella buena gente, cuando una mañana noté que los esposos departían sobre asuntos muy serios.

La mujer se lamentaba de que las relaciones entre Petrona y el paisanito se hubieran extralimitado al punto de que aquélla estaba próxima a dar a luz.

Reconveníale al esposo porque él había sido el causante de esa desgracia, permitiendo demasiadas libertades a Petrona y excesivas confianzas al paisanito. Instábale para que, como padre, fuera al cuarto de su hija y le diera la soba merecida por su proceder tan "infame y desvergonzante".

—Pobre nuestra honra — decía la vieja. — ¡Cómo quedará nuestra reputación! ¡Qué dirán los vecinos! Andá, andá y curtila a azotes a esa perdida.

Creí que el viejo iba a lanzar improperios contra su hija; me equivoqué, pues con su voz aflautada, contestó:

—No te aflijás, mujer; esas cosas pasan, a los que tienen sangre e gaucho y no e gringo. Al amor cuando viene con juerza no hay que meterle tranquera porque es al ñudo! Con azotes no vamos a hacer otra cosa que mal a ella y al inocente... No siempre a rebencazos se arreglan las cosas. Los guascazos no son pa los disgraciaos. Dimasiao desdicha lleva pa toda su vida; ¡ese sí que es latigazo que deja roncha pa siempre...!

Luego se dirigió al cuarto de Petrona. Entró. En su semblante, retostado por el sol, dibujábase una serenidad alarmante. Su hija al verle, echóse de hinojos, exclamando:

—Perdóneme tata: yo lo quería tanto a Rogelio que...

El paisano no respondió:

Palpó dulce y noblemente el abultado vientre de su hija, diciendo:

—¡Si parece varón...! Sosiéguese, ¿me entiende? Trate e cuidarse bien. Si el inocente no tiene padre que le ampare, tendrá agüelo pa saberlo proteger...

Al salir del cuarto murmuró: ¡Pucha que lo vi a querer al guachito...!

Nunca he podido olvidar aquel rasgo de un paisano sin instrucción, sin conocimiento de ninguna clase, que defendió con tanto calor la maternidad; que tendió la mano a un desvalido, en fin, que sentó ideas tan altruistas y humanitarias.

¡Cuántas cosas buenas se aprenden de nuestros nobles gauchos!

Nota parda

Eran las dos de la mañana y Dagoberto escribía cuartilla sobre cuartilla. La pluma corría con desaliño, porque él tenía que llevar lo más pronto posible esa labor, que era el factor de su pitanza. Dagoberto era el encargado de llenar dos planas del diario, porque había que andar de prisa.

Detúvose un momento: en el conventillo reinaba un silencio de museo. Todos dormían, mientras él velaba para ganarse el pan! Observó a Gardenia, su hijita; ella también dormía profundamente. ¡Cuántas escenas felices y tiernas pasarían por la pantalla de sus sueños! Y Dagoberto besó a Gardenia; fué un beso suave como una caricia ternísima. Gardenia era una niñita enfermiza, una de las tantas víctimas de las malas condiciones higiénicas, de la pobreza y de la miseria fisiológica. Sus ojitos parecían estar metidos en lo hondo de las órbitas; su mirada débil; sus mejillitas llenas de pliegues, toda ella era una manifestación acentuada de dolor, de melancolía. Por desgracia, la madre de Gardenia había muerto cuando recién ésta cumplía dos años de edad. Gardenia tenía ahora ocho años. Se había criado entre los efluvios malignos del conventillo excitado por la estrechez y amontonamiento de vidas. ¡Cuántas veces se había quedado dormida con Leal — el perrito fiel — debajo de la mesa aquella en la cual su padre lucubraba palabras, para comer con el ínfimo producto de ellas!

Prosiguió Dagoberto escribiendo con ahinco hoja tras hoja, y en la ferviente brega luchaban denodadamente: su amor propio de periodista y su amor paternal.

El cansancio íbale rindiendo, pero él mismo se alentaba, pensando: que al amanecer entregaría aquel trabajo y podría darle un mendrugo a su hijita querida. En estas reflexiones era severo consigo mismo. ¡Era un esforzado, no un vencido! ¡Y eso que en su vida no había más que la nota parda de la miseria, el lenitivo de la fatiga y el hambre!

Dagoberto había escrito 172 cuartillas de papel. Revisaba el trabajo hecho, cuando oyó una vocecilla dulce que decía palabras ininteligibles. Era Gardenia que en sueños hablaba con alguien; daba muchos besos... Dagoberto no pudo continuar: asociando imágenes vino a su mente el recuerdo amoroso de su mujercita muerta, a quien tal vez Gardenia besaría en sueños, y lloró con pena tierna, dulcísima. Pensó en su hermoso poema de amor que había muerto para siempre. En el aire de su zahurda sintió palpitar la angustia de todos los esfuerzos, de toda su vida de lucha. Miró para el retrato de su amor perdido que pareció sonreírle primero, y luego llorar... Alucinado quizá, por aquella visión, corrió al camastro do reposaba Gardenia, despertóla diciendo: "ven, hijita, a besar otra vez a tu madrecita buena que llora por nosotros. Despertó Gardenia sobresaltada, pero viéndose en los brazos de su padre, expresó: "Soñaba que se había muerto Leal". Y Leal, que había permanecido atento en su ángulo de la pieza, meneó la cola y se acercó como diciendo: "Aquí estoy".

Dagoberto tomó el retrato de su veneranda mujercita y díjole a Gardenia: "Besa a tu madrecita santa y buena, y acuéstate de nuevo". — "Dame, dijo Gardenia, el retrato para que durmamos las dos juntitas". Al tocar el vidrio de la foto, exclamó: "¡Qué fría está mamita!", y la cobijó con su ropitas.

Dagoberto miró el reloj; eran las seis de la mañana, el día comenzaba a clarear. El recuerdo amargo postróle su ánimo con honda melancolía. Observó a su hijita y en sus ojos reflejóse una súplica muda... Fué inmensa, abrumadora, la angustia de aquellos minutos. Apesadumbrado, perplejo, miró para las 172 carillas escritas y... besó a Gardenia, acarició a Leal y se marchó veloz, sin mirar para atrás...

Leal, el can fiel, el casi hermano de Gardenia, subió a la cama, puso la cabeza entre sus dos patas y veló el sueño de la nenita...

DOMINGO CAYAFA SOCA.

Páginas olvidadas

Tradiciones y recuerdos

NAVIDAD

Desde el hogar más fastuoso al más humilde no falta algo de extraordinario que rememore este acontecimiento.

Todo es alegría, todo es júbilo... Con qué ansiedad esperan los niños estos días. Ellos son los que más celebran estas fiestas, las que son coronadas el día de Reyes con la colocación de zapatos en las ventanas a la espera de los obsequios que les traerán los Magos de Belén. ¡Qué agradable despertar experimentan los que al día siguiente ven satisfechas sus esperanzas encontrando un juguete al lado de su zapato!

Los ancianos son saludados por sus parientes, cambiándose saludos y obsequios entre las amistades y relaciones, haciendo votos por la felicidad en el Año Nuevo.

Navidad y Año Nuevo son dos fiestas de celebración universal. La Noche Buena ha sido y es una de las fiestas que más animación nocturna proporciona a esta ciudad.

Antaño, la tradicional Misa del Gallo se celebraba en medio de la mayor circunspección de los asistentes y en un escenario más humilde. Nuestras modestas iglesias no lucían, como lucen hoy, luz eléctrica y gas, siendo únicamente las velas de cera las que alumbraban los "nacimientos" y recintos.

La sociedad de entonces iba a las iglesias con su negro portador de la silla y de la alfombrita de su ama, elementos ambos de que también carecían nuestros templos, ocupando con recogimiento sus asientos. Eranse entonces más sencillos, más creyentes y menos exigentes, contentándose cada uno con su suerte. No era, como sucede hoy, una exhibición de trajes y motivo de jaleo dentro de las iglesias esta clase de festividades, aunque tampoco dejaban de producir desórdenes que la juventud promovía entre las beatas asistentes, por diversos medios, entre ellos el de coser los vestidos de las devotas mientras estaban entregadas a sus oraciones, las cuales, al finalizar la ceremonia y producirse el desfile, comenzaban a los tirones, lo que hacía la delicia de los autores de esta clase de bromas.

Concluída la ceremonia religiosa, la concurrencia se desparramaba por las calles de la ciudad, entonando el popular: Esta noche es Noche Buena — Es noche de no dormir, — Que la Virgen está de parto — Y a las 12 va a parir.

Comenzaban las serenatas, las visitas a los "Nacimientos", que en muchas casas de familia se preparaban, a los que muchas veces seguían buenas cenas y votos de felicidad.

En el barrio del "Mondongo", o sea en las parroquias de la Concepción y Monserrat, los negros hacían solemnes procesiones, acompañando las imágenes, que llevaban en andas, con cirios y candombes, no faltando la escolta de tropas que daba mayor lucimiento al acto.

Poco en sí ha cambiado en nuestros días la tradicional fiesta del cristianismo, aunque su carácter se ha cosmopolitalizado con las numerosas colonias extranjeras, que la celebran siguiendo las costumbres de sus respectivos países.

Los ingleses y alemanes son los más entusiastas con sus Christmas, en cuyo día no falta en sus hogares el *plum pudding*, juguetes a los niños y cosas que demuestran que es un día extraordinario. Navidad tiene para estos residentes la misma importancia que nosotros damos al Año Nuevo. Los italianos se preparan de un mes antes para el *giorno di Natale*, lo mismo que los franceses para la fiesta de Noel.

Entre los criollos y españoles también se celebra con animación esta festividad, no faltando la "torta", con que los panaderos obsequian a sus marchantes, siguiendo una tradicional costumbre. Es uno de los días del año en que el consumo de huevos llega al sumum.

Hoy la Misa del Gallo y la Noche Buena proporcionan a la población de Buenos Aires momentos de solaz, viéndose sus calles llenas de concurrencia que asiste a las iglesias y centros de diversión, en los que no faltan los Arboles de Navidad llenos de juguetes, que hacen las delicias de los chicos.

El Pabellón Argentino en un tiempo: el Parque Lezama hoy, y en numerosas casas particulares y quintas de los alrededores, se usa preparar toda clase de diversiones, a las que se llevan niños pobres que encuentran en estas fiestas el placer que rara vez experimentan los desheredados de la fortuna.

El Año Nuevo entre nosotros es motivo de expansiones y de votos de felicidad.

Los novios echan el resto en estos días, en que se ponen a prueba los bolsillos de los cortos y la generosidad de los que no lo son.

Antes, cuando alguna persona hacía algún servicio el día señalado, casi puede decirse, era el de Año Nuevo, para corresponder a los favores que habían recibido, dentro de la medida de sus recursos.

En muchos hogares se esperaba la llegada del nuevo año, celebrándose el acto en medio de las más sinceras manifestaciones de alegría.

Siempre han sido estos días la peor época del año para los carteros, pero no tan malos, porque tienen su compensación en los aguinaldos que reciben de sus clientes, cuando dejan sus famosos versos de felicitación.

Hoy, cuando se aproximan estos días, hay que hacer platita, pues el panadero, cartero, peluquero, etc., lo asaltan con toda clase de pedidos, ya sea sin ninguna clase de escrúpulos o por medio de las famosas rifas. Y como es mal de muchos... hay que aguantarse.

MANUEL BILBAO.

Una pensión vitalicia

El señor caritativo.—¿Qué haría usted si le diese veinte centavos?

El pobre (*con sarcasmo*). — Caballero, me compraría un traje nuevo; luego iría a cenar y pasaría la noche en un hotel, y creo que todavía tendría bastante para desayunarme y comer mañana.

El señor caritativo. — Tome usted, buen hombre. Aquí tiene dos pesos y no vuelva a pedir limosna en lo que le resta de vida.

Escenario político

CARACTERES DEL AMBIENTE

XXVIII

DEL PASADO...

Vedlo, amable lector, erguido, caballeresco, sonriente y afectuoso, con su porte gentil de gran señor, atravesando las calzadas de la ciudad, que otrora conociera en sus mocedades, modesta y decorosa en su altivez colonial, para ser, no obstante, cantada por el poeta como "la gran capital del sud..."

Tres cuartos de siglo se acumulan sobre sus hombros, que se mantienen con rectitud, envidiable para cualquier jovenzuelo de veinte años. Con su andar ligero, sin apresuramiento, recibe apretones de mano y reparte sonrisas, cuando en las mañanas estivales, por la calle Florida, pasea su silueta, inconfundible por algo que, sin exteriorizarse con la indumentaria, flota, sin embargo, a su alrededor, con un aire de distinción que se esfuma en la mezcla abigarrada que pulula en los centros de la metrópoli. Sus contemporáneos lo saludan con su nombre de pila, que, al par que significa confianza, revela altísima consideración. La posteridad le antepone el clásico "don", que es, en nuestras viejas costumbres, noble y señorial.

En su juventud tuvo días borrascosos, propios de la época en que se iniciara en la política militante. Aristócrata por herencia y demócrata por naturaleza, las multitudes lo contaron entre sus representantes más genuinos. Obtuvo los sufragios de la opinión, para alcanzar la investidura que es honra y sacrificio, cuando se ejerce en beneficio del pueblo con pleno desinterés personal. Funcionario administrativo, gobernador, diputado, directos de instituciones bancarias o de grandes reparticiones autónomas, tuvo siempre por norma el deber, con la visión clara que forjan los destinos manifiestos de la nación.

Por eso, con ser del pasado, con sencilla tranquilidad se interna en el porvenir, vislumbrando el ideal que se bosqueja en lontananza. Es nuestro, muy nuestro, este porteño, que hizo de la autonomía de las provincias, el eje central del régimen constitucional. Tuvo rebeldías que enaltecen sus recuerdos, al rememorar los hechos, en que fué motor sobresaliente, en el escenario donde se debatían las cuestiones que fundamentaban la unidad nacional y las instituciones republicanas.

En el otoño de su vida, aureolado por sus prestigios, se deslizan sus horas, sin decepciones ni amarguras. Tiene siempre, en sus conversaciones fortificantes y optimistas, la palabra que estereotipa el concepto y el concepto que estimula convicciones y aptitudes. Si en la actualidad no tiene partidarios, porque no actúa, tiene, en cambio, amigos que pregonan sus virtudes.

Don Máximo es, en el ambiente, síntesis de todas las calidades de la raza. No tiene prejuicios. Vive con las ideas del día. Mantiene inalterables los rasgos que dan fisonomía propia al "criollo" de abolengo. Franco por temperamento, la lealtad es su divisa. Fijarlo en la retina colectiva, es esbozar, con su carácter, una enseñanza, que tiene todas las ventajas que traducen la hidalguía y el honor...

XXIX

DON CELESTINO CARTABON

Nuestra Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica, Romana, tiene una institución que redime el pecado y purifica la conciencia. Esa institución es la confesión.

Cuando el creyente se confiesa, no teme decir la verdad. Sabe, de antemano, que, después de la pena impuesta y cumplida, fatalmente llega la absolución. Es como el "quebrado", en el fuero comercial. Con el debe y el haber, legalmente pués de esa tramitación, a ser hombre que nada debe. Como el católico, la confesión y la penitencia lo redimen de los pecados y lo absuelven de culpa y cargo.

Don Celestino Cartabón es un católico sincero. Cree en nuestra Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica, Romana, con toda la vehemencia que traducen las prácticas de

ELEGANTES DE PLAYA



—Oye, Cipriano, ¿es verdad que hay mar Amarillo, mar Rojo y mar Negro?...
—¡No sigas! ¡Sí! ¡Los hay de todos colores!
—¿Entonces qué color de mar te parece mejor para que entone con el traje de baño color lubina que me he comprado?

documentados, cualquiera que sea el déficit, obtiene la carta de pago que de nuevo lo rehabilita para actuar en el comercio, libre de las obligaciones contraídas hasta el momento en que se presenta al juzgado, se dicta el auto, se convoca a los acreedores, se formulan concordatos, se adjudican los bienes o se decreta la liquidación, con prescindencia de su persona, que vuelve, des-

sus ritos, prescriptos por los cánones, sancionados por concilios infalibles. Por eso, en la vida, practica las enseñanzas de la Iglesia, con rigideces de militante. Se confiesa, por lo menos, una vez por semana. Cumple la penitencia impuesta por el confesor y recibe la hostia consagrada, que le permite gustar los efluvios inefables, en el duro batallar de la existencia. ¡Qué alma diáfana es don Celestino Cartabón, cada vez que recibe la hostia, después de confesarse! Su fervor se refleja en la placidez del rostro, en la beatitud de su mirada y en la inmaculada inocencia de sus pensamientos... Diríase que coros invisibles entonan los himnos sagrados, mientras él, de rodillas, eleva sus preces al creador, reconocido a la suprema dicha, que, en ese instante, lo acoge casto como las vírgenes y puro como los ángeles!...

Es natural, que en la lucha diaria y afanosa de todos los días, como el negociante que acaudala, sin reparos, esperanzado en la quiebra, que lo exime de responsabilidad y en el auto que lo rehabilita de nuevo para el comercio, — no tiene escrúpulos que limiten los medios que emplea para ser fiel al prespeto judaico: "Has plata honestamente, si puedes, hijo mío. Si no puedes honestamente, has plata, hijo mío", — decía el israelita envejecido al vástago que emprendía la marcha, sin fin, con que ambula el mundo, siempre perseguido por la maldición bíblica.

Don Celestino Cartabón, en todas las esferas de la actividad política, es siempre el buen católico que cree en la institución que redime los pecados y purifica la conciencia. Gobernador, ministro, diputado, director de instituciones bancarias y de empresas que enfeudan el Municipio, abogado sin diploma universitario, sometido a la voluntad del prepotente, tiene todo el empaque despectivo del débil para los inferiores y todo el servilismo deprimente y pegajoso para los superiores. Para don Celestino Cartabón, la dignidad y el decoro, son prendas de vestir que se compran y venden en cualquier "cambalache". Le basta la confesión que lo redime del pecado. Se instala en los despachos de los ministeriores o en las antesalas de la Presidencia, sin percatarse de la jerarquía con que, algunas veces, lo invisten los decretos oficiales. La jerarquía, para él, sólo tiene importancia para exhibir las modalidades atrabiliarias, que la vulgaridad exterioriza con los subalternos o las genuflexiones palaciegas, que cubren su ignorancia con el decreto ajeno que suscribe o con la resolución canallesca con que venga su propia incapacidad para el bien. Enriquecido, sin el trabajo personal, acrecienta la herencia con la usura y las facilidades que tienen, en todas partes, las influencias decisivas con que se estrangula la honradez y se exalta la hipocresía.

Don Celestino Cartabón no es, propiamente, entre nosotros, un hombre que se define con la contraseña que caracteriza un ejemplar aislado. Es, en cambio, índice de una clase difundida en el escenario político. En la capital y en las provincias, siempre tiene, en su haber, las prerrogativas que le permiten redimir sus pecados, con las prácticas prescriptas por nuestra Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica, Romana. Por esta circunstancia, sus ventajas son enormes. Actúa con prescindencia de todo freno. No tiene los reparos con que otros limitan su acción, cuando sienten, en el fuero interno de la conciencia, los remordimientos que provocan las responsabilidades adquiridas en la lucha cotidiana, al violar las leyes que rigen la conducta moral de los hombres...

BALTASAR GRACIAN.

MÁXIMA

Cuando veas a alguno promovido a dignidades o favorecido o acreditado, no te dejes llevar de la apariencia ni digas que es dichoso. Pues la verdadera tranquilidad de espíritu consiste en no desear sino lo que depende de nosotros mismos; no ha de causarnos celos ni envidia el lustre de las grandezas. No has de tener ambición de ser senador, cónsul ni emperador; conviene que cuides solamente de ser libre. En esto se han de terminar todas tus pretensiones; un solo medio hay para alcanzarlo, que es menospreciar todo lo que no depende de nosotros...

EPICTETO.

Hidalguía castellana

Manuel Belgrano en Corrientes

Al Dr. Carlos Vega Belgrano,
descendiente del prócer ilustre.

En la primera quincena de septiembre de 1811 arribó a la ciudad de Corrientes el doctor Manuel Belgrano acompañado del doctor Vicente Anastasio Echavarría, en misión diplomática al Paraguay.

Belgrano fué portador de cartas de recomendación para las familias de fuste y de viso social de la capital de aquella jurisdicción. Entre éstas se contaba la de Fernández Blanco, cuya cabeza principal, don Juan José Fernández Blanco, había desempeñado hasta finalizar el gobierno colonial el alto cargo de ministro de la Real Hacienda. Este linajudo español, nació en la villa de Hornillos, España, y fué bautizado en dicha parroquia el 6 de septiembre de 1744. Vino al Río de la Plata en 1769, radicándose en Buenos Aires, capital del virreynato. Contrajo matrimonio el 16 de agosto de 1785, con la respetable dama porteña Catalina de Aguirre y Avendaño.

En la última década del siglo XVIII se radicó en la ciudad de Corrientes y tuvo a su cargo el desempeño del Ministerio de la Real Hacienda.

Este matrimonio tuvo la descendencia siguiente: Angel Manuel, José Vicente, Juan José, Dolores, Catalina y María del Rosario. Unos nacieron en Buenos Aires y otros en Corrientes, y fueron el tronco de las respetables familias de este apellido que perdura hasta el presente.

Su hijo don Juan José Fernández Blanco, que residía en aquella época en la capital del ex virreynato, amigo de Belgrano, suministró a éste cartas de recomendación para miembros de su familia en Corrientes.

La revolución del año X tuvo honda repercusión en la lejana comuna correntina, apasionando a criollos y españoles. La población se dividió en dos grupos: "patriotas" y "godos". Esta hondísima división repercutió hasta en el seno de los hogares, no escapando a su influencia el bello sexo. El elemento femenino afiliado a los bandos en pugna, adoptó como signo y distintivo de su causa un peinado sui-géneris, que las caracterizaba y las distinguía en las ceremonias públicas. De allí que las niñas de aquella gesta revolucionaria usaran peinados a la "criolla" las unas, y a lo "godo", las otras.

El hidalgo español Juan José Fernández Blanco, fiel al culto de su patria y de su rey, en aquella emergencia, tomó la ubicación que le cuadraba. En señal de protesta en contra del movimiento patriota renunció de inmediato su cargo de Ministro de la Real Hacienda, y se confinó en su hogar en espera del día del triunfo de la causa de su rey, que creía inevitable y próximo.

Sus hijos, nobles y distinguidos por su prosapia, de prestigio social por su fortuna y por su actuación pública entre los que se destacaban Angel, el presbítero doctor José Vicente y Juan José, se declararon fervorosos patriotas.

En esa circunstancia arribó Belgrano a la ciudad de Corrientes. El ex ministro atendió al recomendado de su hijo con toda la cortesanía propia de la hidalguía castellana.

Empero, no encontró idéntica galantería en una de sus hijas, consorte de un "godo empecinado", Juan Manuel de Cossio. Ocurrió que Belgrano se dirigió al domicilio de la señora María del Rosario Fernández Blanco de Cossio, con el proyecto de efectuar una visita de estricta cortesía. Pero la dueña de casa se negó a recibirlo pretestando ausencia.

Llena de júbilo por haber inferido una molestia al enemigo de su rey y de su causa, a quien apellidaba "General de papel", aludiendo a la carrera militar improvisada del ex secretario del Consulado, se dirigió en el acto al domicilio del autor de sus días para imponerle de esta acción, que ella en su ciego españolismo creía laudable y digna de encomio.

Al referir su hija esta escena al señor Fernández Blanco, éste la escuchó severo e impasible y una vez que hubo terminado le replicó:

—Hija, te has portado como una Yangüesa con el recomendado de tu hermano. Yo no sé si será un "General de papel" don Manuel Belgrano, como tú le llamas, pero debiste tener presente que como huésped de tu ciudad y amigo de tu hermano, esta circunstancia lo escudaba de toda desconsideración, y lo hacía acreedor a tu hidalguía y obsequiosidad, y debiste en ese carácter rendirle pleito homenaje, como encuadraba a todo descendiente de la familia infanzona de la casa solariega de los Baldoesera y de los Montes *Cardines*.

En justo castigo de tu proceder impremeditado, te mando regreses a tu hogar y prepares una bandeja de rosquetas, dulces y otras confituras, en cuya confección eres maestra eximia, y le envías al huésped ilustre, que honra nuestra ciudad, y es un recomendado de mi hijo, tu hermano, con disculpas por no haberle recibido.

Con este alto ejemplo de civilidad y cultura se corrigió una ligera falta femenil que tuvo por modesto escenario la vetusta ciudad de *Vera de las siete Corrientes*, en septiembre de 1811.

MANUEL V. FIGUERERO.

Diciembre de 1926.



Nochebuena en la Pampa

Por Atilio M Chiappori

Con otro año como aquel, Venancio Relly rehacía definitivamente su ya muy mermado patrimonio. Porque era necesario haber recorrido sus campos, en el radio destinado a la agricultura, frente a la visión promisora de sus trigales, para imaginarse lo que rendiría la cosecha. Dijérase que la Fortuna vaciara en su vasta posesión la más abundante y rica de sus cornucopias. Para sus sembradíos no hubo lluvias irregulares, ni heladas, ni granizos, nada: la semilla germinó prolífica, los tallos se irguieron sanos en un rastrojo limpio, y en esos días las espigas bien graneadas, dorándose a los rayos maduradores de un sol de diciembre, ondulaban al ritmo de los vientos salubrificadores, fingiendo la inmensa e igual superficie de un fecundo mar tranquilo.

Tan espléndido resultado le prometía un verdadero e insólito aguinaldo. Y eso, sin contar con los beneficios obtenidos de la estancia adjunta, en la reciente esquila. En todo el partido de Tres Arroyos no había en aquel entonces un establecimiento más próspero. Pero el destino de las cosas, como el de los hombres, es ficticio; es un espejismo de la esperanza, y su realización depende de las sorpresas del Tiempo.

¡Cómo habrían cambiado las circunstancias si, en esta tarde, Venancio Relly, mientras dirigía personalmente los preparativos de la gran comida con que pensaba festejar en compañía de sus colonos la clásica Noche Buena, hubiera entrevisto la fugaz visión trágica del incidente que debía finalizarla!

Por más que se había pretextado la esplendidez de la futura cosecha para explicar esta fiesta inusitada, a nadie se le ocultaba el verdadero objetivo.

Venancio, que desde un año atrás parecía haber olvidado sus hábitos de gozador despreocupado, rehuyendo, en la tranquilidad de la vida rural, los halagos de las carpetas y de los devaneos galantes con que lo incitaba el recuerdo de la metrópoli tentadora, volvía, desde los comienzos de la primavera, a sus ligerezas de antaño. Su dedicación a la vigilancia de los trabajos seguía siendo activa y enérgica, pero se susurraba, y con razón, que su *sulky* se detenía con harta frecuencia frente a la casa del colono Strozi.

Esa circunstancia, coadyuvada por la de la avasallante belleza de la mujer de éste, Zulema, bastó para que sus nombres se convirtieran en los blancos de las murmuraciones en todos los ranchos de los alrededores. Bien entendido que no eran más que murmuraciones; porque, ni la bella Zulema era una mujer fácilmente accesible, ni Venancia Relly le demostraba ser presa de una pasión imperiosa. La colona era honrada a carta cabal; pero se la odiaba, entre otras, por dos causas: por una falta que difícilmente perdonan las mujeres, el ser demasiado bella, y por envidia a su posición.

Alta, opulenta, armónicamente conformada, con un rostro gracioso en el que brillaban, bajo las ondulosas crenchas de sus cabellos cobrizos, dos ojos negros, intensos y turbadores, reviviendo el tipo exuberante de una matrona romana de la época de la decadencia, reinaba en la comarca.

Luego, como el matrimonio no tenía descendencia, empleaba sus economías en ciertos refinamientos domésticos que a las otras familias colonas les estaban vedados. Su casa era la única que lucía blanqueadas las burdas paredes de adobe; en sus habitaciones no se filtraba nunca la lluvia; los aleros, desde la primavera, desaparecían bajo el verde follaje de la Santa Rita que, con sus flores solferinas alegraba, con un brochazo de color, el paisaje uniforme de la pampa; y en los días de fiesta, el matrimonio podía regalarse con una botella de buen vino.

Su aire altivo, ese lujo inusitado, y especialmente, las repetidas atenciones de Venancio, le valieron a Zulema, el apodo de "la patrona".

Todas estas habladurías tornaban violenta la situación de su marido, el laborioso Antonio.

Ya, por dos veces, estuvo a punto de irse a las manos con algunos compañeros que, inopinadamente, al ver llegar a Zulema, habían exclamado:

—Ahí viene "la patrona"...

Era, pues, de suponer el estado de ánimo del pobre hombre, en el trance de tener que asistir a una fiesta, que todo el mundo consideraba como un pretexto de Venancio para acercarse impunemente a su mujer.

Eran cerca de las siete, ya el sol declinaba hacia su ocaso en la atmósfera enrarecida de la tarde serena y luminosa, y aun no se habían terminado los preparativos. De las habitaciones más espaciosas sacáronse los escasos muebles para convertirlas en improvisadas salas de baile; la comida se serviría en una larga mesa dispuesta bajo los coposos árboles del monte salpicados de centenares de farolillos chinescos.

—Esta fiesta—decía Venancio Relly—va a provocar comentarios interminables en todo el partido...

No se equivocaba sino acerca de la índole de los comentarios.

Cuando el sol hubo traspuesto el horizonte, comenzaron a llegar los pobladores de la estancia y la colonia, con sus abigarradas indumentarias de los días festivos. En todos los rostros, pasados los primeros instantes de estiramiento, brillaba una alegría no exenta de curiosidad. Las mujeres, sobre todo, parecían esperar algo imprevisto.

El matrimonio Strozi no había llegado aún.

Por fin, provocando un movimiento de ansiedad en la concurrencia femenina, por uno de los senderos del monte, desembocó el carricoche de la hermosa colona.

Zulema triunfaba con un traje claro, cuyo corte rural se olvidaba por la innata elegancia del cuerpo que lo vestía. Sus cabellos cobrizos, rebeldes y vigorosos como su temperamento de italiana, llevábalos dispuestos según sus ondulaciones naturales. En las manos, en el cuello, ostentaba una lamentable profusión de joyas falsas, pero que fueron lo suficiente para aguzar los ojos de sus vecinas. Recibiéronla con un cuchicheo despreciativo, que subió de tono cuando, al bajar, recogiendo exageradamente su corta falda de campesina, ofreció a la envidia de sus detractoras, cubriendo su pierna soberana, el lujoso detalle de una media calada, digna del ajuar de una señorita. A su lado, Antonio Strozi, reprimía una mal contenida impaciencia.



—Gustavo. ¿Qué clase de gente es la que se ha mudado al chalet de al lado? ¿Es elemento que me conviene?
—Yo creo que sí, señorita. Porque, según mi opinión personal, son una punta de locos...

LA RUCA

A la vera
de la angosta carretera
que atraviesa el robledal,
se alza triste una guarida
donde anida
el despojo de una raza secular.

Es la ruca de los aucas. Con su puerta
siempre abierta
a los hombres y a las ráfagas está,
del gran pueblo araucano
siempre abierto para el bien y la verdad!

Fría y gris está la tarde. El fuego humea
parpadea
vacilante su llamear;
y en la entrada que da frente a la montaña,
como tímida alimaña
que escondiera la cabeza, duerme un can.

Esparcidas por el suelo de la ruca, forman lechos
harapientos y deshechos
sucias pieles de cordero y de león,
y una lanza enmohecida y ya sin dueño
duerme el sueño
del olvido en un rincón.

Un mapuche con su india y sus pequeños
velan cerca de los leños
encendidos en el hogar.
Callan, mientras canta afuera
plañidera
ronca estrofa el viento austral.

SAMUEL A. LILLO.

En este instante la luz del sol se esfumaba lentamente; tan sólo por el reflejo en las capas atmosféricas, uno de sus rayos llegaba hasta una nube engarzada en el azul intenso del cielo, tiñéndola con un toque sanguinolento. Del seno del monte, de los pajonales cercanos, de la tierra toda, exhalábase un hálito de fuego, desvaneciente, al que se unían cálidas rachas, impregnadas de extraños aromas, venidas de más allá de los trigales...

Y en medio del profundo descendimiento de la noche pampeana, en esa atmósfera bochornosa, bajo los extraños reflejos de la nube de sangre — impresionante como un estigma cósmico — parecía prepararse el escenario para una tragedia...

Como se esperaba, Zulema ocupó su puesto en la cabecera de la mesa, junto al de Venancio Relly y frente a su marido. Entre la concurrencia femenina se cruzaron algunos guiños expresivos.

La comida transcurrió sin ningún incidente apreciable, hasta el momento en que el vino comenzó a hacer de las suyas, mientras se servía la tradicional torta de Navidad.

A esa altura de la fiesta, alguien — no se supo quién — pronunció la palabra fatal:

—¡Brindo por "la patrona!"...

Antonio se irguió lívido, con los labios temblorosos y los puños amenazantes; pero bastó una mirada imperiosa de su mujer para volverlo a su sitio.

Al poco rato, cayeron cerca de Antonio algunas migas; oíanse risas inequívocas... El momento era difícil; y Venancio, obrando prudentemente, inició el desbande levantándose con su compañera.

Todos lo imitaron, a excepción de algunos beodos que quedaron discutiendo torpezas...

Seguíalos Antonio, en actitud impasible, con los brazos caídos.

Una destemplada orquestilla de guitarras y acordeones inició una polka antiquísima.

El ambiente caluroso del recinto, los vapores del vino, la alegría comunicativa de la música, la agitación del baile, hicieron olvidar a Venancio la circunspección que se había propuesto demostrar. Reunió se con Zulema, a quien abandonara al entrar en la sala del baile; él hablaba en voz baja y ella reía con risitas agudas e incitantes...

Antonio, mudo, tembloroso, observaba desde un ángulo de la habitación. Más de uno al pasar, habíale tocado socarronamente con el codo; dos parejas lo atropellaron de propósito. Al poco rato abandonó la sala.

Venancio y Zulema ya no bailaban; sentados junto a una ventana en un coloquio íntimo, parecían no darse cuenta de la presencia de los demás.

Alguien preguntó:

—¿Y Antonio?

—Salió a ver la noche — contestó un chusco.

—Malas consejeras son las sombras — sentenció un viejo; — anda, ve a buscarlo.

El interpelado volvió a los pocos instantes diciendo que el hombre estaba aburrido y se dirigía a su chacra.

En ese momento, por la abertura de la ventana a cuya proximidad se hallaba la apasionada pareja, entre las densas sombras de la noche, apareció, para ocultarse en seguida, el semblante lívido de Antonio.

El baile llegaba a su estado más culminante de animación; las risas se convertían en carcajadas, y ya nadie se acordaba del incidente que antes atrajera toda la atención, cuando de pronto, gritos aislados primero, luego congojas de mujeres e imprecaciones horribles de beodos, formaron un clamor extraño y ascendente, en medio del silencio de la noche estrellada...

Todos abandonaban la sala en una confusión inaudita, y apenas salían al corredor aunaban sus lamentos al doloroso clamor de afuera. Venancio y Zulema, tan repentinamente interrumpidos, fueron los últimos en llegar.

Entre el vocerío y la confusión de los sollozos, se distinguía claramente, acompañado de maldiciones, el nombre de la bella colona.

Por los huecos multiformes del entrecruce del ramaje, en dirección a los trigales, percibíase un siniestro resplandor de incendio que aumentaba por segundos.

A nadie se ocultaba el origen repentino de ese fuego castigador.

Venancio y Zulema, pálidos, temblorosos, fueron arrastrados por la muchedumbre aullante, que se dirigía en tropel hacia sus chacras amenazadas.

Tan solo en un recodo de la huella, pudieron desprenderse de la oleada humana que los arrebatara; y Venancio, recostándose en un poste, en un estado de ausencia, contempló, durante un largo rato, el avance progresivo del fuego en el trigal lejano.

En ese estupor, creía asistir a una siniestra sesión de magia; el intenso reflejo de la quemazón, en las matas de pasto bravo, en las zarzas de abrojos y en los cardales, fingía la florescencia fantástica de una vegetación inverosímil...

Y así permaneció toda una hora, hasta que los sollozos de Zulema le hicieron volver a la realidad, extrañado, inconsciente, como si desde tiempo inmemorial hubiese estado sumido en una contemplación infinita...

Entonces, sus lamentos unidos a los de la mujer culpable, resonaron en la noche como si fuesen los ecos apagados de las imprecaciones lejanas...

De las cualidades que deseo tenga la novia

Yo confieso que, a no mandármelo V. E., que fuera atrevimiento decir cómo quiere la mujer un hombre tal, que no habrá mujer que le quiera como yo soy.

Desearé precisamente que sea noble, virtuosa y entendida; porque necia, no sabrá conservar ni usar estas dos cosas que en la nobleza quiero: la igualdad, la virtud. Que sea mujer casada, y no de ermitaño, ni beata, ni religiosa; su coro y su oratorio ha de ser su obligación y su marido; y si hubiese de ser entendida con resabios de catedrático, más la quiero necia: que es más fácil sufrir lo que no sabe, que padecer lo que presume.

No la quiero fea, ni hermosa. Estos extremos pone en par un semblante agradable: medio que hace bienquisto lo lindo y muestra seguro lo donairoso. Fea no es compañía, sino susto: hermosa, no es regalo, sino cuidado; mas, si hubiere de ser una de las dos casas, la quiero hermosa, no fea, porque es mejor tener cuidado que tener miedo, y tener que guardar, que de quien huir.

No la quiero rica, ni pobre, sino con hacienda; que ni ella me compra a mí, ni yo a ella. La hacienda, donde hubiere virtud y nobleza, no se ha de echar de menos, pues teniéndola, quien la deja por pobre, es vilmente rico, y no la teniendo, quien la codicia por rica, es vilmente pobre.

De alegre o triste, más la quiero alegre: que en lo cotidiano y en lo propio, no nos faltará tristeza a los dos, y eso templa la condición suave y regocijada con ocasión decente; porque tener una mujer pesadumbre, más arrinconada que telaraña... es juntarse con un pésame de por vida.

Ha de ser galana para mi gusto, no para el aplauso de los ociosos, y ha de vestir lo que fuere decente, no lo que la vanidad de otras mujeres inventare. No ha de hacer lo que algunas hacen, sino lo que todas deben hacer.

Más la quiero miserable que pródiga, porque de lo uno se debe tener miedo y de lo otro se puede esperar utilidad. Sumo bien sería hallarla liberal.

En que sea blanca o morena, pelinegra o rubia, no pongo gusto ni estimación; sólo quiero que, si fuere morena, no se haga blanca: que de la mentira es fuerza andar más sospechoso que enamorado. En chica o grande no reparo, que los chapines son el afeite de las estaturas y la muerte de los talles, que todo lo igualan. Gorda o flaca, es de advertir que, si no pudiere ser entreverada la quiero flaca y no gorda; más la quiero alma en cañuto o pellejo en pie que doña mucho y cuba en zancos. No la quiero niña ni vieja, que son cuna o ataúd, porque ya se me han olvidado los arrullos y aun no he aprendido los responsos; bástame mujer hecha y estaré muy contento con que sea moza.

Desearía mucho que no tuviese con extremo lindas manos, y ojos y boca, porque con estas tres cosas buenas en toda perfección, es fuerza que no la pueda sufrir nadie: pues las manotadas porque le vean las manos, y los visajes y dormiduras por aprovechar los ojos, enfadarán al mundo; pues ver a una mujer con los dientes de par en par, porque los vean, no es cosa sufrible. El cuidado borra las perfecciones y el descuido disimula las faltas.

FRANCISCO DE QUEVEDO.

Los que nó practican el Evangelio

El Evangelio cristiano ha sido predicado en todas las partes del mundo; sin embargo, suman millones los que todavía no han abrazado sus creencias. *The Lutheran* ofrece los siguientes datos, que toma de *Das Evangelische Deutschland*:

"Africa cuenta cuarenta y dos millones de mahometanos. De los 3.600.000 que pueblan Madagascar, 3.000.000 son paganos.

Siam tiene 87.000 sacerdotes budistas y 13.000 templos de dicha religión.

Los 340.000 indios que todavía quedan en los Estados Unidos, siguen practicando los ritos de sus antepasados.

De la población de la India, 217.000.000 son brahmanes, 69 millones mahometanos, 11.000.000 budistas, 10.000.000 animistas y menos de 5.000.000 cristianos.

China cuenta más de 300.000.000 que practican credos paganos.

En el Japón hay 118.000 templos Shintoistas y más de 70.000 budistas, practicando dichas religiones 72.000.000 de los 77.000.000 que constituyen la población de dicho imperio".

La cena de Luisa Sanz

Por Pedro Mata

I

Con la barra de carmín en los dedos, los labios a medio pintad, se quedó un momento indecisa, sin saber qué decir.

El insistió:

—Bueno, ¿en qué quedamos?

—Chico, la verdad..., no sé qué hacer... ¿Quiénes váis?

— Cuatro o cinco amigos y otras tantas amigas. Pocos, pero bien avenidos. Ellos todos gente "bien"; ellas, como tú, muchachas de teatro: las hermanas Lorente, la Amelia Ruiz, la...

No pudo continuar porque se abrió la puerta y entró un acomodador.

—Señorita Sanz; esta carta que acaban de traer.

Luisita rasgó el sobre, la leyó rápidamente y se la dió a él.

—Toma, entérate.

El leyó en voz alta:

"Mañana, para solemnizar la Nochebuena, nos reuniremos unos cuantos amigos a cenar. Contamos contigo como elemento indispensable de preciosidad y alegría".

—¡Otra invitación!

—La tercera.

—¡Qué solicitada estás!

—¡Suerte que tiene una!

—Bueno, pero en resumen, concretemos. ¿Por quién te decides? Contamos contigo, sí o no?

—Chico, es una cosa muy seria para resolverla así, de sopetón. Necesito pensarlo. Mañana te contestaré.

—¿Por qué no ahora?

—Porque necesito pensarlo.

El fué a insistir; pero la entrada del avisador interrumpió su charla.

—Señorita Sanz, a escena.

II

A pesar de sus excelentes propósitos, aquella noche no pensó nada. Durmió como una tonta, se levantó a las once de la mañana y almorzó como todos los días. Sólo después de comer, y ya vestida, cayó en la cuenta que era víspera de Navidad y no había ensayo. Pero como estaba ya vestida, y el día era bueno, decidió salir a la calle.

—Pepa — dijo a la criada, — esta noche no ceno en casa.

—Anda, y yo que tenía ya preparada la cena! ¡Qué lástima! ¿Por qué no me lo dijo antes la señorita?

—Porque no me he acordado hasta este momento.

—¿De modo que está convidada la señorita?

Sí, hija; tres invitaciones por falta de una. No sé todavía por cuál me decidiré; pero como por alguna tengo que decidirme, no me esperes.

En el portal se encontró a una chiquilla de la vecindad.

—Vaya usté con Dios, señorita Luisa; qué guapísima y qué elegante que va usté.

Le hizo tal gracia el desparpajo de la criatura que se detuvo para darla un beso. Era hija de un pintor que vivía en la guardilla; una niña de unos nueve años, menuda, paliducha, muy linda, con los ojos muy grandes, muy azules.

—Con que me encuentras guapa, ¿eh?

—Usté es siempre muy guapa y muy elegante, y tiene usté una voz muy bonita. Y a mí me gusta mucho verla en el teatro. ¿Cuándo me va usté a dar entradas?

—¡Ay! rica; cuando tú quieras.

—Esta noche no puede ser porque no hay teatro.

—¿No hay teatro?

—No, rica; es Nochebuena.

—¡Ah...!

—Esta noche es noche de estar en casita, con papá y con mamá y con los hermanitos para jugar a los nacimientos y comer turrón. En tu casa tendréis turrón.

—No, señorita.

—¡Cómo! ¿No tenéis turrón?

—No, señorita; no tenemos turrón. Dice mamá que todo está muy malo.

—¿Con que no tenéis turrón? ¿Ni figuritas de nacimiento? ¿Ni mazapán...? ¡Oh!... Nada, nada, nada; esto no puede ser. Anda, llama a tus hermanos y venid todos conmigo.

III

Cuando a las cinco de la tarde la Pepa abrió la puerta, escandalizada ante el estrepitoso repiqueteo del timbre, se quedó estupefacta en medio del pasillo al ver a su señorita rodeada de una legión de chiquitos llenos de cestas, envoltorios, paquetes, panderetas, tambores y zambombas. Los dos chicos mayores del pintor de la guardilla traían un gran cesto de mimbre, del que empezaron a sacar provisiones.

—¡Pero qué es esto!

—Esto es que vas a hacer la cena para todos.

—¿Para todos? ¿Pero, quién viene? — preguntó aterrada la Pepa.

—No te asustes. Toda es gente menuda, y supongo que muy poco exigente. La chiquillería de la vecindad. Las chicas de la portera, las de la guardilla, las del verdulero. ¿Hay alguno más? Que vengan; todos.

—¡Pero, señorita!

—Déjalo, mujer. Un día es un día.

—¿De manera que la señorita ya no va convidada?

—¡Jesús, es verdad; qué cabeza la mía...! Ya no me acordaba. A ver tres de vosotros..., que hay que llevar en seguida unas cartas.

Se sentó ante la mesa y escribió unos pliegos con lápiz:

"Me es absolutamente imposible ir a comer con vosotros esta noche. Ceno en familia".

Colonia de vacaciones en el Pabellón de los Lagos





La dirección de plazas y paseos de la municipalidad, inauguró la colonia de vacaciones para niños débiles, instalada en el Pabellón de los Lagos, y en la cual se inscribieron 1.200 escolares.—A la izquierda: el director de plazas y paseos señor Thamier y un grupo de veraneantes.—A la derecha: la gente menuda durante un paseo por las aguas del lago.



"El gato y el ratón", bajo la sombra del bosque.



Una excursión lacustre.

Inauguración del IX Salón del Automóvil

Con asistencia del presidente de la República, de los ministros de Obras Públicas, Instrucción Pública y Guerra, del intendente municipal, del presidente del Automóvil Club y de otros altos funcionarios, se efectuó la inauguración de la novena exposición anual de automóviles, organizada por el Automóvil Club Argentino. —El doctor Alvear y su comitiva recorriendo los stands de la exposición instalada en el Pabellón de las Rosas.







Dos detalles del stand donde se exhiben espléndidos modelos de automóviles de las acreditadas marcas Rugby y Flint,, cuyos importadores en la República Argentina son los señores Ditlevsen y Cía.

Aniversario de la Sociedad Española de Beneficencia





Celebrando el sexagésimo noveno aniversario de la Sociedad Española de Beneficencia, realizáronse diversos actos conmemorativos, que alcanzaron gran lucimiento. A la izquierda: el embajador de España, duque de Amalfi; el cónsul general de dicho país y el personal directivo del Hospital Español, después de la ceremonia realizada en dicho nosocomio.—A la derecha: vista parcial del público que presenció el acto.

Exposición de trabajos en la Universidad Popular Bernardo de Irigoyen



La señora María Julia Castillo de Casella, directora de la Universidad Popular nardo de Irigoyen, acompañada del personal docente de dicho establecimiento.



Labores ejecutadas en el c rso de fantasía a cargo de la señorita Etchemendy, expuestas con motivo de fin del año escolar.



Trabajos realizados en la clase de frutas artificiales, que dirige el señor Saavedra.



Labores ejecutadas por las alumnas del curso de bordados a mano, que funciona bajo la dirección de la señorita Pizarro.

Belwarp Boxing Club



Enrique Gómez, Miguel Martínez, Justo R. Suárez, Germán Ballarino, Roberto Scarpa (capitán), Wille Gould (director técnico), Dionisio Fernández y Víctor Avendaño, del Belwarp Boxing Club, que actuaron en el campeonato de box Ciudad de Buenos Aires y se adjudicaron la Copa Bullrich, obteniendo seis campeones



Piedra fundamental del nuevo edificio del Centro Asturiano



Don Timoteo Balbín y su señora esposa, durante la entrega de la piedra fundamental del edificio del Centro Asturiano, extraída de las montañas de Covadonga.—Se hizo cargo del bloque el presidente de aquella institución, señor Ramón del Fresno.



Vista parcial del banquete servido en los salones del Centro Asturiano, con motivo de la ceremonia de la entrega de la piedra fundamental destinada al nuevo edificio que levantará dicha asociación.

Homenaje



Placa ofrecida por el vecindario de Barracas, para ser colocada en la tumba del profesor José M. García.

De Mendoza

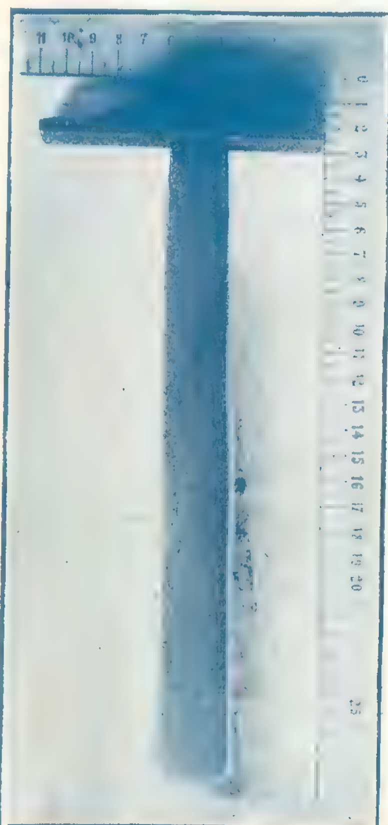


Señor Leonardo F. Napolitano, presidente de la Biblioteca Pública, que ha instituído en la provincia el Día del Libro.

El crimen del pasaje Internacional



Algunas de las alhajas robadas a la víctima Fábregas Humbert, que sirvieron a la policía para descubrir a los autores del crimen.



El martillo con que fué muerto Fábregas Humbert.



Delfor Aristóbulo Cantizano, uno de los asesinos.



Humberto Víctor Moreira, autor material del crimen.

FUNCIONARIOS QUE INTERVINIERON EN LA PESQUISA



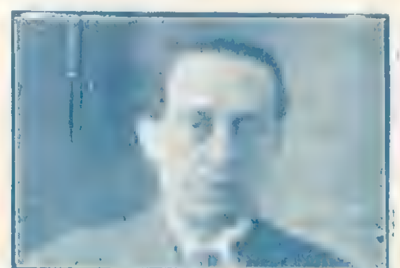
José Urruchúa, jefe de la sección Robos y Hurtos.



Inspector Rafael Zumarraga.



Empleado Joaquín Pascual.



Empleado Luis Angelillo.



SOCIALES



ENLACES.—Bayá Casal - Rodríguez.



Señorita Aurelia Lebrón, que contrajo enlace con el señor Víctor Wülter.



Durán Lacoste - Eguía Molina.



Señorita Margarita Rodólico con el señor Horacio Rodólico.



Quadri - Otero.—Los novios, los padrinos y el cortejo nupcial.



La señorita Adela Massa Banuti con el doctor Roberto J. Etchevés.



Señorita Isabel Aetis con el señor Antonio Peseuma.



Señorita Elisabeth Boguoi con el señor Felipe Bohm.



Señorita Octavina Gradito con el señor Adolfo Pedreira.



Señorita María Eugenia López con el señor Carlos W. Mac Millan



Actualidades cinematográficas



Edmundo Lowe, el notable galán de la Fox, uno de los grandes favoritos del público, con su propio favorito.



Una escena de ''El vértigo'', cinedrama que interpretan Emmy Lynn y Jacques Catelani y que estrenará Glücksmann mañana.



Gibson Gowland, protagonista de ''Codicia'', producción de Erich Von Stroheim y Jaime Mathis, que Glücksmann estrenará el viernes próximo.



Marjorie Hume, Bryan Aherne y George Milcaster, protagonistas de ''El hijo olvidado'', film que la General estrenará el domingo próximo.



Escena de ''El hombre que quiso ser estrella'', film que interpreta Lige Conley y que la New York estrenará el próximo jueves.



Edith Robrts y Matt Moore, en ''El club del misterio'', película Jewel que la Universal estrenará pasado mañana.



Escena de ''El último expreso'', cinedrama que interpretan Otis Harlan y Helen Holmes, y que la Corporación estrena hoy.



DE MAR DEL PLATA



Los primeros veraneantes.—Señorita Dominga Ruffa.



Unos cuantos señores que, después de ingerir un buen asado, sienten la satisfacción de vivir.



El obispo de La Plata, monseñor Francisco Alberti.



Doctor Juan Bacigalupo y señora.



Trabajos de macadamizado en el camino que unirá las playas Bristol y La Perla.



Niño Arturo Giménez Gowland.



Una vista de la Rambla y la Loma.



El aristocrático balneario comienza a animarse.



El Hotel Colón, que se inaugurará en el presente mes.



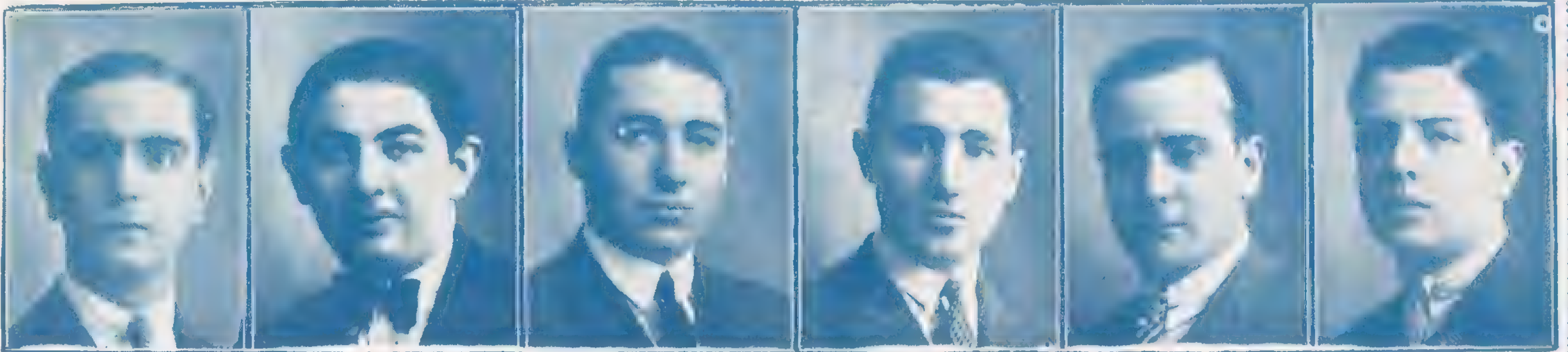
Obras de desagüe del arroyo y pavimentación del camino a La Perla.
(Fots. Bonnin).



El Hotel España, a inaugurarse.



Nuevos peritos mercantiles egresados de la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini



Eugenio Iglesias — Angel Boigeu — Marcelino Ilundain — Ovidio Giménez — Enrique Fiore Larrey — Elías Suez



Ciriaco Samelli — Gastón Suárez Pereira — Héctor Chevalier — Carlos A. Mattioli — David Gelmau



Antonio Leguizamón — José Muñoz — Enrique Morelli — Francisco N. Torlo — Román J. Castrillón



José Frascino — Roberto Roig — Héctor Pearce — Antonio Sanjurjo — Juan Carlos Muñoz



Gregorio Onik — Benjamín L. Velazco — Santiago Fraguglia — Martín Llera Piñeiro — José A. Lozano — Palmiro Barrutta



Información gráfica del interior



SAENZ PEÑA.—Parte de la concurrencia al festival organizado por el Centro Cultural y Recreativo "Sáenz Peña".



MIRA - MAR.—Familias que asistieron al paseo campestre organizado por un grupo de jóvenes de la localidad.



LA PLATA.—Niñas de la sociedad platense.—Señorita Lía A. Morales.



Señorita Beatriz della Croce.



Señorita Clarita Pazos.



Señor V. Rascio, nuevo director de la escuela graduada anexa a la F. de H.



LUJAN.—Miembros del Centro Catequístico de Nuestra Señora del Valle, en su visita a Luján.



VILLA DEVOTO.—El director del Colegio Nocturno, señor Clodomiro G. Torre y sus alumnos, durante una fiesta campestre.



ROSARIO. — El ciclista señor Augusto Guignard, que ha cubierto satisfactoriamente el raid Chajarí - Entre Ríos - Santa Fe - Buenos Aires.



PUNTA ALTA.—Concurrentes al baile organizado por la filial del Centro de Clases de la Armada.



Entrega de un ramo de flores al presidente de dicha asociación, señor Antonio Lozano.

Flor de tamarisco (1)

Por el Teniente Doserres

El Capitán W...., además de ser un buen "causer" es nuestro Comandante y todos los escuchamos cuando por habernos invitado a su cámara estamos con él de sobremesa. — Porque así como la cátedra forma oradores, la buena sobremesa hace a los conversadores que tanto abundan en todas las marinas.

El otro día nos decía:

—"Algunos de ustedes ha de haber conocido a "Rachita". Era una buena chica, adherida a Puerto Militar como el "teredo" (2) a la carena de los buques que flotan en sus aguas.

"Huérfana y sobrina de un oficial pasado a retiro por imperio de la ley, llegó a la zona cuando nosotros éramos Aspirantes embarcados; de modo que desde entonces la hubiéramos considerado de la promoción, si ella — bonita y coquetuela — no se hubiera visto tan asediada por los tenientes...

"De cualquier manera, no es justo el derecho que se arrogan los de la camada de L... al considerarla de su época, pues cuando ellos la conocieron ya nosotros éramos Alféreces de Fragata.

"Si he de ser franco diré que todos sentíamos un poco de admiración por ella, que sólo desaparecía cuando hacía uso de esa mala costumbre — en una mujer — de llamarnos por el grado. De suerte que, al designarnos por él, nos sentíamos un poco despojados de nuestra personalidad, sin contar que con ello nos cortaba toda posible atracada a su costado de babor.

"Que se anteponga el grado cuando él sirva para prestigiarnos es cosa que ya desde entonces encontrábamos amable, pero nos resultaba antipático lo utilizara para decirnos: "Guardiamarina, ¿no sabe usted si el Comandante regresa hoy a la rada?, o bien: "¿no estuvo anoche en la comida del Almirante?"...

"En el primer caso parece que lo vieran llegar a uno montando guardia de lancha, y en el segundo — lo que era en verdad hipotético — equivalía a recordarle que lo podían haber perdido de vista en la mesa, a fuerza de ir ocupando por grados los puestos de la misma; al punto que por alejarse tanto de "ella" — al costado siempre del que presidía — habría habido necesidad de mirarla con anteojos en las borneadas (3) y dirigirle un piropo por banderolas (4)...

"Pero de esas cosas ella no era responsable y confieso que sólo pudo reprocharle una amonestación que me impusieron por haberme extralimitado en la duración del ejercicio de infantería, una vez que en ausencia del oficial de Torpedos se me presentó la oportunidad de verla mientras dragoneaba el comando de una compañía.

—Y yo — dijo un padre de tres hijos, por lo bajo — el haber perdido mis cordones de Guardiamarina de Estado Mayor, la primera vez que bajé a tierra con el Almirante, pues en mi afán de pasar con ellos por su casa, se me fué la lancha.

"Lo notable — prosiguió el comandante — es que estos asuntos no trascendían y que "Rachita" sin darnos el menor calce, nos mantenía bajo su tutela fascinadora. Hoy, que ya de los admiradores de ayer el que no tiene los cabellos de color de estopa es porque les da guante, (5) o usa peluca, podemos ver los hechos con más calma y confesar unánimemente que tanto la playa como la antigua dársena y hasta los tamariscos traídos por el Ingeniero Luiggi, adquirían con su presencia un particular encanto.

"Cuando se encontraban con ella los Oficiales Superiores — aún los más austeros y secos — perdían parte de su gravedad; los Comandantes realzaban con mayor elocuencia las virtudes marineras de sus propios buques y todo aquel que estaba en condiciones de ascenso, no dejaba de hacérselo saber.

"Porque para decirlo todo, "Rachita" era el angel tutelar de nuestros corazones y después de la hora de retirada — en que como ahora los casados tomaban su bicicleta para ir a sus hogares — nosotros paseábamos por su vereda, cercada de tamariscos, en espera de una mirada que nos resultaba tan vivificante como lo son en las tardes calurosas del verano esas suaves rachas de la virazón, que soplan del mar hacia la tierra y que el pecho aspira a pulmón pleno sin preguntarse a qué cuadrante pertenecen.

"Recién el día que nuestra promoción colocó sobre sus hombros las presillas de Alférez y cosió a lo largo del pantalón de diario, la anhelada franja naval de seda negra, "Rachita" pudo rehabilitarse ante nosotros de la grave acusación de preferir la sociedad de los más graduados, sabiendo por sus labios que la única causa que la había mantenido alejada de la gente del "barrio chino" (6) eran las opiniones de la familia con quien vivía, que le reprochaban cualquier pequeña "orzada" (7) con nosotros.

"La pobre en lo más íntimo de su ser nos quería un poco a todos sin preocuparse en los grados como entonces creíamos. Un amor "náutico" había sido su ilusión de niña y era ahora su esperanza de chica casadera.

"Desde pequeña había tratado marinos en casa de su tío, y su bondadoso corazón nos atribuía a todos condiciones igualmente nobles y caballerescas. Nuestro asedio fué para ella como la aparición de un cardúmen (8) a un atolondrado pescador a quien sorprenden con su línea y que luego en su afán por echar pronto el "medio mundo" (9) asustan a los avisados peces, olvidándose hasta del anzuelo.

"¡Pobre "Rachita!"... Acostumbrada a las andanzas de quien fuera un padre para ella no pegaba los ojos sin rezar por los hombres que estaban en el mar, y si desde la pieza alta del chalet en que vivía

El asno fanfarrón

A la entrada de un bosque retozaba cierto día un burrillo juguetón y travieso, de esos que no han sentido el peso de la albarda, cuando divisó a corta distancia, un enorme y colmilludo jabalí que se dirigía hacia la espesura. Lejos de arredrarse a la vista de tan temible enemigo, salióle al encuentro, con aire de matón, y plantándose delante le preguntó con insolente familiaridad, que adónde iba por aquel sitio. Al oírse apostrofar de tal modo, el interpelado estuvo a punto de caer sobre el inofensivo asno para castigar tamaño atrevimiento; pero, reprimiendo su ira, limitóse a decirle:

—¡Quita de ahí, miserable arrapiezo, y da gracias a que no quiero mancharme los colmillos en la sangre de un burro, pues de lo contrario, ya te habría demostrado que los de tu jaez no sirven más que para llevar albarda!

(1) El tamarisco es una planta traída al país cuando se iniciaron las obras de Puerto Belgrano. Crece en las arenas sin necesidad de riego y del vivero que la Armada tiene en aquel lugar se han entregado a distintas localidades patagónicas.

(2) El teredo naval es un bichito que se adhiere a las planchas de los buques, formando cuerpo con ellas y perforándolas poco a poco. Para evitar eso los buques entran a limpiar sus fondos a dique seco con frecuencia.

(3) Dar vuelta alrededor del ancla.

(4) Las banderolas se utilizan para hablar a distancia y constituyen uno de los medios de comunicación más generalizados en la escuadra. A costa distancia se habla sin ellas a brazo simplemente.

(5) Pintura que no se da a pincel sino mediante trapos o estopa empapada en que quiere economizarse tiempo y pinaquella. Se emplea ese método siempre tura.

(6) Se acostumbra en la Armada a llamar "barrio chino" a los cuadrados o lugares en que se alojan los oficiales menos graduados por similitud con lo que ocurre en algunas ciudades en que se destinan barrios para la gente de aquella raza a fin de separarlos del resto de la población.

(7) "Orzar": tendencia natural de ciertos buques de meter la proa en dirección contraria a la del viento.

(8) Familia de peces chicos que viven agrupados como único medio de defensa contra los grandes, que como es proverbial constituyen su alimento.

(9) Arco con malla apta solamente para la pesca del "cardumen" pero que el buen pescador lo sabe inapropiado para los de mayor tamaño, que requieren el uso del anzuelo.

oía amplificado el ruido del viento al golpear en los eucaliptus, corría solícita a ofrendar a la Virgen una rama de olivo, descansando recién tranquila al constatar a la luz del día que los buques se habían mantenido al ancla en sus fondeaderos de la rada, sin darse cuenta que después de tantas rachas sólo garreaban su juventud y sus ensueños de felicidad.

"Luego de convencernos de que "Rachita" era una chica sencilla, que mantenía para con todos una honrada neutralidad, nuestra simpatía — como el viento al girar en el sentido opuesto a las agujas de un reloj — barrió el cielo de toda nube, y tanto los de mi promoción como los oficiales de las dos o tres camadas que nos seguían, fuimos sus mejores amigos. Tal vez tuvo entre ellos muchas nacientes simpatías, como las debió tener antes entre los jefes, pero así como entonces desconfiamos de aquéllos, ahora al verla en línea con nosotros, éstos se abrían de su lado. Y los que vinieron más tarde pensaron con igual lógica que nosotros que también llegamos a gastar presillas de tenientes".

"Cuando los de su camada fuimos ascendiendo, las mujeres de su familia comprendieron, aunque tarde, que no hay marea sin su pleamar y que nadie por más galones que lleve en su manga ha nacido con ellos. Pero ya habían florecido los tamariscos muchas veces y afirmado al cañón varias insignias. Los amigos que no se habían casado, es porque eran muy duros de pelar, y los que venían, experimentaban algo así como celos de su pasado, en el cual creían habíamos intervenido, porque las esposas no son como los "nudos húngaros" (1) que se pasan de camada en camada, sino algo que tal vez con un poco de egoísmo exigimos inmaculado.

"Además, ya teníamos buenos bailarines que la encontraban pesada, no faltando quien dijera con un poco de chistosa vulgaridad que era "del tiempo del franco derecho doblando". Como la pobre no sabía jugar al tennis y muchas de nuestras señoras son más ágiles, de menor edad y tienen también sus parientes, la chica ha pasado a desarme completo, mientras los "náuticos", siempre jóvenes y sentimentales jugamos a la pelota, al tennis o al golf y nos sentimos capaces de inspirar grandes pasiones.

"Por eso a "Rachita" casi ni se la ve. Los buques entran y salen de puerto sin que ella los despida o los marque desde su mirador, y cuando por casualidad nos visita y los timoneles se descubren en toldilla para arriar el pabellón, no se protegen un instante la vista para mirarla a gusto, porque ya no es el sol que deslumbra sino el astro que se pone. Ni siquiera los Guardiamarinas le forman la guardia cuando baja las escalas.

"El otro día oí decir a uno de los "muchachos" que la habían visto del brazo de un Aspirante, pero no aclaró ex profeso que es un pariente de ella a quien le debe su entusiasmo por la carrera.

"Sin embargo conozco más de un Jefe que con una chica como ella no estaría pegado al murallón — haciendo el ostra como decimos en la marina — y habría pasado a retiro sin esperar má tiempo en el grado".

—Sí, — interrumpió el ex Guardiamarina que duró un solo día en el Estado Mayor — ellos habrían salido favorecidos, nosotros con una vacante más y todos contentos, como en las novelas o en los sumarios administrativos.

Pero yo, que en asuntos de esta índole antepongo el corazón a las ansiedades del "escalafón" cerrado, estuve tentado de agregar: que Dios ponga en los sentimientos de nuestros compatriotas un poco de aquella "Rachita", cuando los buques regresen a puerto terminada la labor del año y florecen los tamariscos de la costa.

(1) Especie de paletas que usan los Guardiamarinas en los uniformes de gala a modo de charreteras, llamados marinerescamente ''doble coca'', para distinguirla de la ''coca'', aro distintivo del cuerpo general que hoy usan todos los cuerpos en nuestra marina, y que como sabemos imita la vuelta que un cabo toma sobre una bita.

Los tres viajeros

Allá por la edad de oro
Iban tres por un camino;
Procuróles el destino
Un riquísimo tesoro.

Sin ocultar su placer,
Guardándole, prosiguieron,
Hasta que al cabo sintieron
Necesidad de comer.

Uno de ellos partió en pos
De lo primero que hubiera,
Quedando de esta manera
En esperarle los dos.

Compró no sé qué manjar,
Y al volver, de gozo lleno,
Pensó que sería bueno
La comida envenenar.

La idea era bien cruel,
Mas cómoda en su sentir,
Pues no había que partir
Con nadie el tesoro aquél.

Los dos, de avaricia llenos,
Entre tanto discurrían
Que en matarle bien harían
Porque al cabo era uno menos.

Lo hicieron así después
Que regresó; mas comieron
Lo envenenado, murieron
Por su avaricia los tres.

En caso tan peregrino,
Al pasar lo que pasó,
El tesoro se quedó
Sin dueño y en el camino.

Nuestra deuda a la ciencia

El profesor Mc Keen Cattell, en un discurso ante la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia, de Kansas, desarrolló el tema de que el progreso de la ciencia debe ser el principal objetivo de una nación que quiera conservar y aumentar el bienestar de sus habitantes, habiéndose publicado el discurso en *Nature*.

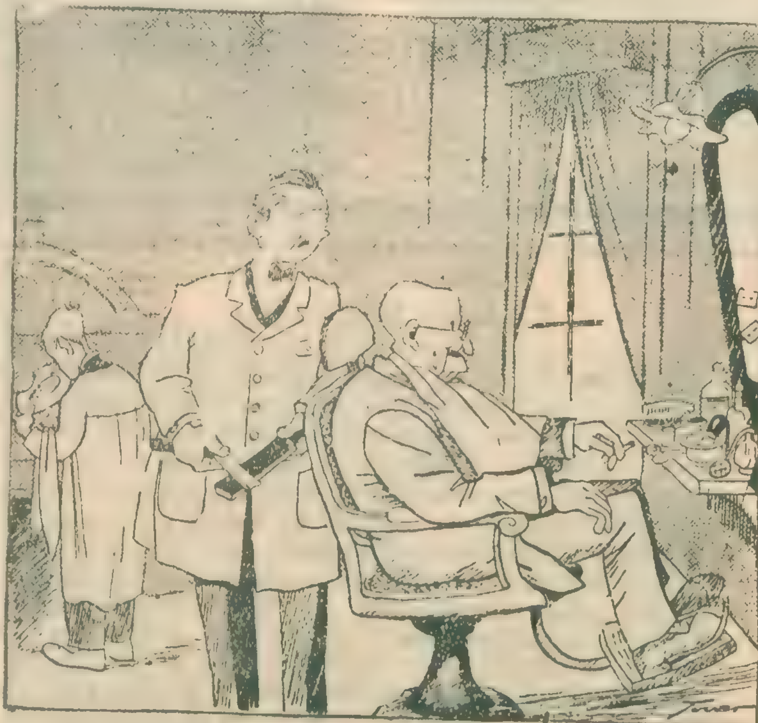
La investigación científica y las aplicaciones de la ciencia, afirma el profesor Cattell, han aumentado cuatro veces la productividad del trabajo en el curso de los últimos 150 años, y han doblado la duración de la vida humana. La ciencia ha hecho posible que cada uno de nosotros pueda trabajar en labores rutinarias la mitad del tiempo antes empleado, pudiendo en cambio consumir el doble de la riqueza de antes. Catorce horas de trabajo, en el que tomaban parte mujeres y niños, sólo procuraban antes chozas, piojos y pan negro para la mayoría, estando reservadas las comodidades para unos pocos. Siete horas de trabajo proporcionan ahora hogares confortables, buenos vestidos y saludables casas para todos.

Si los recursos que nos proporciona la ciencia fueran propiamente distribuidos — como sucederá cuando se apliquen las científicas enseñanzas de la psicología — existe ya suficiente riqueza para permitir a todos gozar de las comodidades que la ciencia ha creado, y de los beneficios que constituyen lo mejor de la vida: hogar, amigos, libertad y mutuo respeto.

Una mejor vida asegurada por la creciente riqueza de que nos provee la ciencia, junto con las aplicaciones de ésta a la higiene, medicina y cirugía, han doblado la duración media de la vida. En las naciones del Oeste, pestilencia y hambre ya no pueden alcanzar el terror de antes. De los tres grandes males, sólo la guerra sobrevive de un pasado bárbaro y precientífico. Mucho hay todavía de imperfecto y malo en el mundo moderno; instintos atrofiados y abatidos impulsos deberán ser reemplazados por los productos y de una ciencia psicológica antes de que la vida sea libre y bella. Pero los que sólo ven en nuestra civilización industrial el lado materialista e innoble, poseen una corta visión y escaso idealismo.

No saben investigar lo que significa en términos de amor y sufrimiento, que de diez infantes nacidos, antes sólo dos o tres sobrevivían, en tanto que ahora ocho o nueve pueden vivir.

La ciencia, no solo ha creado nuestra civilización: la ha dotado del arte más bello y de la verdadera fe.



EL PELUQUERO.—¡Cómo ha perdido usted el pelo, don Isidoro!
EL CLIENTE.—¡Y usted cómo ha perdido los servicios de pelado que podía haberme hecho!

Pequeñas memorias de un pavo

Por Fers

No sé cómo me las voy a arreglar para escribir mi triste vida; no está mi cabeza para coordinar ideas, ni mi pluma, mis plumas, mejor dicho, para llenar cuartillas. Procuraré alejar mi imaginación del terrible fin que me espera, que no es "moco de pavo", desgraciadamente. Allá voy:

Tan pronto como vi la luz del día, me encerraron en un cuarto en compañía de mis hermanitos, hermanitas y la pava de mi madre. Doce horas después nos sirvieron la primera comida: una pasta, más bien papilla, hecha con cortezas de pan, leche y huevo duro. Me atraqué, sin pensar que, a lo mejor, me empapazaba con un pedazo de hermanito.

Durante varios días el menú no varió, aunque alguna vez notaba un tufillo a cebolla, al que pronto me acostumbré. Me daban de comer en abundancia, pero no de beber. Dicen que el agua no sienta bien a los pavitos. ¿Será vino lo que nos den? Yo así lo creía al contemplar las coloradas narices de mi papá y de sus compañeros.

A medida que fuí siendo mayorcito, fueron cambiando la alimentación, y hasta se hacía más variada. Comí cebada, maíz, avena y hasta castañas.

Parece ser que, tanto mis hermanitos como yo, teníamos gran propensión a los catarros y pulmonías pues nuestro amo tenía gran cuidado en no dejarnos andar por tierras húmedas y en cuanto amenazaba lluvia nos encerraba. Con unos chanclos, un impermeable y un paraguas, no hubiéramos tenido necesidad de esos encierros. Esto se lo dije yo a un primo mío que empezaba a gallear, pero no tenía nada de gallo; era tan pavo como los demás, y se echó a reir, llamándome cabeza de chorlito. Esto me indignó entonces; pero ahora... ¡Ojalá fuese mi cabeza la del tal pajarraco: no la tendría tan en peligro! Ya iba yo siendo un guapo mozo; estaba hecho todo un pollo bien y me "pavoneaba" de lo lindo.

A los dos meses y medio empecé a desarrollarme de una manera portentosa, "pavorosa", me cuadra mejor, y se me despertó un apetito voraz, indigno de un mocito bien educado; pero como era tan "pavo", no me cuidaba del qué dirán. No comía, devoraba; así es que empecé a engordar y crecer que era una maravilla.

Me sentía fuerte, hecho una buena pieza, y me reía de la lluvia, de la humedad y de las tormentas.

A medida que aumentaba mi peso y mi volumen, disminuía mi timidez; salía al aire libre, campeaba por mis respetos y, como estaba en la edad del "pavo", hacía mil "gansadas".

Era muy galante, eso sí; hacía la rueda alrededor de las pavas que era una maravilla, y en los bailes que armábamos tenía cuidado de que ninguna pavita comiese "pavo".

Pero, ¡ah!, ¡qué poco duró tanta ventura! A primeros de diciembre salimos en bandada más de doscientos de nosotros, conducidos por unos hombres de sombrero ancho y largas varas. Andando, andando, llegamos a una gran ciudad, en donde nos paseaban constantemente por las calles. De vez en cuando nos parábamos, cogían a uno al peso, le hacían cosquillas en el pecho, le pulsaban, le sacudían y se lo llevaban cabeza abajo, con el moco colgando.

Actualmente llevo tres semanas encerrado en un cajón con un pollo y una gallina por compañeros, personas tímidas y apocadas, que no hacen sino presagiar un triste fin, con lo que se pone la carne de gallina.

En cambio, me hacen comer de una manera formidable, y después

sote, que es mucho más animal que nosotros. Me suele poner entre las piernas y, quieras que no, me mete en la boca castañas y nueces. ¡Sin cascar!... Y a la fuerza hace que me las trague; a veces creo que me ahogo.

Dicen mis apocados compañeros



Hay una mujer, que huele a gui-
de harto me hacen comer más, a la fuerza, y hasta me hacen beber aceite, y eso que no ando mal del vientre. Para lo que tengo que andar y moverme, maldita la falta que hace que me engrasen.

que estoy condenado a muerte, y no me lo explico. ¿Qué mal he hecho? ¿Qué delito he cometido?

La gallina y el pollo me dicen que "el delito mayor del pavo es el haber nacido". Será un delito, pero yo no tengo la culpa. Aseguran que me van a degollar; pero no se sabe cuándo.

"Si será por la Pascua o por la Navidad".

De todos modos proclamo mi inocencia en alta voz; tal vez esté cercano el día fatal.

"Yo moriré mañana; mas moriré inocente".

Con tan triste cercano porvenir, no tengo ánimos para seguir escribiendo; me tiemblan todas las plumas.

Si vivo, ya os contaré alguna otra cosilla; pero me parece haber oído a mi ama decir a unas parientes:

—¡Si ustedes gustan!... El día de Navidad...

¡Horror! ¡todas las plumas se me han puesto de punta!

¡TARDE!

(Diálogo y soliloquio en tres jornadas)

I

—Señorita, yo la adoro,
hace un mes que río y lloro
por usted;
por usted, la figurita
más gentil y más bonita
que encontré.

No me tilde de embustero
si la digo que la quiero
con pasión;
con pasión y como a un padre
y también como a una madre
que no hay dos.

La vida me es ya imposible
y la dicha inconcebible
sin usted;
sin usted, la mujercita
más gallarda y más bonita
que yo hallé.

¡Señorita! ¡Señorita!
adorable muñequita
de marfil;
no desdeñe mi amor puro,
yo la quiero, estoy seguro,
más que a mí.

II

¡Caballero! ¡Caballero!
si su amor es tan sincero,
si hay en él
lo excelso del maternal
y lo inmenso del filial
que es haber:

¡Lo lamento! ¡Lo lamento!
sinceramente lo siento
por usted;
porque a mí muy poco o nada
me importa, pues soy casada
desde ayer.

III

¡Se ha casado! ¡Se ha casado!
¿quién será el afortunado
que logró
el amor de esta mujer?
¿quién ha podido obtener
tanto honor?

Hace un momento creía
mentir cuando la decía
yo la adoro,
y ahora que todo ha acabado
comprendo que la he amado
de ese modo.

¿Por qué razón misteriosa
no hay organismo ni cosa
que al marchar
no se pula y abrillante,
no se hermosee y agigante
por demás?

¡Dicha, júbilo, ventura,
alegría grande y pura,
frenesí!
¿Sois realidad o quimera?
¿Sois algo, éter siquiera,
si existís?

JOSE PAVIA R. JAEN.

El Judío Errante. – Un impostor que en el siglo XVI se hacía pasar por contemporáneo de los primeros años del cristianismo

Entre los impostores más notables del mundo se cuenta uno que se titulaba a sí mismo el judío errante, y que apareció en la ciudad de Munich el 22 de julio de 1721. Algunos datos acerca de él se encuentran en el *Diccionario de la Biblia*, de Calmet.

En aquella época, como en todas, las gentes, ávidas de saber cosas fantásticas, eran seducidas por los relatos pintorescos, las noticias dadas con habilidad y adornadas con algunos tintes de verosimilitud. Este supuesto judío errante, de seductoras maneras, de amena conversación, pronto ganó la credulidad de las gentes.

Contaba que había sido oficial del Sanludrin, que había maltratado a Jsús y que su intervención en la Pasión de Jesús era conocida de los apóstoles. Daba noticias de Roma y pintaba la vida romana, el incendio de la ciudad por Nerón con tintes tan exactos, que el auditorio quedaba suspenso ante él.

Decía que había viajado por los más remotos países y había conocido a Tamula, a Saladino, a los héroes de las cruzadas, los cuales, al parecer, le eran familiares. Tenía una imaginación admirable, grandes poderes de observación, memoria feliz, que le hacía retener cuantos datos precisaba para dar a sus escenas veracidad. Los profesores de las Universidades de Oxford y Cambridge le habían interrogado estrechamente, y no encontraban en sus respuestas anacronismos de bulto, y los lingüistas aseguraban que habla varias lenguas sin dificultad.

Después de algunos meses de estancia en Munich partió para Dinamarca y de aquí para Suecia, sin que se volviera a saber más de él ni de las descaradas imposturas con que engañaba a todos los incautos que encontró en su camino.

EL PERRO DANES

Por Ada Negri

Ella amaba al escultor pobre; pero sabía muy bien que un día u otro terminaría por ceder a las insistencias de sus padres y por casarse con el rico estanciero que ya había pedido dos veces su mano.

Amaba, sí, al escultor pobre. Pero en su perfecto equilibrio, en su perfecta salud de bella rubia de lozanas carnes, comprendía que en ciertos casos el amor es una cosa y el matrimonio otra.

Además, el escultor pobre nunca habría podido casarse con ella. Se habría contentado, en las rápidas escapadas que ella podía hacer a su estudio, con besarla y volverla a besar con aquellos labios finos y apretados, que en la febril furia del beso se volvían poderosos como tentáculos, y con esculpir su rostro sereno y sus ya opulentos hombros en bustos audazmente esbozados, en los cuales ella se veía con la nariz desfigurada, los labios contrahechos, un rostro atormentado, bien distinto — así le parecía al menos — de aquel que en planos líneas serenas reflejaba el espejo.

¿Quién de los dos tenía razón?... ¿El escultor o el espejo?...

Pero la joven rubia no se abstraía en tan difíciles problemas.

Llegó el día en que fué necesario tomar una resolución. Con suma alegría de los genitores, ella se dejó poner por el rico estanciero, en el dedo consagrado al compromiso, un anillo de záfiros y brillantes, más vistoso que de buen gusto.

Sufría; y con ella el escultor pobre. Pero no tanto como habían creído. Sufrían como si hubiesen debido afrontar una operación quirúrgica, sabiendo que sólo así podrían extirpar las raíces de un mal peligroso. Ni el uno ni el otro pecaban de sentimentalismo: cada uno de ellos leía claramente en sí mismo y en su propia necesidad vital. El sabía que se hallaba ligado por mil lazos a su arte; ella a su destino de mujer: destino oscuro pero formidable, como es de tener que gobernar la propia casa y educar los propios hijos.

Y se dijeron adiós, pálidos y con el corazón oprimido, pero con firme y valerosa serenidad. No volverían a verse más que raras veces y tal vez nunca. Pero una certidumbre los sostenía: en sus almas seguiría viviendo el amor, no sólo como un recuerdo, sino como una fuerza viva que los ayudara en el camino; como un tesoro que nada ni nadie podría robarles.

El regalo de bodas del escultor pobre a la joven rubia fué un cachorro danés, de purísima raza, que atada al collar llevaba una tarjetita con estas palabras: "Me llamo Fiel".

La mujer comprendió. Estrechó contra su pecho aquel inocente ser que temblaba y palpitaba cálido entre sus brazos. Y el bellísimo cachorro la siguió, después de las bodas, a la casa de campo donde ella fué a vivir con su marido.

* * *

Casa grande, baja, de sencillas y austeras líneas, dorada y verde al par de la llanura que la rodeaba, con la granja anexa, el frente a mediodía, los campos fuera del límote de la vista, ricos y bien cultivados.

Convenía la casa agreste a la opulenta pero plácida belleza de la mujer, que en ella respiraba a plenos pulmones. Agradó a la mujer ser "patrona", mandar a varios sirvientes, tener en una habitación a propósito una máquina de último modelo para bordar, saborear la sensación, nueva para ella, de una sana riqueza acumulada en ropa en los armarios, en comestibles en la despensa, en heno en el henil, en grano en el granero, en toda clase de bienes de Dios, que la activísima dirección de su marido hacía sabiamente fructificar.

Su marido le agradó como el grano en el granero, como el heno en el henil y los fuertes y robustos caballos en la cuadra. Ahora que lo veía fuera de las peligrosas confrontaciones con los acicalados jóvenes de la ciudad, le parecía bello: sus hombros macizos, sus piernas arqueadas, sus arranques de voz, ya fuera en la alegría o en el enfado, su libre y bonachón blasfemar, su abrazo rápido, tiránico, violento, que la dejaba como rota y reconocida, al igual de la tierra triturada por el arado, tornáronse en breve cosas necesarias a su vida cotidiana: así como el sol y la lluvia, el alimento y el agua.

No era la felicidad: era más bien tranquilidad y seguridad.

Los cabellos de la mujer se pusieron más rubios y más suaves, la tez más suave y rosada, las formas más turgentes; consecuencias todas de la mayor intensidad de bienestar que ella había alcanzado en la vida.



—Yo temo que su esposo se enoje porque nos vemos sin que yo lo conozca...
—Por eso quiero presentárselo.

Sin embargo, no había podido olvidar al escultor pobre.

Custodiaba su recuerdo y el de sus breves coloquios de amor en el estudio atestado de cartones, de mármoles y creta, con el mismo celo con que habría custodiado un precioso anillo en un cofre. Y con la misma serenidad.

Profunda memoria que no le turbaba los sentidos, pero le calentaba el alma; inalienable satisfacción íntima, certeza de que el hombre la amaba aún y la amaría siempre a pesar de la lejanía; también eso entraba en su necesidad de vida, conjuntamente con la casa, el jardín, las posesiones, el magnífico abrazo del marido, los armarios llenos de cándida ropa.

No recibía del escultor (que continuaba siendo pobre), más que una tarjeta de vez en cuando, sólo con la firma en gruesos caracteres, más bien dibujados que escritos. Pero le bastaba. No hablaba de él más que con Fiel el perro danés.

Pero le bastaba.

De hermosísimo cachorro. Fiel se había convertido en magnífico perrazo. Completamente gris, de un aterciopelado gris ceniza de la más perfecta unidad, con una musculatura leonina, una cabeza fuerte, cuadrada, húmedos ojos redondos y castaños, que podían ser dulcísimos y feroces, temía y respetaba a su patrón, pero no le quería: sólo quería a su patrona, con exclusivo y celoso cariño.

No la dejaba un instante: de día la seguía a donde ella fuese; de noche, tendido sobre una blanca piel de oso a los pies del lecho nupcial, descansada del lado donde ella dormía.

Profería sordos ladridos de amenaza contra cualquiera (que no fuese el patrón), que se le acercase, Los sirvientes le tenían un invencible terror. Tal vez Gregorio, el viejo criado que también cuidaba los caballos y formaba parte integrante de la casa como un muro maestro, era el único que podía gloriarse de tener alguna influencia sobre él; pero cuidado con las confianzas, sin embargo.

Aquellos ojos inteligentes, unidos a la patrona como garfios, decían cosas oscuras que sólo ella comprendía. El perro sabía todo lo de su antiguo amante y lo de ella: estaba segura. Se hallaba a su lado, junto a su corazón, en guardia de una memoria que no debía morir... Entre la bestia y la mujer iba desenvolviéndose en silencio un inextinguible coloquio del cual la mujer no siempre tenía conciencia, pero la bestia, sí.

Decía el perro:

—No te abandono. ¡El me lo ha recomendado mucho!... Yo estoy en el mundo para esto. No importa que tengas otro dueño y que tal vez él no vuelva a verte nunca. Eres rica; pero no serías bastante rica si no supieras que en una par-

NAVIDAD

Ya va lejos, bien lejos, la ilusión con que celebramos la fiesta tradicional de la venida de Dios - hombre. Es como una nave azul, ya borrosa en la línea del horizonte, camino del olvido. Hoy la festejamos con un poco de tristeza. De día en día vemos más lejana la redención de la Humanidad. ¿Es que vino en vano al mundo el buen maestro y buen pastor?, nos preguntamos con angustia. Se desconocen sus discípulos, no hay en el rebaño una dulce ovejilla que siga su camino sin desviarse... Y cuando esperábamos que el reinado de la mansedumbre humana se extendiera por el mundo, vemos, atónitos, que el dolor de los pocos buenos acrece contemplando cómo la discordia y el mal se enseñorea en los hombres.

¿Es que vino en vano al mundo el buen maestro y el buen pastor?

Vuelva a nuestro corazón la fe sencilla de los primeros años. Roguemos a los buenos vientos que tornen al puerto la azul navecilla de la ilusión de antaño. Esperemos, esperemos todavía...

Y en tanto que llega la realización de la buena nueva, continuemos celebrando la tradición sagrada.



te del mundo está él, que piensa en ti, que te quiere. Al contrario: ¡serías muy pobre!... ¡Oh, tú no sabes hasta qué punto serías pobre! Yo represento una parte esencial de tu riqueza. Yo no te abandonaré.

Mucho lo estimaba el marido de ella, porque era un valiente guardián. Pero, poco a poco, habíale irritado al verlo tan tenazmente unido a su mujer, despertándole un torbellino de oscuros celos, inconfesables, no confesados, y sin embargo ásperos. Muchas veces los desahogaba con alguna brusquedad hacia su esposa y un brutal puntapié al animal, que con un salto habría podido derribarlo y que en cambio se ponía a aullar dolorosamente con la cola entre las patas; pero al acto violento la mujer palidecía hasta los labios, como si el golpe lo hubiese recibido ella; y él, que en el fondo no era malo, se arrepentía al instante.

Sin embargo, una vez que el matrimonio tuvo que dirigirse a la ciudad y permanecer allí cuatro o cinco días, él se negó resueltamente a llevar el perro.

No quería animales en el viaje. En el campo Fiel andaba libre, sin bozal. ¡Pero en el hotel! ¡Era de imaginar!... ¡Un guardián que la draría a cada mosca que volase!... Los pondría en graves compromisos, sin la menor duda. Que se quedase en casa, bien cuidado, con Gregorio. ¡Qué diablos, no era un niño!...

Fiel escuchaba con las orejas tiesas, comprendiendo cada palabra, como todos los perros, a quienes nada escapa del alfabeto de los hombres. Una muda desesperación velaba sus ojos fieles y feroces. Se apretaba con todo su cuerpo contra el flanco de la patrona, como para derribarla con su peso.

Parecía que dijese con la mirada: "No, no".

Cuando partieron fué encerrado de antemano en uno de los graneros, con Gregorio, que por todos los medios trataba de calmarlo. ¡Pobre Gregorio!... Por quedarse con él había renunciado a la dicha de guiar él mismo el coche que llevaba a sus patrones a la estación. Pero el perro oyó el pisotear del caballo, el chasquear de la fusta, el chirrido de las ruedas sobre la arena: con terribles saltos se arrojó contra la puerta y a punto estuvo de tirarla; su llanto lacerante, más que humano, traspasó los muros y el aire y llegó al corazón de la mujer, que fué oprimido y desgarrado. Pero ella no osó hablar, tan ceñuda le pareció en aquel momento la frente de su marido; y el coche continuó su marcha.

* * *

Después de una larguísima crisis de saltos, de aullidos y de gemidos, el perro pareció calmarse.

Permaneció durante horas y horas echado sobre las cuatro patas, con los ojos cerrados, la boca húmeda de baba y el hocico contra el suelo.

Por la tarde, Gregorio lo condujo dulcemente a la cocina; pero no consiguió hacerle beber ni tocar alimento.

Al llegar la noche quiso acostarse como de costumbre en la blanca piel de oso, a los pies del lecho nupcial, del lado donde solía dormir su patrona; y ya no se movió hasta el alba.

Al alba comenzó a vagar silenciosamente por los corredores, por todas las habitaciones de la vasta casa. Hurgó, olfateó, buscó en el granero, en el henil, en la cuadra, en el huerto, en el jardín. Paciente, incansable.

Ni llamados ni caricias de los criados valieron para detenerle.

Y siguió sin probar agua ni bocado.

Así por dos días.

El tercer día (ya las pupilas se le habían cubierto de un velo vítreo y bajo el terciopelo gris ceniza de la piel, el gigantesco cuerpo mostraba el relieve del esqueleto) salió por el portón de la casa, seguido a distancia por el viejo Gregorio, que no sabía a qué santo encomendarse; y siguió errando hasta que llegó al pueblo, a un kilómetro de distancia aproximadamente de la estancia.

Entró, por orden, en cada una de las casas a las cuales le había llevado otras veces la rubia patrona, atado de la correa, respondiendo con una suave meneo de la cola a los "¡Ah!..." y a los "¡Oh!"... de las mujeres y de los niños, un poco sorprendidos y un poco asustados. Pero ahora no pensaba en ladrar ni en hacerles daño; no hacía más que buscar y buscar con los ojos, ansioso, perplejo.

Buscó, buscó. Inútilmente. Hasta que ya no le quedó ninguna casa por registrar y se hizo de noche.

Volvió, sin comer, con la cola entre las patas, la cabeza baja, los ojos apagados, a la casa de sus dueños. Nuevamente, obedeciendo a una última esperanza, la recorrió toda, no dejando el menor rincón sin explorar. Tuvo por algunos minutos las pupilas exhaustas, fijas en el viejo Gregorio; eran las pupilas de un moribundo, y tan impregnadas de resignada desesperación, que el anciano sirviente se hizo la señal de la cruz.

Por último fué a tirarse sobre la piel de oso, al pie del gran lecho, en su puesto de bestia fiel. Y a la mañana siguiente el viejo Gregorio lo halló en la misma postura, muerto.

* * *

Un día, recorriendo sola uno de los paseos de la ciudad, la rubia señora se encontró con el escultor.

Uno de esos encuentros repentinos, estúpidos, que suceden de sorpresa, cuando menos se piensa, cuando el espíritu está lejanísimo.

Un gran rubor en el rostro de ella, una intensa palidez en el rostro de él: cuatro frases confusas, contradictorias, balbuceadas con un zumbido en los oídos, con la mentira en los ojos; en el corazón, el vacío de una campana neumática.

Ya no eran ellos. Ella, demasiado lozana, más turgente, presentando en todo su ser el sello del otro, del verdadero dueño; él sin bigotes y con los ojos distintos, más claros, más joven. ¿Se puede cambiar así? ¿Cuando dos se han amado, pueden encontrarse frente a frente como dos extraños?...

El no le rogó que volviera a su estudio ni siquiera por un cuarto de hora; nada le dijo del perro. Era un hombre indiferente, y que sufría por serlo. Quizá tuviera una nueva amiga. Sí, sin duda, tenía una nueva amiga. ¿Quién sabe si no acudía a una cita?...

Se dejaron sin casi osar mirarse, con el más banal de los apretones de mano, con el más banal y torpe de los "hasta la vista".

Lo extraño es que, después, ella sintió que el corazón le abrasaba como si le hubiesen vertido dentro aceite hirviendo; y le pareció que quemadura.
no podría resistir al dolor de la

Cuando, al volver con su marido a casa en la tarde del cuarto día, fué conducida ante el rígido cadáver de Fiel, sintió con hiriente claridad que en adelante ya no podría custodiar su recuerdo. Ya no lo tendría constantemente junto a sí, testimonio y guardián de un sentimiento muerto. Se inclinó: sin avergonzarse de sus propias lágrimas tentó una caricia sobre la fiel cabezota. Pero la sintió tan rígida, que instintivamente retrajo la mano. Su garganta estaba tan cerrada, que no habría podido librarla más que con un gemido; y aquel cadáver yacía a sus pies, enorme, inmóvil, inflexible, como si hubiese querido permanecer allí por toda la vida.

EL RUISEÑOR

Canta el pajarillo su canción sonora
y en sus ritmos suaves un misterio deja
algo que conmueve, cual su tierna queja
transformada en canto, de un pecho que llora.

La noche le escucha. Y la seductora
Luna, entristecida que alumbra mi reja,
le cuenta a los Astros cuando ya se aleja
tras de las montañas, por que viene aurora.

Las brisas arrastran esas melodías,
como mensajeras de las armonías
del santo coloquio que entona el amor.

¡Qué pura la vida regada con notas,
con voces del alma, de creencias ignotas
que brinda la lira de este ruiseñor!

ANTONIO DE LA TORRE.

Determinación del sexo

Un experimento por medio del cual puede determinarse, con bastante exactitud, el sexo de los seres antes de nacer, ha sido practicado por el doctor Dewey G. Steele y el doctor Agnes Zemiet, ambos de la Universidad de Wisconsin.

En una serie de experimentos efectuados en veinte palomas, se adivinó el sexo en todos los casos; tampoco hubo errores en 17 casos de ganado y en 77 de aves de corral, se acertó en 63. En las aves, las plumas sirven de prueba adicional, aunque por medio de una reacción invertida. Usando ese criterio de sexo, los avicultores pueden matar en los primeros períodos de vida a los machos que no necesiten. El doctor Steele, no obstante de que la técnica es todavía puramente de laboratorio, indica que el experimento podrá tener su aplicación en criminología, así que por medio de él se logrará saber el sexo de los niños innatos. Igualmente será útil a los biólogos, para lograr revelar los cambios del cuerpo que siguen a la trasplantación de las glándulas sexuales de los machos. El procedimiento consiste en añadir ácido hidroclórico y una solución oxigenada a una probeta con serum de los animales que se van a examinar, diluído cien veces. Se introducen cuatro gotas de tintura verde metilo; si se trata de hembras, el suero adquiere un color verde, si de machos, el color es rojo. Se explica la reacción por una diferencia de apetito que por el oxígeno sienten los machos de las hembras.

Villancico de Nochebuena

Por Raimundo Acedo

Seríame harto difícil, por cierto, el justificar mis normas de conducta para con la hermana; la verdad es que, a cada obstáculo aparecido en su camino, a cada oposición surgida, estorbando sus dorados proyectos de matrimonio, éranme otros tantos motivos de maligno júbilo. Pero antes de dar comienzo a la historieta, permítaseme un breve y explicativo exordio:

Celestina rayaría entonces en las diez y ocho primaveras y, como no sea infiel mi retentiva de imágenes a través de algunos lustros, estaría por afirmar que la moza era bastante bella. Airoso y flexible aquel talle, había en sus gallardos balanceos algo de arisco e indomable, algo de involuntariamente atrevido, por decirlo así; pero a su lánguido rostro, de candorosas pupilas y nariz bien perfilada, infundíale tal expresión vergonzosa que parecía desaprobar constantemente la espontánea ligereza de su cuerpo.

Le había salido un novio que, no mentaré a aquí la opinión del autor de mis días por no gustarle mezclar su autoridad a estas cosas, mas nuestra madre veía con sumo agrado la iniciación de aquellas relaciones: se trataba de un joven de buena presencia, y con mayor motivo, dicho sea ello sin detrimento alguno a la memoria de mi anciana, por saberse que los padres de Germán, así nombrado quien a mi dengosita hermana le hacía la rueda, poseían considerables "muerdos" de tierra.

Mas el caso es que de la noche a la mañana Celestina cambió de pretendiente. ¿Tal vez mejor mozo? ¿Más ventajoso partido, acaso? Como ser apuesto y arrogante, no se ha de negar que Lorenzo lo era, pero en cuanto a los "muerdos"...

—Hija, también hay que mirar para otras cosas; con la hermosura tan solo, no se come...

Bueno, asimismo agreguemos que por el aquel de no ser el nuevo galán "comenencia" tan favorable como el primero, la madre ahora exageraba un tanto las diferencias sociales, pues los padres del actual novio de su hija labraban no despreciable y senara y, además: con eso de que Lorenzo y su hermano "echaban" casi todos los ramos de lienzo en el pueblo, por ser excelentes tejedores, la familia en cuestión íbase apañando así la vida tan ricamente.

Pero al no haber Dios capaz de apear de sus trece a la encamotada joven, comenzaron entonces los dis gustillos y otras lindezas, y en esta parte del relato, si bien era un niño todavía, dieron también principio mis tan flacos como diligentes servicios, que consistían en poner al corriente a la madre de los pasos dados por su hija.

A este objeto, los domingos, al caer la noche principalmente, cuando acostumbraba la mocedad a regresar del baile de la plaza, salía cautelosamente al portal, introducía mi nariz por una rendija de la puerta, fisgoneaba lo que hacía la enamorada pareja, sentada en la piedra de la calle, y en un tris, caminando siempre de puntillas, estaba de vuelta con la noticia fresca.

—Madre, ya vino — enteraba con dañina solicitud.

—¿Ya?

—Sí, señora. — Y agregaba como quien echa leña en el fuego: — Está de mucho palique con Lorenzo...

—¡Oh, Señor — exclamaba la celosa madre: — si es talmente más cabezuda que las propias ovejas!

—¿Quiere usted que la llame? — insinuaba malignamente.

Si la anciana suscribía mis proposiciones, y en circunstancias aunque tal no hiciese, revestida mi menguada personilla de autoridad no exenta de cierta gracia, entreabría las pesadas hojas del portal y ordenaba con sequedad oficiosa:

—¡Celestina: vamos adentro!

—Bueno; ya voy — contestaba medio distraída.

—Pero en seguida, ¡eh! — aseguraba yo, con la imponencia de un niño que se siente grande.

Seguido de furiosa rociada de improperios, cerraba de nuevo la puerta, chirriante como un carro antiguo, giraba en torno al corralón, y a los cinco minutos repetía la escena. La repetía una, tres, diez veces, si ello fuese necesario; mas, a cada vuelta, discurría un pretexto diferente. A mi aparición segunda, por ejemplo, alegaba lleno de soberbio que la llamaba "padre"; o cuando no, ahora denotando enojo en grado sumo:

—¡Celestinaa!

—¡Mocoso! — bufaba ella irritada.

—¡Mira que la cena está esperandooo!

—¡Vete a freír setas, andaa!

Cuando resultaba demasiado cargante, y así me ocurría las más de las veces, echábame cada monserga que... "¡ya, ya! ¡Cualquiera diría si era ella el mismo ángel que solía cantar dentro de la iglesia!" Sus prácticas resultábanme un contrasentido evidente.

En resumen: mal de su grado, no le cupo a la vieja otro remedio que apencar con los antojos de su hija. La vencida también se produjo al anochecer de un domingo, y tamaña habría sido la marimorena, formada con tal motivo, que el cabeza de familia vióse obligado a tomar cartas en el asunto, "antes de que ocurriesen desaguisados peores..."

Después de todo (nuestro padre razonaba en forma distinta), ¿qué significaba en aquellos pueblos el tener muchas fincas, el poseer, como quien dice, buena sementera? ¿No era ello harto patente que sólo se distinguían por andar más apoyreados al trabajo que las demás personas? ¿Se quieren como dos tórtolos?: muy señor mío, macarenos lo son entrambos y su modo de vivir, gracias a Dios, tampoco les falta; ¡vaya, pues, que se trencen de una vez, benditos del cielo!

La madre oyó lo predicho sin despegar sus labios, y de vez en cuando lanzaba un ansioso vistazo al taburete vacío que debiera ocupar su hija. Alzóse luego de repente y se dirigió a la alcoba, en donde aún gimoteaba Celestina, de bruces sobre la cama.

Como aun se trataban veladamente tales negocios en mi fisgona presencia, lo dispuesto en el sospechado concilio no me fué dable saberlo a ciencia cierta, pero de lo que sigue no sería difícil colegirlo: a partir aquella noche Lorenzo entraba y salía en casa como Pedro por su puerta y Celestina volvióse alegre cual unas castañuelas flamantes.

La tan ansiada boda sólo ha quedado en mi memoria como turbia y lejana remembranza. Recuerdo a los novios sumisamente arrodillados y a mis padres echando bendiciones con lágrimas risueñas en los ojos. Después cantaron las mozas y andaban al vuelo las campanas de la iglesia. Lorenzo y mi hermana estaban ambos muy guapetones: él iba envuelto en airosa y reciente capa, y ella, que al decir de la madre parecía una imagen, tocaba su cabeza de vistoso manto de paño, constelaban su mandil nubes de lentejuelas, a manera de bendito escapulario, y de su mórbido cuello, y de la fina concha de sus orejas, colgaban medallones y arracadas de oro, cuajadas de filigranas miles y otros tantos perendengues. Hubo ruidosas diversiones, bailes sin cuento; y sobre todas estas cosas yo reduje la fiesta a memorable sinónimo de un atracón de dulces y rosquillas.

Una vez casados, Lorenzo armaba un telar en un rincón de nuestra morada, cuya ventana daba en la calle. Era un mozo de cuerpo bien repartido, rostro moreno y bondadosas facciones, y a poco de

EL CHURRINCHE

El indio, — nuestro bisabuelo, — era silencioso, áspero y heroico. Amaba su tierra como la ama el espinillo que hunde en su seno la amorosa raíz y por eso la defendió del intruso extranjero, con las bolas de piedra mora, con las flechas del urunday, con las lanzas de madera curada.

En su defensa se hizo centauro. No durmió. Cruzó ríos a nado. Sintió el morder del acero y la insidia del fuego traidor.

Pero no cedía.

Su bello cuerpo de bronce jalonó las cuchillas desde el río como mar hasta el Cuareim y el Ibirá Poitá y no cayó una vez sino de frente y como un héroe.

Se metió en los bosques.

Ganó las sierras.

Sólo retrocediendo ante la fuerza terrible y ciega, combatió al ibero cruel y luchó contra el mestizo descastado y sin entrañas.

Su número mermó, no su coraje.

Los que restaban seguían encendiendo fogatas en los cerros y lanzando gritos de guerra!

Manos mercenarias asesinaron a los últimos, que no se rindieron.

Fué en una emboscada.

En un rincón de río indígena, de monte espinoso y crudo.

La soldadesca les daba caza como a fieras.

Fusilados, heridos, desangrados, se acababan...

Algunos atinaron a hundirse en el río padre que los recibió amoroso.

El último, un cacique joven, fuerte y esbelto, que no pudo arrastrase hasta el agua salvadora y no quería caer vivo en manos de los intrusos, se alargó la herida que le abría el pecho y sacó su corazón arisco, rojo y libre, que se volvió un churrinche encendido y voló a refugiarse en el seno caliente de los bosques nativos.

Y ahí anda ese pajarito de fuego.

Agil. Solo. Silencioso.

No canta.

Quizá por no llorar.

Y como las sensitivas que cierran sus corolas al menor contacto extraño, él se muere si lo meten en una jaula.

Vuela rápido. Como una bola arrojadiza que llevara el haz de paja encendido, el fuego santo que florecía el incendio en la casa del intruso.

Se detiene en un árbol criollo y se dijera que lo florece.

Pero es un relámpago.

Ya se pierde en la espesura maternal ese corazón de charrúa con alas.

MONTIEL BALLESTEROS.

entrar en la familia conquistó el aprecio de todos. Gustaba de verlo danzar sobre los pedales de la rudimentaria máquina; de verlo perseguir la lanzadera, escurriéndose cual rata vivaz a diestra y siniestra; pero en mi medroso pecho infantil aun quedaban resabios de mala ley, aun mordía un extraño resentimiento. Y tiempo más tarde, al recordar aquellas miradas tan frías de la hermana, a través de afligidas lágrimas a veces, me poseyó la triste sensación de que los vínculos fraternales se hallaban en extremo quebrantados.

Y sin embargo, aunque parezca ello paradógico, experimentaba por mi hermana un querer entrañable; no es ésta la frase, cariño místico, si es admitida la palabra. Cuando en primavera ofrecía, con versos, rosas a la Virgen, o le acompañaba en sus dolores durante las liturgias cuaresmales, yo soñaba con una especie de Santa Teresa por hermana: vínculos preternaturales, desligados de las terrenas impurezas, que se alzaban al cielo cual vapores invisibles, que se mezclaban en éxtasis como hálitos de flores diversas.

Llevaba un tesoro en su garganta: voz argentina y clara, ya tiernas y apacibles, ya melancólicas sus inflexiones; antojábaseme la pureza misma concedida por la Reina del Cielo para enaltecer sus virtudes y celebrar sus glorias. En momentos de aguda exaltación, principalmente al retirarse de hablar con su novio, juzgaba que la moza necesitaba consejos, necesitaba quién le dijera como un niño que "aquello era pecado". ¿No sabía ella que otras mozas se habían casado y no pudieron entonar más versos? La Inmaculada Virgen concibió libre de mancha, parió sin dolores, no sacrificó a la Maternidad su belleza. Además, nuestros ancianos padres, y asimismo todas las personas devotas, cuando intentábamos profanar el misterio, picados de inocentes curiosidades, tocaban la nariz con el índice de sus dedos, miraban con gravísimos ojos y... "¡chist; eso es feo pecado, hijo!", sellaban nuestras ávidas preguntas a flor de labios. ¿No estaba bien advertida mi descarriada hermana?

La idea de quedar inhábil o maculada Celestina para entonar loas y alabanzas, que a mi modo a tales conclusiones hube arribado, tomaron en mi cerebro caracteres de manía persistente, y solía repetírmelo con tanta frecuencia como los primeros rudimentos de latín, que gustaba de enseñarnos el anciano sacerdote: un ex párroco dedicado a la preparación de novatos para los frailes Agustinos de Valladolid.

Y en efecto: ¡Celestina no cantaba como antes! El nuevo matrimonio a la sazón preparaba su nido, pues habían ya transcurrido algunos meses y la joven denotaba signos de embarazo: su cara tornábase descolorida y pañosa, se ahuecaba su vientre y su caminar se hacía balumboso y pesado, semejante al de un pato.

Cierta mañana de a fines de nomiebre, apreciábase febril ajetreo en su alcoba. Nuestra madre andaba muy preocupada y azarosa, y mi cuñado medía el portal a largos e impacientes trancos, con el aire de quien espera un gran suceso; mi medrosa figura, cual si estuviese por completo alejado de toda la familia, continuaba espiando de puerta en puerta. De pronto, algo así como un alarido rasgaba el aire y, a manera de impulsado por un violento rebote, Lorenzo se precipitaba sobre la entrada de la pieza. Y luego menudearon ayes y gritos, interrumpidos de vez en cuando por alentadoras frases de la anciana: "Bueno, hija, bueno; ya pasa ya..." Un aullido breve y cortante fuera del registro de la voz humana, bajos rumores de palabras y objetos y, al fin, el llanto rabioso de una criatura.

—¡Vaya, hombrecito, vayaa! ¿Ya viene usted protestandoo? — reprochaba dentro una voz cariñosa.

—¡Hombrecito! — se repitió Lorenzo a mi lado. Y agregó, saltando y arañando la puerta cual si fuese un perro: — ¡Es varón, es varón! ¡Es niño!, ¿sabes?

Y me abrazó loco de contento. Yo permanecía inconmovibles y a la vez algo avergonzado; el domingo anterior había escuchado en la iglesia versos cantados por otras jóvenes y experimenté religiosa envidia de que no fuera mi hermana quien los entonase.

—¡Sí; es niño! ¡Y bien valientee! — gritaron desde el interior.

Transcurrieron algunos instantes, entreabrióse la puerta del pequeño dormitorio, despacito cual si fuese la tapa de un estuche, y apareció una vecina con algo semejante a un rollito de carne amoratada en brazos. Lorenzo se abalanzó a la criatura, mas se contuvo a poca distancia y se quedó embobado mirándole.

—Oh, no pases cuidado por ella — le respondieron tranquilamente.

El médico asomó también la cabeza por la abertura y le dijo a mi cuñado que no estuviese intranquilo, agregando que debía retirarse algún tiempo.

Así las cosas, y nunca mejor dispuestos a celebrar solemnidades, llegaron las fiestas de Navidad. La temperatura no era todavía inclemente y el sol conservaba aún dulzuras otoñales, aunque por las noches se acentuasen los fríos; pero sin llegar a la crudeza ni mucho menos.

Terminada la cena de la Noche Santa, permanecimos todos en derredor al hogar. Nuestro padre leía en un libro añoso y forrado en pelleja; junto a él discurría la anciana satisfecha y, glacial e indiferente, yo distraía mis pensamientos cascando nueces. Del otro lado, sentados ambos en el mismo escaño, Celestina daba el pecho a su hijo y Lorenzo arreglaba un peine del telar, tarea que hubo de abandonarla de inmediato: "Nacía el Niño-Dios aquella noche", le recordaba la suegra.

El aludido sonrió al reproche y guardó todos los accesorios. Después se quedó mirando embelesado al cachorrito, quien, oculta su cabeza bajo los vuelos del dengue, desinflaba el materno seno con glotones besuqueos. Por las calles se alzaban rondas de mozos, y a las canciones lejanas mezclábanse sonajas de panderetas y el ruido grosero de las zambombas. En la cocina se rumoreaba entre dientes el consabido villancico de Nochebuena:

"Venid pastorcillos
"Venid a adorar..."

Era nuestro progenitor; había cerrado el libro y en la expresión de su rostro se dibujaban gratas reminiscencias. El cántico de Nochebuena se iba generalizando y a poco surgieron los trémulos acentos de la novicia madre. El niño, acariciado sin duda por los acordes del villancico, despegóse del seño y ahora dormía plácido en el regazo materno, mientras el resplandor del fuego ponía tonos dorados en los delicados semblantes de ambos: convaleciente aún la cara de mi hermana; fresca y algo sonrosada la de su hijo.

"¡Al Reey de los Cieelos!..." — Y retemblaba la voz de mi hermana en el hogar paterno, cual flexible cinta sonora; cual venero tierno de infinitas dulzuras maternales. Interrumpí de pronto la faena de cascar nueces y quedé boquiabierto hacia la hermana, quien a su vez miraba en éxtasis al pequeño durmiente como si a él fuera dedicado aquel verso. Jamás había experimentado emoción semejante.

Recuerdo haber pensado a mi manera que la pureza de sentimientos de tal villancico también habría de ser fruto del cielo. Sí; a pesar del contrasentido de las cosas, no podía por menos: aquello era un soplo divino.

MÁRTIR

Virgen pálida y triste, luz de estrella
dormida en el regazo de las ondas;
parece que la magia de tu sombra
tendiera a evaporarse de la tierra.

Sueña en tu frente pensativa y vaga
la mística pureza de la gloria,
Y es como un ave que en las cumbres flota
La profunda visión de tu mirada.

Yo erigiera el Santuario de tu culto;
y al postrarme en su cándida penumbra,
tejiera en torno a tu nostalgia augusta
la oración inmortal de mi infortunio.

PEDRO J. NAÓN.

Los chacales y el elefante

Los chacales no hallaban qué comer.

Uno de ellos, ya viejo, meditó acerca del medio para procurarse víveres.

Fué en busca del elefante, y, cuando le tuvo enfrente, le dijo:

—Disponíamos de un zar; pero se hizo tan bestia que nos daba órdenes de imposible ejecución. Hoy queremos comprar otro zar, y mi pueblo me envía en tu busca. La vida es allí tranquila, te obedeceremos en todo, te veneraremos. ¡Ven a mandarnos!

El elefante consintió y siguió al chacal.

Este le llevó a un pantano, donde el elefante quedó atascado.

Y el chacal díjole entonces:

—¡Ahora manda! Pronto estamos a ejecutar tus órdenes.

El elefante respondió:

—¡Mando que me saquéis de aquí!

Echándose a reir, le replicó el chacal:

—Toma mi cola con tu trompa, y en seguida te sacaré.

—¡Pero con la cola no podrás sacarme! — dijo sorprendido el elefante.

—¿Por qué mandas, entonces, lo que no es posible ejecutar? Precisamente por eso despedimos al otro soberano.

El elefante pereció allí mismo, y los chacales le devoraron.

LEON TOLSTOY.

Las parejas negras

Por Boy

I

Lo curioso fué aquella mañana, cuando compré los diarios, lo único que se me ocurrió ojear fueron dos cosas que yo no había leído nunca: las esquelas de defunción y la crónica del delito. ¿Qué podía asociarme a eso? Evidentemente, nada.

Pero esto lo afirmé con precipitación un poco sospechosa, como curándome en salud, en tanto que me palpaba con ambas manos el considerable bulto que me formaba en el pecho la billetera a punto de reventar. La solidez de su tacto me confortó. Me confortó con un nuevo golpe de aquella alegría espasmódica, frenética, desacompasada y tumultuosa que hasta entonces yo no había sentido en toda la vida y que parecía llenar de burbujas un extraño elemento placentero que colmaba y rebosaba el continente de mi corazón.

Mediaba ya la mañana. Yo me había despertado al amanecer, con los primeros rayos del sol que penetraron por la ventana de aquel cuarto de hotel donde yo me encontraba por vez primera. Lancé a todas las paredes una mirada de asombro y repentinamente me volví en la cama para meter una mano debajo de la almohada y sacar el mazo de los billetes. Antes de contarlos salté del lecho y revisé la cerradura de la puerta de la habitación. Al parecer, nadie la había tocado. Permanecía igual que la había dejado yo tres o cuatro horas antes, a las dos y media de la madrugada, cuando al cabo decidí refugiarme allí después de haberlo pensado todo.

Recordé. Sonreí. Me dije:

—¡Qué tontería! Estoy borracho de susceptibilidad. La mayoría de las gentes, en estos casos, se emborracha con algo más espirituoso. Pero eso hubiera sido un despropósito. ¡Ah, sí!

Conté el fajo seriamente. Quince mil quinientos pesos. Se dice pronto, ¿verdad? ¡Pero había que ver el fajo! ¡Había que verlo en la mano, como lo tenía yo! Me quedé así contemplándolo y pensé en lo simpático que me había parecido el hombre de la taquilla que me lo entregó. Inmediatamente, por asociación de imágenes y sensaciones vivas, formaron ronda en mi pensamiento los pormenores constitutivos del fenómeno ocurrido la noche antes.

II

Yo no había entrado jamás en la Ruleta. Creo que tampoco hubiese entrado aquella noche si lo angustioso de mi situación no me hubiera inducido a liarme la capa a la cabeza exponiéndome a perder unos cuantos pesos que, de todas maneras, me dejaban el problema sin resolver. Además llevaba en abono de mi conciencia el haber oído decir que, en la Ruleta, la primera vez que se juega se gana fatalmente. Fatalmente; es la palabra que corresponde.

Entré un poco cohibido. Al entrar miré a un lado y a otro, y en seguida me topé con un tipo conocido que me puso una mano en un hombro y me dijo soplándome en la oreja:

—¿Quiere usted ganar en fija? No pierda tiempo. Váyase derecho a la tercera mesa y cárguele de firme a las parejas negras. ¡En fija! ¡En fija! Esta noche ya se han dado hasta catorce veces seguidas. El once hay que coronarlo porque no para de repetirse.

Como todos los habitués de la Ruleta, aquel hombre suponía que yo lo era también y se me expresaba en términos totalmente jeroglíficos para mí; pero sus palabras sonaron en mi corazón tan blandamente que yo le contesté sobresaltado:

—Acompáñeme usted.

Frente a la tercera mesa, cuando llegamos, oímos cantar al de la bolilla:

fichas. Acto continuo, al colocarlas de a pares en el medio de las rayas divisorias de los cuadros negros coincidentes, sentí como que la sangre me golpeaba en las venas de las muñecas. Tenía el momento una solemnidad violenta, de impulso sádico. La bolilla volvió a circular.

—No va más — dijo el crupié.

Y agregó al parar la bola:

—¡Negro el veintinueve!

Mi amigo se me acercó:

—¡Negro el ocho!

Mi amigo saltó:

—¿Ve usted? Vuelven a darse las parejas negras.

—¿Pero qué es eso de las parejas negras?

—Ah, ¿no lo sabe usted?

Con un poco de vergüenza, dije que no lo sabía. El hombre me lo explicó mientras yo adquiría las

—Otra vez.

—¿He ganado?

—Claro que sí. El veintinueve forma pareja con el veintiseis. ¿No lo ve?

Me entregaron treinta y seis fichas de a peso. Recuerdo la cantidad perfectamente porque de todas las que siguieron entregándome, aquella fué la única que dominé con la imaginación. Mi amigo me apuntó, aludiendo al número cantado:

—Corónelo bien, por si se repite.

—¿Cómo se corona?

—¿Tampoco sabe usted eso?

—Soy un animal.

Me indicó la maniobra con un dedo y yo coroné la cifra atropelladamente. El veintinueve se repitió. Empecé a hacerme un gran lío con las pilas de fichas que me entregaban. Por demás, mi compañero me dió un tirón de la ropa. Dijo en voz baja:

—Ahora no lo juegue todo; guárdese los fichones de a cien pesos y continúe cargando las parejas negras.

Aquello era fabuloso para mí. Al volver la cabeza para comunicárselo a mi acompañante, noté que ya la gente se agolpaba en torno nuestro. Esto me produjo cierta turbación. Pero mi acompañante me inyectaba bríos.

—No haga usted caso de nada. Siga cubriendo, que se siguen dando. Así, así. Ahora, cárguele al cero. Es la pareja del dos.

—Tome — le dije. — Juegue usted también.

—De ningún modo.

—¿Por qué?

—Porque le voy a quebrar la suerte.

Sonreía con sonrisa dominadora. Ya no era en las venas de las muñecas donde sentía los golpes de la sangre; los sentía en las sienes, en la nuca, en la garganta, en el pecho, como una oleada que invadía las regiones de rango superior. Cuando al cabo salió un colorado que quebró la línea, ya habían salido, ¿cuántas?, no sé, diez o doce veces las parejas negras. Sobre el tapete, mi última postura pasaba de ochocientos pesos. Pero ni siquiera esta postura la perdí totalmente porque al colorado que cantaron lo rocé de refilón con algunas fichas y acerté varios plenos cuyo importe dejé de gratificación para los crupiés de tanda. Al retirarme, oí exclamar a uno:

—¡Dos veces han tenido que reponer la banca!

Me aproximé a la caja de conversión con los bolsillos cargados y me dieron este fajo de billetes que ahora tenía en la mano.

III

Las sensaciones se me atropellaban en el torrente de los recuerdos. Ya en la calle, muy cerca de las dos de la madrugada, la realidad desencarnada de toda aquella vestimenta fabulosa que le había dado la embriaguez de la atmósfera del salón de juego, me planteó un problema difícil de resolver. ¿A dónde iba yo a parar con todo aquel dinero?

Puesto que lo primero que necesitaba era soledad, se me ocurrió la idea de refugiarme en el cuarto de un hotel. Era el cuarto en que me hallaba con el fajo de billetes en la mano. Pero el problema continuaba en pie. Aunque parecido, mi caso no era el mismo que el de la hormiguita que se encontró una moneda en la puerta de la calle y se quedó pensando en qué la gastaría. Sin mucho más cerebro qué la hormiguita, lo que a cualquiera en mi lugar se le ocurría era presentarse a un Banco y depositar allí el dinero como primera providencia.

Pero esto también se dice pronto. Lo que a mí me pasó fué que me guardé el dinero, me lancé a la calle, me dirigí al barrio de los

Para calentar al Niño Dios

En todos los países existen tradicionales costumbres y ceremonias de sencilla belleza y a veces de un profundo encanto; pero en ninguna parte abundan como en Italia escenas de esa clase. Cualquier municipio o distrito italiano tiene, por regla general, sus fiestas peculiares y exclusivas, y, por consiguiente, distintas de las que celebran en otros pueblos aun de la misma comarca.

También es frecuente el caso de que una determinada solemnidad universal se celebre de especial manera, es decir, prestándose a la conmemoración local carácter.

Así, por ejemplo, el día de Navidad en las aldeas ribereñas del lago de Como se festeja del modo siguiente: los vecinos levantan lo que ellos, por analogía, denominan árbol, y que consiste en tres pértigas colocadas en forma de trípode para sostener gran cantidad de flores y hojas— siemprevivas, mirto, laurel, ramas de olivo, rosas, etc. — que son aportados por todos los habitantes de la aldea sin distinción de sexo ni de edades.

Erigido el "árbol", se encaminan al sitio en que se levantan, después de la primera misa, que se celebra a las seis y media de la mañana, todos los aldeanos, y prenden fuego al conjunto de flores y ramaje, entre el alborozo de la concurrencia.

El simbolismo de la tradicional fiesta consiste en que ese "árbol" se quema para calentar al Niño Jesús.

Bancos y fuí deteniéndome en la puerta de cada uno. En ninguno, a final de cuentas, me atreví a entrar. ¿Por qué? No sé. Cuanto más lo pensaba, más volumen tomaba en mi alma la convicción de que no era posible que un hombre de mi tipo y catadura se presentase en un Banco serio con un fajo de quince mil pesos sin despertar sospechas poco apetecibles. Tampoco me parecía oportuno el presentarme hablando con franqueza y diciendo, por ejemplo:

—Vengo a que me guarden esto, que anoche he ganado en la Ruleta.

¿Qué pensaría el gerente de un Banco serio? ¿Y dónde hay un Banco jocoso en este país?

Empecé a caminar por la ciudad con el sombrero en la nuca y el paso incierto y precipitado. No sabía qué hacer ni adónde ir. La gente de mi familia había emigrado y yo paraba por aquel entonces en un modesto cuarto de casa de pensión con dos o tres vagabundos que me inspiraban escasa confianza. Toda ostentación con ellos parecíame temeraria. Lo mejor sería retirarme de allí calladamente y pensar en una buena colocación de mi dinero. ¡Mi dinero! Porque yo tenía dinero. Cuando me palpaba aquel bolsillo con mi billetera a punto de reventar, en mi alma soplaba una racha de alegría que aventaba de momento todos los obstáculos y todas las preocupaciones.

Para un hombre como yo, que nunca ha tenido nada en los bolsillos, al encontrarse súbitamente en posesión de tantos miles de pesos contantes y sonantes, adquiere la pujanza de una fuerza que lo hace a uno sentirse todopoderoso.

Entonces yo apresuraba el paso, caminaba con firmeza, casi con ademán de desafío, y experimentaba un hondo sentimiento de indulgente menosprecio hacia todas aquellas cosas que llenaban los escaparates de las tiendas, de las joyerías, de los bazares y que con tanta melancólica impotencia había contemplado siempre. ¿Qué podía haber en aquellos escaparates que yo no pudiera adquirir en cuanto me diese la gana? ¿Un bastón? ¿Un anillo? ¿Un reloj? ¿Un sombrero? ¿Una bombonera? ¿Un automóvil? ¡Bah, bah, bah! No tenía más que entrar y tirar de la billetera para dejar a todos los comerciantes boquiabiertos. Sólo que no me daba la gana. ¿Para qué? ¡Pobre gente aquella gente esclava de una ruda cadena de prejuicios y de necesidades! Lo mismo que fijarme en las mujeres, en aquellas tan lindas, tan elegantes con quienes me cruzaba por la calle. ¿Una novia? ¿Una esposa? ¿Una querida? ¡Vaya un mérito! Teniendo 15.000 pesos en el bolsillo no veía la dificultad de la conquista. Ya tendría lo que quisiera a plena satisfacción. Por el momento, otro era el problema que me urgía.

Al pasar por el escaparate de una tienda advertí con cierta alarma que los ojos me brillaban demasiado. Era preciso no perder el tino. Poco después, al cruzar ensimismado una bocacalle, por poco no me aplasta un automóvil. Esto me produjo pánico. Cuando uno anda sin nada en los bolsillos, poco importa que lo aplasten en la calle; pero con quince mil pesos en la cartera, lo pensaba y me horrorizaba el espectáculo. Los diarios dirían al día siguiente: "Un suceso sombrío y misterioso". Y sería lo peor del caso que a los diarios no les faltaría razón. ¿Quién ha visto una cosa tan absurda? ¡Ah, no! Cuando se es persona de importancia hay que guardar una norma de conducta. He aquí lo que entonces se me ocurrió: alejar los peligros del tráfico alquilando un automóvil de los que pasaban. Pero me coloqué en el cordón de la vereda para observar la fisonomía de los choferes y concluí por pensar que antes de todo necesitaba munirme de un revólver. Ya no era yo, como un sociólogo enemigo de las armas. Me dirigí a una armería y me detuve en la puerta. De pronto hube de desistir porque todo el dinero lo llevaba junto y me pareció una insolencia el desenfundar en público aquel mazo de quince mil pesos. ¿Qué podía pensar la gente?



No es un paracaidas, sino Dorita cuando se arroja al agua, a la hora del baño.

Esta engorrosa dificultad, tan pueril al parecer, me impedía almorzar y hasta tomar una taza de café sin volver previamente al hotel y allí encerrarme por dentro. En cierto modo, no acertaba a distinguir lo que me diferenciaba de un delincuente en fuga.

IV

Si esto fuera un cuento o una novelita, pronto se le encontraría un desenlace audaz e impresionante. Pero la realidad no es literatura y y el drama tiene en ella su pista cierta y condicionada. El mío terminó lógicamente. Aquella misma tarde, después de muchas vueltas y revueltas, decidí entrevistarme con un administrador de propiedades. El resultado de la entrevista fué que me faltaban cinco mil pesos para adquirir una viña que era un soberbio negocio. El negociante me preguntó:

—¿Podría usted conseguir lo que le falta?

Yo sentí dentro del pecho aquellas palpitaciones sordas y violentas que había sentido la noche antes, sobre la mesa de juego, mientras cargaba las líneas divisorias de la parejas negras. De pronto le dije al hombre:

—¿Dónde nos vemos mañana?

—Aquí.

—A esta hora.

Le dí un apretón de mano bastante más significativo de lo que el hombre se figuraba. Nos separamos. Caminé incesantemente por las calles. A las diez de la noche, cuando llegué a la Ruleta del Parque Hotel, ya estaba allí el amigo de la noche antes. Salió a mi encuentro y me dijo:

—Es usted capaz de haberse venido con los quince mil pesos que ganó anoche.

—¿Se me nota mucho el fajo?

—Se lo he notado en la cara. Es lo que hacen todos los chambones.

—Tiene usted razón; no he encontrado en quien confiarme. De unos, por lo que yo podía sospechar de ellos; de otros, por lo que ellos podían sospechar de mí. Pero sabré contenerme. Sólo vengo por cinco mil pesos.

El amigo me indicó la cuarta mesa.

—Allí se dan esta noche.

—¿Las parejas negras?

—Sí.

Al día siguiente, a la hora convenida, nos encontramos el negociante y yo. Mi ademán era radiante.

—¡Compro la viña! — le dije.

El hombre hizo una pausa y me preguntó:

—¿No podría usted también comprar la casa? El propietario está ahorcado. La tendríamos baratísima.

—¿Cuánto?

—Dos o tres mil pesos más.

—No me alcanza — fuí a decirle.

Pero no llegué a decírselo. No se lo dije porque en aquel instante retumbaron en mi pecho briosamente los golpes embriagadores y sibilinos. En cambio, le pregunté:

—¿Podría usted concederme otras veinticuatro horas?

—¿Dónde nos vemos?

—Aquí.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana.

V

Volví al asalto de las parejas negras. En medio de la lucha borrascosa, brutal, desmelenada, oí la voz de mi amigo que me daba empuje. "Estas cifras tienen algo de rameras — me decía. — Hay que dominarlas así, violentamente, sin contemplaciones. ¡Duro! ¡Duro! ¡Duro!".

Todos los vomité sobre la tercera mesa. Lo único que recuerdo con precisión de aquel derrumbamiento definitivo es que cuando ya no me quedaba más que un peso fué cuando acerté el primer pleno sobre las parejas negras. Sentí el último estertor. "Este se repite"— exclamé. — Y se repitió. Volví a coronar el número gloriosamente, con ademán que tuvo algo de aliento épico.

Pero todo se hundió sin dejar rastro.

Me esfumé como una sombra de mí mismo en el espeso tumulto lleno de humo. Salí al Parque, bajé a la playa, me tiré en la arena, rostro al firmamento. Eran grandioso el cuadro en aquella madrugada. Cuando recobré la gracia y respiré a pulmón pleno, cerré los ojos y dije:

—Soberano Señor que me contemplas: por tu cruz y por la mía, no permitas que otra vez pierda mi libertad.

Trabajo inútil

La mamá.—No, Vicentito; antes de empezar la lección de piano, ve a lavarte las manos. Las tienes tan sucias...

Vicentito. — Pero, mamá, ¿para qué me voy a molestar, si sólo pienso tocar las notas negras?

La tragedia de Ezequiel Ramírez

Por Arturo Lescano

—Bueno, amigo, anda usted con suerte, — díjole el director del importante diario matutino a Ezequiel Ramírez, joven provinciano, que acababa de llegar a la gran urbe, ansioso de hacerse un nombre en el mundo de las letras, — le daré un puesto en la redacción de mi periódico, pues ha quedado una vacante que deja un muchacho talentoso para ingresar en la policía de la provincia. Claro, él tiene ya miras más elevadas. ¡No en balde se ha pasado más de diez años en mi diario! Ha trabajado con empeño, con cariño; se ha vinculado, se ha hecho conocer en las más altas esferas políticas y comerciales. Y ahí lo tiene usted, cerca del triunfo final y marchando hacia la cúspide de sus aspiraciones, con un puesto que ha de hacerlo rico dentro de brevísimo tiempo.

—Oh, gracias, señor, ¡muchísimas gracias! — respondió Ezequiel Ramírez, poseído de una súbita alegría que asomaba radiante por sus ojos, y sin comprender mayormente el alcance de las palabras que acababa de oir, — le prometo poner en la tarea todos mis entusiasmos juveniles, todas mis ilusiones, todas mis esperanzas; ya estoy frente al camino que ha sido la aspiración de toda mi vida, y he de luchar con todas mis fuerzas para poder llegar algún día a la soñada meta...

—Bien, bien, amiguito, — aprobó el director; — vaya no más; el jefe de redacción le indicará lo que debe hacer.

—Muy agradecido, señor. Hasta mañana.

—Ah, me olvidaba decirle, que por ahora usted gozará de un sueldo modesto: cien pesos; más tarde, cuando pueda apreciar debidamente sus aptitudes, trataré de mejorar su situación.

—Como usted disponga; mi deseo es empezar cuanto antes. Buenas tardes, señor.

Y Ezequiel Ramírez abandonó el despacho de la dirección de "El Imparcial", alegre, satisfecho; feliz de haber conseguido, por fin, lo que él había buscado con tanto empeño, y porque terminaría su peregrinación por las redacciones de todos los diarios, en procura del centavo que había de aplacar su "hambre gloriosa".

* * *

Aquella noche no pudo conciliar el sueño. Pasó las horas pensando, y soñando despierto, dentro de los cuatro metros cuadrados de su buhardilla bohemia. Desfilaban por su mente, en caravana interminable, los recuerdos más gratos de su lejana provincia, donde había dejado tantos afectos; tantos seres queridos que lo vieran partir con pena, pero con la íntima esperanza de verlo triunfar en la gran Babel fantástica, y abrirse camino a fuerza de talento y perseverancia. Y también recordaba a los otros, sus eternos detractores: que sólo tuvieron para él un gesto de conmiseración, una sonrisa, mezcla de burla y de lástima, en vísperas de iniciar su cruzada quijotesca.

Pero lo que ocupaba casi por entero el pensamiento de Ezequiel Ramírez, era el recuerdo de su novia, Ana María, que habíala dejado llorosa y más enamorada que nunca, allá en el lejano terruño. El le había prometido volver en su busca cuando conquistara el triunfo que esperaba con fe, con optimismo; cuando se abriera para él el horizonte soñado, y pudiera hacerla feliz, muy feliz. Sin embargo, no dejaba de preocuparle la oposición de los padres de ella a sus relaciones, y el interés que siempre habían de mostrado en casarla con un rico hacendado de la región. ¿Sería ella capaz de esperarlo, como se lo había jurado?...

Imbuído en estos pensamientos le sorprendió el día. Se vistió apresuradamente y salió a la calle. La gran ciudad despertaba, perezosa, como una cortesana, después de una noche de fiebre y de placer. En la puerta, los primeros rayos de un sol primaveral le besaron los ojos, y sintió que un saludable baño de optimismo se adentraba en su espíritu.

Se encaminó a la redacción del diario, sonriente, alegre casi; con la cabeza llena de imágenes y con un verso a flor de labios. Parecía haber olvidado que la noche anterior no había podido, como otras veces, engañar su estómago con la acostumbrada cena: el "completo"; y que ese día, de no conseguir un adelanto, tampoco podría hacerlo.

* * *

Bastante tiempo hacía que trabajaba en "El Imparcial". Sus artículos eran leídos con deleite, en ellos se advertía la fibra poética y la preclara inteligencia de su anónimo autor. Algunas veces publicaba sus producciones de índole literaria, — que sólo le permitían firmar con pseudónimo, — y ellas habían merecido los conceptos más elogiosos de la crítica sana del país. Sin embargo, en el diario no habían mejorado mayormente su situación; apenas si había conseguido un pequeño aumento al miserable sueldo con que ingresara. Pero él esperaba el triunfo definitivo, esperaba con su fe inquebrantable, con su estoicismo de siempre. Llegaría el día en que se iban a valorar sus méritos artísticos, en que figuraría su nombre, junto al de los más destacados escritores de su época; y él podría vivir de su pluma, de sus libres que se disputarían los editores. Y entonces, — ¡ah, entonces! — correría a su provincia para ofrecerle a su novia de la adolescencia, la gloria de su talento y la gloria de un amor grande, inmenso: único.

Toda la ambición de Ezequiel Ramírez, se circunscribía, pues, a una sola cosa: poder ocupar un puesto honroso en el terreno literario, y llegar al corazón del pueblo con la prédica sana y elevada de sus libros, hondamente meditados y humanos. El no se dejaría halagar por las perspectivas de un éxito inmediato a cambio de una claudicación de convicciones. ¡No! El diría su verdad, su sagrada verdad, y esperaría que la semilla arrojada al surco propicio a la germinación, diera su fruto. No sería uno de los tantos que van a aumentar la falange de "escribidores" con ideas alquiladas, a quienes la conquista de una gloria mal adquirida les hizo olvidar hasta su propia dignidad; su pluma, templada en los más bellos ideales, no descendería al lodo para alabar mentidas virtudes en un medio sensual y materialista, con fines puramente personales, sino que haría obra de verdad, agria y cáustica, para combatir la lepra moral de una sociedad viciosa y corrompida...

Y no obstante lo arriesgado de su intento, malgrado todas las corrientes contrarias a sus elevados propósitos; a pesar de estar solo y contra todos, Ezequiel Ramírez tenía fe en su triunfo, en los hombres, en Dios...

* * *

Pasó un año más, y la obra vió la luz una clara mañana de primavera.



Origen patriótico de las riñas de gallos

Después de la victoria sobre los persas, los atenienses promulgaron una ley por la que los gallos debían luchar en público, en el teatro, un día cada año. Explicaré de qué provino esta ley. Cuando Temistocles mandaba las fuerzas de la ciudad contra los bárbaros, vió peleando a dos gallos; y no le pasaron inadvertidos, sino que mandando hacer alto a sus tropas, les dijo:

—Estos gallos no están sufriendo duramente por su patria, ni por los dioses de su país, ni por las tumbas de sus antecesores, ni por su honor, ni por su libertad, ni por sus hijos, sino para no ser vencido el uno por el otro, y ninguno de ellos se rendirá. — Con cuyas palabras dió valor a los atenienses.

Y así, habiendo sido para ellos en aquellos momentos un ejemplo de valor, determinaron conservar su memoria con tales espectáculos.

ELIANO.

La primera impresión de los críticos fué de sorpresa; luego volcaron su bilis en críticas acerbas a la que ellos calificaban de "obra propia de una mentalidad enfermiza". No podían permitir — decían — que un gacetillero osado, casi desconocido en el mundo intelectual, señalara como pornográfica cierta literatura que era bien recibida por el público, y que llamara "comerciantes deshonestos" a ciertos escritores ya "consagrados" por ruidosos éxitos de librería.

Y Ezequiel Ramírez supo una verdad amarga, dolorosa, terrible para él: el éxito sólo habría de conseguirlo merced a una costosa propaganda, a una infame claudicación y a un silencio canallesco...

Y así fué como el libro fué censurado y excomulgado por la crítica, y hasta por el mismo público, cuyo relajamiento de gustos y costumbres era innegable.

* * *

Aquel primer fracaso, si bien algo había influído en el ánimo optimista de Ezequiel Ramírez, no le amargaba tanto como la falta de noticias de su novia lejana. Más de un mes hacía que no contestaba a sus cartas. La derrota de él, en su primer intento de conquistar la gloria, ¿habría hecho disminuir el cariño de ella?

Poco tiempo después supo la dolorosa verdad, que fatalmente esperaba: su novia de la infancia, su único amor, su Ana María, habíase desposado con aquel rico hacendado que la pretendiera. También ella lo engañaba, se burlaba de él. Todos... todos...

Desde aquel día su vida cambió por completo. Empezó a frecuentar los más inmundos lugares del bajo fondo. Bebía con exceso, con dolor, con rabia.

Un día llegó a la redacción del diario ebrio, sucio. Daba lástima. Lo despidieron.

Y desde entonces, fué "uno más" entre esos derrotados que ambulan con su dolor y su miseria en el mundo de la crápula.

* * *

Hace poco, "El Imparcial", donde él dejó los mejores frutos de su inteligencia, donde antes hubo páginas que escribió con su pluma de eterno enamorado de la Belleza, y las dió al público límpidas, pulidas con su clarividencia de artífice, — publicó en la crónica policial, esta noticia, perdida en el montón, fría, sintética: "En la pieza que ocupaba en la calle Tal, puso fin a su vida Ezequiel Ramírez, descerrajándose un balazo en la sien. No dejó nada escrito ni se le conocían parientes"...

Con este sarcasmo atroz, sin nombre, se epilogó la tragedia de su vida.

MENDIGO

Con paso macilento, la faz descolorida,
extiendes implorante tu mano dolorida
al vario pasajero que sigue indiferente
sin ver en tu mejilla la lágrima que corre
sin pena por tus lacras, ninguno te socorre
y no oyen que suplica tu voz desfalleciente.

La noche va lanzando sus hálitos mortales
y buscas un descanso de piedra en los portales
donde iniciar de nuevo tu miserable historia...
Hermano... ! Yo que sufro tus mismas aflicciones
orando reverente pedí en mis oraciones
que Dios, por fin, se apiade, llevándote a su gloria...

JOSE GUERRERO LOCAMOUX.

Helicóptero auxiliar en la construcción de rascacielos

El doctor Rudolf Wágner, de Hamburgo, propone un nuevo sistema de elevador de materiales en las obras en construcción que evitaría accidentes a los obreros.

La idea principal es la de utilizar un nuevo tipo de helicóptero, que fuese capaz de sostener vuelos de algunas horas de duración.

El helicóptero, equipado con un sistema regular de poder y con sus accesorios para tierra, podía emplearse para subir vigas de hierro a los rascacionelos en construcción. Esta máquina puede manejarse fácilmente y colocarse en cualquier posición que se desee. Su situación y altura puede mantenerse sin grandes esfuerzos, y estas propiedades la hacen adaptable para trabajos de construcción de la naturaleza indicada.

Omisión

En la nota gráfica referente a la exposición de labores de la Escuela Florencio Varela, publicada en nuestra edición del día 7 del actual, omitimos hacer constar, en el epígrafe correspondiente a la primer fotografía, que en dicho grabado también aparecen trabajos de la clase de repujado a cargo de la señora Joaquina Pla de Ripoll.

MALEDICENCIA

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

Hasta hace poco tiempo, hubo en Juárez una mujer a quien todos llamaban "La Beata", porque pasaba su vida entera consagrada a obras de caridad cristiana, o en la iglesia rezando y enseñando el catecismo.

Pocas veces se hallaba en su casa; gozaba de un buen pasar, herencia de sus padres, que le permitía vivir con cierta holgura. Su nombre era Ciriaca Méndez. No era mal parecida y de un trato agradable; frisaba en los cuarenta años, era muy buena, y estremadamente ingenua. Los pobres de la localidad la adoraban, siendo respetada por todos. Vivía en un chalet, sola, con los criados, desde que quedara huérfana.

Pero, un buen día, comenzó la gente a murmurar, sospechando de la conducta moral de Ciriaca. Esta, ignorante de la mala atmósfera que se le cernía, seguía su vida tranquila, como siempre, consagrada por entero a prodigar el bien, para servir a Dios, y ganarse el cielo, como ella solía decir. Y estoy por creer que, aunque supiera lo que de ella se decía, no hubiera variado su modo de vivir, pues su fe ciega en la justicia divina, la hubiera hecho pasar por alto la maldad humana, convencida de que eran pruebas de paciencia que Dios le enviaba.

Yo quise averiguar cuál era el motivo de ese cambio tan brusco de opinión hacia aquella mujer, pues, francamente, me costaba creer que fuera capaz de algún acto malo en su vida.

Pregunté a una de sus íntimas amigas, qué había de verdad en todo lo que se decía al respecto. Esta díjome:

—¡Ay, cállate por favor, con esa deslavada sinvergüenza!

—¡Cómo así! ¿Y tú también crees que Ciriaca es una mala mujer?

—¡Cómo para no creer, es la cosa! Figúrate que a mí me ha dicho, ¡a mí! ¿lo oyes bien?, que cuando monseñor Ortiz llegó a este pueblo, con motivo de la bendición de la capillita de la Inmaculada... — Creo que tú no ignoras que se quedó esa noche a dormir en ésta.

—Sí, sí, ya lo sé; pero sigue...

—Pues bien, esa pícara jesuita me dijo con toda desfachatez, que el obispo durmió esa noche entre sus sábanas.

—¡Eso no puede ser cierto! Tú has comprendido mal. ¿Cómo es posible que esa mujer se haya descompuesto en tal forma? ¡Y a su edad; no, no, no!

—Hijita, de balde no andan los refranes en el mundo; acuérdate de aquel que dice: "La oveja y la gaviota, cuanto más vieja, más loca". Ella así me dijo, ¡con un cinismo y una frescura sin igual!

—¡Qué barbaridad!

Salí de casa de mi amiga desconsolada; imposible parecíame todo esto. ¿No sería maldad? Pero, ¿qué conseguirían con levantar tal calumnia a esa santa mujer? Pensé que: "Para beber agua clara hay que ir a la fuente..." Recordé que Ciriaca estaba resfriada, que no salía de su casa, y fuí a visitarla. Al verme exclamó:

—¡Usted por aquí! ¡Qué placer tan grande. Cómo se conoce que es una persona cristiana, al dedicarle un ratito a los enfermos.

—Así es, — repuse maquinalmente, pues ardía en deseos de saber si estaba hablando con una hipócrita.

—Es una suerte que haya venido; voy a aprovechar la oportunidad de mostrarle la reliquia de San Agustín, con que fuí obsequiada por monseñor, en agradecimiento al favor que le hice. Usted ya sabra, ¿no?, que él durmió entre mis sábanas.

—¿Cómo?

—Sí, sí, como lo oye. ¿No lo sabía, ha visto? Qué honor tan grande me ha dispensado el obispo.

—Pero... ¿qué dice?

—¡Oh, mi buena amiga! Comprendo su sorpresa; no es para menos, le parecerá mentira semejante deferencia para con esta humilde sierva del Señor, pero es tal cual se lo cuento, y Dios me escucha.

—¡Ciriaca, por favor, ni en broma debe usted decir tal cosa!

—Vea, si yo no la conociera, creería que hablaba de envidia. Ya sé que habrá más de cuatro que se muerden el codo, porque ellas no fueron las elegidas.

—¡Basta; esto es inicuo!

—¿Y qué culpa tengo yo si el cura agracióme con ello?

—¿De manera que el párroco fué su cómplice?

—¡El, él, sí! Pero le diré, aquí entre nosotros, ¿eh?, no me hizo más que justicia, pues mis sábanas son de hilo retorcido, y tienen preciosos bordados *Richelieu*, como no las tendrá ninguna otra de estas pobretonas que vienen a la iglesia. No es por criticar, ¿no?, pero es la verdad y, naturalmente, el padre me las pidió prestadas para tenderle la cama al santo varón. Venga a mi dormitorio, se las enseñaré. Las tengo guardadas, y ya les he advertido a mis sirvientas, que cuando me muera me amortajen con ellas.

Origen de los aguinaldos

Dice Suetonio que el primer día del año se hacían presentes a los reyes griegos, como homenaje de acatamiento.

Si analizamos el significado de los días geniales del mes de Diciembre de los gentiles, en que unos a otros se mandaban regalos de algunas cosas de comer — regalos mandados suprimir en el concilio altisidoriense, por diabólicos, por ser costumbre de los gentiles, — encontraremos gran semejanza con los obsequios que se hacen estos días en casi todo el mundo.

Estos regalos se hicieron ya en tiempo de los romanos.

El primer regalo entre los griegos fué un ramo de verbena que se daban al visitarse y felicitarse en la entrada del año, y después se introdujo la costumbre de regalarse frutos.

En la Edad Media la Iglesia prohibió a los cristianos, por ser costumbre pagana, los aguinaldos, si bien a paser del espíritu católico de aquellos tiempos, la costumbre subsistió y... subsiste aún.

Hace siglos, y como la Iglesia se viera incapaz de impedir dicha costumbre, consintió al fin en ella, y se estableció que los dignatarios eclesiásticos y los señores feudales habían de recibir presentes o aguinaldos de los que estaban bajo sus dominios; fué entonces cuando el aguinaldo constituyó una carga onerosa, una humillante contribución más de la época de las tristes servidumbres.

Después, con los tiempos, se fué dulcificando esta obligación, y al fin fué un hecho voluntario del espíritu, que tenía un medio en ello para expresar su gratitud.

Un centavo al uno por ciento

Para aquellos a quienes les gusta hacer gimnasia mental, será distracción agradable comprobar la exactitud de los cálculos siguientes de interés compuesto.

Un centavo colocado al uno por ciento el día en que nació Jesucristo, hubiera valido en 1900, un millón seiscientos diez mil pesos.

Al dos por ciento habría llegado a doscientos diez y nueve millones de pesos, o sean 219 billones.

Al 3 por ciento, 249 seguido de veinte ceros.

Al 4 por ciento, 227 seguido de veintiocho ceros.

Al 5 por ciento, 182 seguido de treinta y seis ceros.

Al 6 por ciento, 123 seguido de cuarenta y cuatro ceros.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre „ „	4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año „ „	8.00
N.º suelto	20 cts.	N.º suelto	25 cts.		
N.º atrasado	40 „	N.º atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo	$ 12.—	3 70
„ „ „ chico	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico	„ „	„ 6.—	1.50

PAPEL Y TINTA

«El correo a través de la historia argentina», por José R. Varela.

Generalmente se tiene del correo un concepto demasiado simple: Un buzón donde se echa una carta y un hombre uniformado que la entrega. Los políticos saben algo más. Los políticos saben que hay también un director general que anualmente pide muchos millones y da empleos a muchos desocupados. Pero esta noción vulgar del correo es, como todas las concepciones demasiado simplistas, totalmente ingenua y, desde luego, falsa. Por lo menos tan incompleta como si dijéramos que el puerto de Buenos Aires es un murallón donde a veces hay unos cuantos hombres pescando mojarritas con caña.

El carácter eminentemente práctico de la función del correo, es determinante de esa noción objetiva y formal. Se conocen sus manifestaciones más externas e inmediatas, quedando ocultos o indiferentes para la mayoría, los aspectos más interesantes de ese mecanismo complejo y trascendental, que es un reflejo vivo de la existencia y de las evoluciones de los pueblos.

Precisamente en nuestro país, el correo ha tenido una vida muy activa y de estrecha vinculación con todas las instituciones del Estado y aún con las alternativas y vicisitudes del Estado mismo. Especialmente se pusieron de manifiesto estas características, en la época colonial y en los primeros períodos de la constitución de nuestra nacionalidad.

Poco se ha escrito entre nosotros acerca de este tema interesante, que puede revelar curiosas expresiones de nuestra historia. Dentro de esa bibliografía, más de apreciar por lo escasa, contamos con una nueva producción, que aporta al estudio de este tema un gran caudal de antecedentes, datos y observaciones, al extremo de que más de un modesto ensayo como el autor lo considera, debe estimarse como una sesuda y meritísima monografía del correo en los primeros cien años de su existencia dentro de la vida nacional.

Su autor, José R. Varela, es un antiguo y meritorio funcionario del correo argentino, autor de muchos trabajos de reconocido valor, no sólo desde el punto de vista que podríamos llamar técnico, sino también desde un punto de vista literario y cultural. Entre ellos merecen citarse: "Indicador de Correos y Telégrafos", "Manual del Encargado de Estafeta" y una monografía de "La Estafeta Inglesa" publicada con motivo de la llegada de S. A. R. el Príncipe de Gales.

No se crea que estos trabajos están escritos en ese lenguaje disecado y escueto que se emplea en la burocracia. El autor, que fué estimable poeta en su adolescencia, no ha echado en olvido el gusto por la belleza literaria, tratando en todo momento de extraer de los hechos y de las cosas su sentido espiritual. "El correo a través de la historia argentina" es de todas las obras de Varela, la más interesante, porque sobre su valor como estudio histórico tiene el singular atractivo de que la pluma que la ha escrito, no ignora cómo puede florecer un madrigal entre la prosa de un relato fidedigno.

Esta obra ha de quedar como el aporte más valioso entre todo lo que se ha escrito con motivo del primer centenario del correo argentino, celebrado recientemente.

J. M. J.

«Míster Brown», por José J. Berrutti.

De entre un montón de libros y folletos recibidos, tomo hoy con preferencia la última comedia estrenada, del laborioso autor señor Berrutti. Sabía, no obstante, algo al respecto de la misma, informado a través de las crónicas y críticas de los diarios de la capital. Pero no estaba satisfecho. Sé cómo se adoban las cosas por ahí. Conozco, por ella, cuando se tratan las obras con conciencia y amor y cuando se las desdeña por desidia o se les pega por rivalidad, o por encono, sin posible compensación. Muchas dificultades encontrará por eso la verdadera crítica del futuro al desbrozar con el escalpelo de la honradez y de la imparcialidad, para hallar el fruto duradero debajo de las frondosidades de lo deleznable.

Don José J. Berrutti es uno de los autores más nobles, más sanos y más bien inclinados al triunfo de la ética, sin desmedro del arte, que trabajan en estos momentos. Es acaso una fuerza no perdida sino aislada que se opone contra la avalancha de los que no van con ningún rumbo definido, a no ser el de cosechar aplausos fáciles y dinero a montones. Berrutti trabaja, él lo ha dicho, con la honradez de un maestro de escuela. Educador de mérito en el aula, sigue firme en su consigna moral, frente a la sociedad, pero no con el tesón de un dómine aburridor con su pedagogía, sino como un espíritu hecho en el ambiente del culto a la virtud, al conocimiento, al coraje caballeresco y a todo lo que construye o colabora en pro de la felicidad del mayor número.

Acaso este obstinado afán de hombre fuerte e incontaminado, le ha hecho ganarse el odio de los que se envenenan muy fácil la sangre viendo destacarse a los que no beben su mismo ajenjo o se acollaran en sus mismos descalabros.

Acompañando a "Mister Brown" viene el volante "Después del estreno", admirable refutación impersonal de Berrutti a los que le han mordido desde el snobismo, con el propósito inútil de hacer fracasar su comedia. El diálogo allí desarrollado entre el autor y un crítico "negativo", es cosa muy interesante por su finalidad ideológica como por la sátira corriente que se atenúa hasta semejar, por obra del dominio del lenguaje, una caricia edificante ofrecida por el padre que oficia la admonición necesaria a la estabilidad ética del hogar.

No se me ocurre pensar si "Mister Brown" es una obra mejor, igual o peor que otras del autor. Me basta con afirmar, después de haberla leído, que es una obra buena. Está bien escrita, y se desenvuelve gradualmente.

Yo veo bien creadas las figuras que allí se mueven. Míster Brown es un tipo original. No es, sin duda, lo que nosotros queremos. Acaso nuestro espíritu criollo, protesta sincero contra esa suprema abnegación cristiana que parece una de las comunes claudicaciones morales de la falta de coraje viril. Bien. Esa misma reacción de la ética racial ya sería una razón que informaría acerca del mérito de la obra. Pero es preciso ahondar más el estudio del personaje y de su situación antes de opinar. Y valdría entonces, entre otras cosas, preguntarse: ¿no habrá hallado Míster Brown en el fondo de su conciencia de hombre probo, suficiente causa para retener la mano del homicida al inculparse su aventura de realizar un matrimonio en el que, los años por una parte y la fruición de los negocios por otra, provocarían la situación equívoca que una hora de intimidad afectiva iba oportunamente a volver a su quicio?

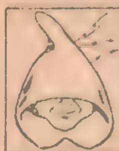
Míster Brown, es así un hombre superior. Si algo merecería someterse a un análisis psicológico más hondo, sería la figura de Alicia, para descubrir si aquella cabecita loca había sido movida sólo por la necesidad del instinto o por la pasión que no cede, aunque disimule, a la reflexión ni a la caricia de la cual ya se alejaba por otro incentivo al que se había ligado en el abrazo y complicado en la cita infiel... Míster Brown, no obstante, seguiría siendo el hombre bueno hasta el sacrificio desventurado, pero no el vulgar cínico que transa frente a la adversidad espiritual para prolongar el goce material de lo que le resta de vida y fortuna.

Además, hay que advertir que la obra termina salvando una situación: la de la mujercita extraviada. Nada más. ¿Sabremos lo que vendría después en un hogar rehecho así moralmente? Otra cosa sería si el episodio se hubiera desarrollado al comienzo, sirviendo luego de base a la felicidad, la armonía y el porvenir de una familia. Queda, pues, un interrogante, y no sabemos si la existencia del abnegado varón se extinguiría después en el estoico estrujamiento de la terrible evocación del pasado. Porque perdonar no es olvidar...

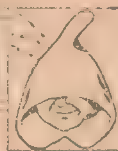
A despecho de mi puñal criollo que no se mueve como mi reflexión que contempla la raza del protagonista, su educación sin duda cristiana y su especial temperamento psíquico abroquelado por los sentimientos que emanan de un corazón generoso, felicito muy de veras al señor Berrutti. No hay duda que mirando con alma de maestro el medio ambiente, debe el autor haber querido encender en muchas frentes aquella lucecita divina que, al brillar en la ofuscación terrible, ahorra tantas gotas de sangre a la sociedad, y muestra a los que yerran, sino el ejemplo de Míster Brown, como la única solución, al menos su virilidad cristiana capaz de evitar el derrumbe y abrir otros caminos por donde se pueda hallar lo que la fatalidad agostó en los pechos que traicionan.

Juan Manuel Cotta.

Tandil, 1926.



RADIOTELEFONIA



LA AMPLIFICACION PUSH-PULL

Ante todo debemos explicar la palabra push-pull, que en castellano no tiene una traducción exacta, aunque vendría a ser tira y afloja, pero que en radio se aplica para los casos en los cuales se emplean dos lámparas, en forma que cuando una no trabaje la otra lo haga por ella y viceversa; esto sucede debido a que como la corriente es alternada, en los momentos en que la corriente cambia de sentido y es negativa una de las lámparas, no trabaja y cuando la corriente es positiva lo hace la otra. Pero luego veremos más en detalle este asunto.

En principio, un amplificador push-pull, responde al tipo indicado en la figura 2, en la cual la lámpara 2 figura y trabaja en la misma forma que en la primera lámpara de un amplificador a transformadores comunes y las otras dos lámparas marcadas 4 y 5, trabajan en push-pull las dos a la vez y para el caso actúan como si fuera una sola.

Las ventajas de este tipo de amplificación son varias; primero, la distorsión producida por un amplificador de este tipo es menor que en cualquiera de los casos de amplificadores a resistencias, a impedancias o a transformadores, pues dada la forma de trabajar este amplificador, no tiene mayor importancia la forma de la característica de la lámpara, que tanto influye en los otros sistemas de amplificación; sin embargo, para obtener una buena amplificación es necesario utilizar, en este tipo, una batería "B" por menos de 135 volts y una batería "C" de 4 a 5 volts, pues la pérdida de tensión producida, por la resistencia de los transformadores, es bastante grande.

La adición de un tercer tubo no tiene mayor importancia, si se considera la ventaja de la buena reproducción del sonido, obtenido en el altoparlante, pues en los casos actuales ello no es oneroso, pero el mayor inconveniente está en el costo del amplificador una vez terminado, pues el transformador especial, es de un precio bastante elevado y no todas las casas del ramo lo poseen, aunque los precios de esta clase de transformadores no es económico, debe hacerse notar que en los casos particulares en los cuales se desea obtener una buena reproducción a una intensidad razonable, este tipo de amplificador es el indicado.

Las compañías telefónicas parecen haberlo así comprendido, pues en todas las líneas de alta distancia, este tipo de amplificador es el único utilizado, lo que indica las ventajas que debe tener.

Por otra parte, en todos los amplificadores que construyen las compañías, se utiliza como circuito



el push-pull, dándose así una prueba más de la bondad de este elemento.

En el diagrama 2 de esta página es fácil ver el circuito push-pull, en el cual 1 es un transformador común de una relación pequeña, para evitar distorsión en la primera etapa, 2 es la lámpara que trabaja como amplificadora de primera etapa, 3 es el transformador especial de push-pull cuya fotografía puede verse en la foto 1; en este transformador especial debemos hacer notar, que la forma de construcción difiere algo de otros modelos, pues en éste los bobinajes 3 y 6, que corresponden a la entrada y a la salida de la corriente en la etapa push-pull, están separados en dos cuerpos distintos, y en otros corresponden al mismo cuerpo. Este tipo de tranformador ofrece la ventaja que la corriente de placa no pasa por el bobinado del alto parlante sino que las variaciones que producen la audición, se hacen pasar por medio del bobinado 6; en esta forma se evita que en el caso de fuertes corrientes pueda dañarse las bobinas del altoparlante, por el pasaje de corrientes.

Las lámparas 5 y 6 son las que trabajan en el sistema push-pull y sus conexiones están claramente explicadas en los diagramas y fotos respectivas.

Respecto al reostato, debemos hacer notar que sólo se podrán colocar dos, puesto que las dos últimas lámparas deberán apagarse o prenderse juntas, pudiendo colocarse un jack en la primera etapa, cuando se desee obtener un volumen no muy fuerte. La batería "C", se colocará como de costumbre en los lugares indicados en el diagrama.

La mayor comunicación alcanzada

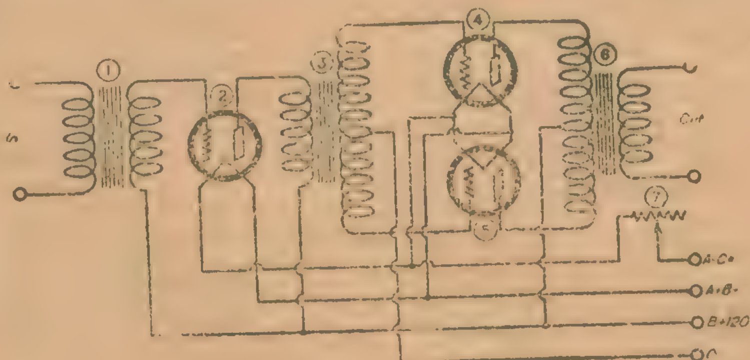
En el servicio radiotelegráfico de mayor proporción e importancia que actualmente se hace en el mundo, tiene que anotarse como el que va a la cabeza, el que expeditan las estaciones de Nauen (Alemania) y Buenos Aires (Argentina), el que comprende una comunicación continua, con grandes facilidades para el público que de él se sirve.

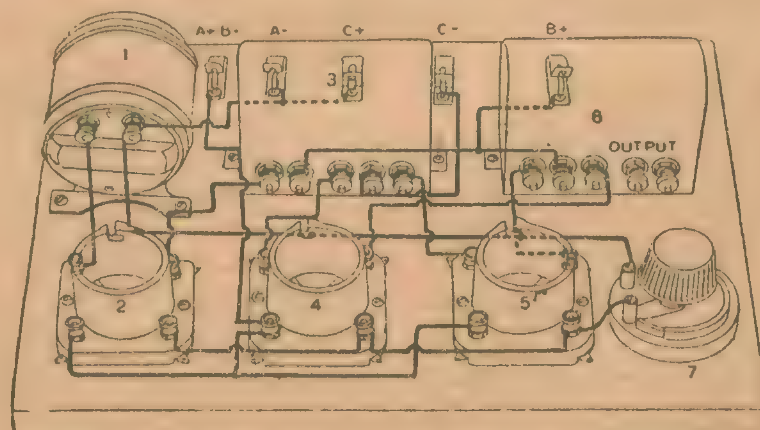
La última estadística referente al mencionado servicio arroja un promedio de 75 palabras por minuto, lo que significa el curso aproximado de dos mil mensajes diarios, incluyendo el servicio de prensa, el cual es siempre de grandes proporciones.

En relación opuesta con el numeroso servicio expeditado hay que considerar el costo de esta importante y rápida comunicación, el cual resulta actualmente insignificante, debido al notable uso que se hace de la onda corta, en cuyo empleo se pone en juego muy corta energía. Se calcula que el costo de esta comunicación, tomando en cuenta la observación de los equipos transmisores y receptores, así como el aumento de rapidez y exactitud en relación con la antigua comunicación del cable, asciende a la insignificante suma de un centavo por palabra.

Tanto en Nauen como en Buenos Aires se tienen montados dobles equipos transmisores y receptores, con objeto de que en el caso de aglomeración del servicio o mal estado del tiempo, éste pueda ser rápidamente expeditado y no sufra ninguna demora.

Todos quienes han hecho uso de este importante medio de comunicación se han convencido de su innegable eficacia, y los expertos en la radiocomunicación que antes dudaban de la eficacia de la onda corta, se han visto en el caso de tener que aceptar su gran utilidad, pues se debe saber que las estaciones mencionadas tienen ajustados sus equipos para trabajar en ondas no mayores de 42 metros, siendo la longitud de 26 metros la que normalmente trabaja, empleando una potencia que varía entre uno y dos kilowatts.





Cosas raras de un acuario

Si gran interés despiertan los jardines zoológicos, no lo es menor el de una visita a un acuario. Los seres que pueblan los mares nos parecen más misteriosos, más raros, más dignos de nuestra atención. Nuestra curiosidad tarda más en satisfacerse contemplando una actinia, por ejemplo, que un hermoso tigre de Bengala.

Esas sensaciones las hemos experimentado al visitar el magnífico Acuario de Londres, uno de los mejores del mundo.

Entre sus ejemplares hemos visto algunas especies de hipocampos o caballitos de mar, originalísimos.

Estos peces y los llamados pexaguja, pez-fístula, pez-serpiente (no la fabulosa serpiente de mar que aparece todos los veranos), son seres notabilísimos, pertenecientes a una familia que se distingue por sus excentricidades, tanto de forma como de costumbres.

Los más corrientes son los llamados espinos, de los que el de quince agujas se parece grandemente al pez-fístula. Otro pez curioso es el llamado *Opah*, por su forma rara, coloración brillante y boca original, y más raro aún es el llamado aguja o pez-camarón, condenado por la naturaleza a nadar con la cabeza hcia abajo. Semitransparente, metido en una envoltura ósea, tiene menos libertad de movimientos que una tortuga, pues solamente su cola se ve libre de la coraza que le aprisiona.

Originalísimo es el pequeño ser marino llamado Pegaso, que vive en las aguas bajas y arenosas del Japón, China, India y Australia. Su boca desdentada está colocada en el lado inferior de la cabeza, y su cuerpo, envuelto en anillos óseos, presenta dos anchas y grandes aletas pectorales.

He aquí a los caballitos de mar, que se separan de sus parientes ya citados en la forma de sus branquias o agallas, las que se diferencia de las de otros peces en que los vasos sanguíneos que tienen las funciones de la respiración no se encuentran colocados en una armazón ósea en forma de peine, sino arreglados en pequeños lóbulos que forman una especie de roseta, como se ve si se les levanta la tapa que cubre las agallas. El cuerpo no tiene escamas, sino una serie de anillos óseos tan estrechamente unidos, que los músculos del cuerpo han degenerado por verse privados del movimiento. Para nadar sólo emplean la fina aleta dorsal, a la que imprimen rapidísimas vibraciones, avanzando en posición vertical.

Los peces-aguja, de los que hay muchísimas especies, tienen un cuerpo largo y cilíndrico, con la cabeza inclinada hacia abajo y terminada en una larga boca tubular de pequeñísima abertura.

El gigante de esta tribu, que llega a alcanzar hasta 65 centímetros de largo, no tiene aleta caudal, lo que le da una apariencia de serpiente, y el más pequeño de la especie es el fístula, gusano que no mide arriba de 15 centímetros de largo y vive bajo las piedras, diferenciándose en esto de sus parientes, que nadan en aguas libres.

Hay otra variedad, que es un intermedio entre las agujas o fístulas y el hipocampo, pues, como éste, tiene una cola prehensil que le permite asirse de las ramas y algas marinas y permanecer así horas enteras.

El hipocampo, aunque tiene semejanzas con estos otros seres, se diferencia notablemente de ellos. Nada con el cuerpo en posición vertical, con la cabeza arrogantemente echada hacia atrás y la cola elegantemente arrollada en espiral.

Utilidad de la leche de cabra

La leche de cabra puede utilizarse para los mismos fines que la leche de vaca.

Tiene casi siempre blanco puro el color, y los diminutos glóbulos grasos que contiene constituyen uno de sus principales caracteres.

Según los análisis verificados en una estación experimental agraria de los Estados Unidos, con la leche proveniente de un hato de cabras de diversas razas, la proporción de grasa que esta leche contiene puede calcularse entre el 3,2 y el 4,4 por 100; las sustancias sólidas (no grasas), entre el 7,72 y el 8,61 por 100, y los sólidos en conjunto, entre el 11,4 y el 11,9 por 100.

El análisis químico de dicha estación experimental demuestra también que, en lo que a su contenido en caseína se refiere, casi no existe diferencia alguna entre la leche de cabra y la leche de vaca. Donde sí se observó una notable diferencia fué en las sales contenidas en la ceniza de la leche de cabra, con relación a la proporción de esta sustancia en la leche de vaca.

En un gran número de casos, la leche de cabra se ha comprobado que posee excelentes propiedades para la alimentación de los niños y los inválidos, al paso que en algunas otras ocasiones no parece haber surtido los buenos efectos que de ella se esperaban. He aquí lo que sobre el particular escribe una conocida revista técnica norteamericana:

"Los prolijos estudios verificados por los doctores Sherman y Lohnes, de Buffalo, con el objeto de determinar el valor de la leche de cabra para la alimentación de los niños, demuestran que los cuajos de la leche de cabra, al ser devueltos por el estómago, son más pequeños y velludos que los de la leche de vaca.

A juzgar por el examen del ácido hidroclórico combinado existente en el alimento devuelto, los citados facultativos opinan que la leche de vaca ejerce en el estómago un efecto más estimulante que la leche de cabra. La asimilación del alimento por el organismo y el aumento de peso en los niños, en comparación de una leche con la otra, es asunto que no pudo dilucidarse, por varias razones. En estos experimentos los niños se asimilaban bastante bien una cantidad de leche de cabra igual a la misma cantidad de leche de vaca. Cuanto más jóvenes eran los niños más parecían beneficiarse con la leche de cabra.

¿Quién era Atila?

La historia le llama el Azote de Dios. Hay historiadores que achacan este epíteto a sus crueldades y los hay que dicen lo merece por haber destruído, por un querer de Dios, el Imperio Romano, que había llegado al paroxismo del embrutecimiento.

Atila es una de las grandes figuras históricas de la humanidad, y sus crueldades son más bien hijas de la época, que producto de su temperamento guerrero e indomable.

Los historiadores romanos son los que lo han presentado a las generaciones posteriores como un modelo de barbarie.

Su tiempo marca una de las tres grandes épocas en que se divide la Historia; separa la Edad Antigua de la Edad Media.

Como Alejandro Magno antes, y Napoleón después, puede considerarse una personificación del Genio de la Guerra, que destruye la civilización de los vencidos para imponer la del vencedor.

Sus hechos, vistos al través del prisma en que forzosamente tuvieron que verlos los historiadores romanos, han pasado al conocimiento de las generaciones como modelos de crueldad y de barbarie; pero juzgados sin pasión, posteriormente, algunos historiadores los creen una compensación histórica, una contrarrevolución que aniquiló el legendario poder, acabó con los vicios en que había caído la antigua Roma y abrió a la Humanidad nuevos horizontes.

La cuchara, el cuchillo y el tenedor

La cuchara existió desde el momento en que un hombre primitivo empleó una concha de ostra para recoger agua en ella. Del período neolítico se encuentran cucharas de barro redondas u ovaladas con mango corto y en forma de lengüeta con mango largo y puntiagudo. De esta forma se descubrieron en la segunda ciudad de Troya, procedentes de la edad de cobre.

En la antigüedad clásica se hicieron de piedra, de madera, de hueso, de marfil y de toda clase de metales.

En Egipto, se utilizaban para quitar el tuétano de los huesos.

Las cucharas griegas tenían menos variedad en su forma y ornamentación. Las cucharas romanas solían tener una forma particular, pues el mango, en su unión con la pala, estaba encorvado en semicírculo para seguir recto. Además de la cuchara (*ligula*) para los usos ordinarios, había otra llamada *cochlear*, de pala circular y mango puntiaguo, que servía para comer los huevos cocidos y los moluscos.

Las cucharas de la Edad Media se diferencian de las de la antigüedad, y el mango empieza a ser más corto. La mayoría de estas cucharas eran de plata, pero las había también de oro, bronce, madera, especialmente de boj, cuerno, cristal, etcétera.

l tenedor es de invención posterior, y aunque en las antiguas edades encontramos pinchos especiales que parece fueron utilizados como tenedores, igualmente parece que los mangos puntiagudos de las cucharas realizaban el mismo cometido.

Probablemente el tenedor para usos como los que hoy realiza fué inventado en Italia hace cerca de mil años. En 1060, el cardenal Pietro Damiani predicó un sermón contra el sacrílego uso de este instrumentos, diciendo que era atentar contra la Divinidad, que había concedido al hombre cinco dedos en cada mano, el emplear otros medios para coger la vianda. A pesar de sus admoniciones, las clases poderosas siguieron utilizándolo. En Inglaterra lo propagó la reina Isabel, no obstante estimarse "como un insulto a la Providencia el no emplear los cinco dedos", ya a poco era conocido y utilizado en todos los países civilizados.

Con el nombre de cuchillo se conocen en arqueología los instrumentos de pedernal que los hombres primitivos empleaban en la edad de piedra. Servían principalmente para despellejar y despedazar a los animales cazados. Solían hacerse de dos filos con un lomo o arista central. En la antigüedad clásica se usaron cuchillos de metal con un solo filo en la hoja encorvada y con un mango de bronce, hueso o marfil; algunos tenían incrustaciones metálicas o estaban esculpidos.

El cuchillo de mesa se utilizó entre los romanos en la segunda época, como se deduce de un pasaje de Clemente de Alejandría. En un edicto de Diocleciano se habla de un cuchillo para escamar pescado, y Pólux menciona uno para cortar el queso. Plinio y Columela recomiendan un cuchillo de hueso para cortar la fruta.

El empleo del cuchillo se propagó durante la Edad Media y siguió en aumento en la Edad Moderna. Los hombre solían llevar un cuchillo sujeto a la escarcela, y entre las mujeres era moda llevar un cuchillito pendiente de una cadena.

TEATROS

PERO, CHE, ¡CON ESTE CALOR!

La temporada teatral ha llegado al período comatoso. Ha venido languideciendo día a día, llegando ahora a ese estado lamentable que ofrecen todas las decadencias. En balde fué que un empresario arriesgado ofreciera la novedad de un espectáculo exclusivamente femenino e inútil resulta igualmente que se aligeren de ropa las bataclanas, que se pongan en escena obras realistas o picarescas, que se corran los techos y se planten verdaderos almácigos de ventiladores, que se reduzcan al mínimo los precios de las localidades y que se haga una propaganda intensiva a artistas de más o menos valer. La cosa está que arde y no hay nada que hacerle. Desde la última quincena de diciembre hasta la primera de marzo, pasando por tórridos enero y febrero, el teatro es un cadáver que tiene de tarde en tarde convulsiones eléctricas que no llegan a ser fenómenos vitales.

Durante esta época el público huye del centro a la periferia en busca de un poco de aire puro, produciéndose un movimiento parecido al que puede observarse arrojando a plomo sobre una charca una piedra plana. La gente de teatro, hace más o menos lo mismo y desplazados de Buenos Aires por la temperatura, proyéctanse las compañías hacia provincias para realizar temporadas de mayor beneficio y placer que las que pudieran efectuar en la capital. Son verdaderas temporadas de salud.

Y, sin embargo, el cronista se ve obligado a escribir sobre temas teatrales, sin tema y sin teatros. Tiene que informar al público, comentar y hacer cábalas y pronósticos sobre un fundamento tan deleznable como las charlas con los cómicos rezagados que no quisieron salir afuera, y algún amigo de empresarios, de esos que están bien enterados de todas las noticias que no llegan nunca a confirmarse.

Nos proponíamos divagar un poco acerca de la formación de una compañía ideal, constituída por los mejores elementos de nuestros teatro, pero tendría que ser un conjunto de primeras figuras, porque nadie quiere considerarse de segunda fila. No obstante, desistimos de hacerlo y repetimos la frase corriente, la que todo el mundo tiene a flor de labios cuando se le propone hacer algo:

—Pero, ché, ¡con este calor!

"EL VICIO ERRANTE", de RENE LEVASSEUR, EN EL SMART

La denominación de teatro realista es tan elástica, que caben en ella todas las piezas sin otra condición que la de contener alguna que otra frase descarnada o atrevida y de tanto en tanto una escena escabrosa, que ponga la acción en la linde de lo pecaminoso, sin que llegue a resultar procaz. Claro está que éste es el concepto de teatro realista que usamos para andar por casa. El verdadero realismo teatral es otra cosa superior y más complicada que no hemos de analizar aquí, puesto que nuestro teatro realista no es tal teatro realista.

La obra que nos ocupa pertenece al género epiceno de que hablamos más arriba. Es una serie de escenas sin fondo común, a través de las cuales se va desarrollando un asunto trivial y sin ninguna fuerza de emoción. El autor considera realismo la base de la intriga, que consiste en el mutuo engaño de que se hacen víctimas dos mujeres que simulan ser madre e hija y un inglés que compra el amor de las dos con billetes falsos. A esto está reducido todo, aprovechando esa inverosímil y modesta fábula, para hacer varios diálogos demasiado largos y preparar algunas escenas de comicidad.

Pasó la pieza sin pena ni gloria. Los espectadores aplaudieron tímidamente, con ese desgano propio de las personas que celebran por cortesía una ocurrencia poco feliz. Hubo un momento fugaz de entusiasmo, cuando Anita Palmero se arrancó a cantar un tango, que vino a comprobar la noción caprichosa que el autor de la obra tiene del teatro realista. El tango fué bisado y gustó mucho.

Aparte del éxito personal de la Palmero, contribuyeron a mover la pieza y darle vida, Amelia Sinisterra y Casamayor, que jugaron bien los principales papeles.

BURRADA

A Eugenio Rómulo Gavazzi, que conoce bien las aventuras y desventuras filodramáticas.

En un pueblo de campaña,
por febrero, casi marzo,
(estas cosas truculentas
ocurren siempre en verano),
una comparsa de pobres
cómicos desamparados
con más dramas en sus vidas
que en el repertorio escaso,
se jugaban una noche
la última carta del mazo.
Con gran esmero y cariño
se había estado preparando
una linda pieza cómica
de seguro resultado
que había salido triunfante
en todos los escenarios.
El quid de la cosa estaba
en que un burro amaestrado
saliera a escena un momento
y en otro momento dado
disparara de la escena
como un huracán, llevando
atado a la cola, a un tipo
que hacía el papel de otario.
Para que todo saliera
lindo, fácil y aseado,
y a falta de un burro de esos
que son verdaderos sabios,
se encerró a un burro vulgar
en un pesebre cercano
sin que bebiera una gota
ni probara un mal bocado
y así, cuando ya en escena
llegara el momento álgido
de atarle el gil a la cola
para que huyera el buen asno,
bastaría que de adentro
mostrasen agua en un tacho
y algo de paja y cebada
que rebosara de un saco,
para que el pobre animal
de hambre y sed acuciado
emprendiese una carrera
de liebre que corren galgos.
La idea no estaba mal
y era imposible fracaso.
Pero resultó que un chusco
que estaba bien enterado
de toda aquella tramoya
que se había preparado,
se fué la noche anterior
al pesebre y desatando,
al preso que allí yacía,
lo dejó salir al campo
donde comida y bebida
logró por todo lo alto.
A la mañana siguiente
retornó a su cuadra el asno
y cuando salió a la escena
estaba rechoncho, hinchado,
con más gana de dormir
que de salir disparando.
Le atan el gil a la cola
y el traspunte muy ufano
le ofrece cebada y agua
como espléndido regalo,
pero el animal se queda
como ante una estatua, un chancho.
Por detrás le hace cosquillas
un actor mal inspirado
y el burro se despatarra
levanta la cola un tanto
y ante el asombro de todos
arma tal desaguisado
que si no hubo inundación
fué un verdadero milagro.
Quedó todo a la miseria,
se suspendió el espectáculo
pero tanta fué la risa
y fué el éxito tan franco
que el público le dió fin
con un aplauso cerrado.

PINCHO.

UN PROGRAMA CALUROSO

Respondiendo a las sugestiones de la temperatura, se ha preparado para la presentación de la compañía Arce - Navarro en el Mayo, un programa constituído por "La chicharra", ese animalito de las siestas de estío y "Jugar con fuego", que es lo que hacemos los que paseamos de día por las calles de la ciudad. El debuto estaba anunciado para el jueves último, pero a beneficio de inventario, porque había que preparar toda esa inacabable serie de detalles que acompañan a toda presentación. Comentaremos.

MAS ALLA DE LAS CINCUENTA

En el Maipo, que resiste valientemente las contrariedades de la estación, pasó las 50 representaciones consecutivas la última revista titulada "Para todos los gustos". Sin la competencia de otros teatros a su altura, el Maipo desarrolla su temporada con todo éxito y mucho público.

EL FESTIVAL DE LOS AUTORES

El sábado último debió realizarse en el Nacional la fiesta a beneficio de la Sociedad Argentina de Autores. Se había preparado un programa extraordinario, como para dos noches consecutivas con su día intermedio, a fin de satisfacer todos los paladares.

GENERO PICARESCO

Los pícaros actores del Ateneo siguen dando piezas de autores tan pícaros como ellos. Ahora la gente demuestra gran interés por esta clase de espectáculos, que dan buenas entradas y ello es lo que se trataba de demostrar.

ESTRENO SENSACIONAL

Debió estrenarse en el Avenida "La calesera", zarzuela española del maestro Alonso, que alcanzó ruidosos éxitos en Madrid y en París. En el número próximo le dedicaremos amplio comentario.

OPERETAS Y ZARZUELAS

La compañía lírica española que actúa en el Buenos Aires, ha venido dando con gran éxito "Doña Francisquita", la interesante pieza del maestro Vives, que es un socorrido recurso para entusiasmar al público y hacer ir al teatro a los más recalcitrantes. Se cantó "La verbena de la Paloma" y es posible que ya se esté dando "La danza de las libélulas" en versión española.

BATACLAN BARATO

Con excelente éxito actúa en el Marconi una compañía de bataclán barato que cuenta entre otros elementos, con el parodista Buonavoglia, que tiene siempre muchos admiradores. Las revistas "Si pegamos, seguimos" y "Abran cancha a los criollos", resultaron de mucho éxito, por lo que es de suponer que perdure la temporada que se inició con tan favorables auspicios.

LAS DELICIAS DE LA PANTALLA.

En el Grand Splendid. — El calor es el gran amigo del cine o, por lo menos, de los cines que por su frescura ofrecen un oasis a los fatigados transeuntes de la capital. El Grand Splendid es uno de los que mejor llenan esa misión, porque su espaciosa sala es fresca y aireada, al punto de que parece una residencia veraniega. Aparte de eso, sus programas son siempre selectos y novedosos.

Capitol. — Otra de las salas privilegiadas es el Capitol. Los buenos aficionados saben bien que cuando es necesario ver una cinta interesante y novedosa para matar el spleen estival, no hay como ir al Capitol. Las mejores marcas nacionales y extranjeras están en sus programas y no hay cinta sensacional que no aparezca en su programa antes que en cualquier otro.

Cine Parc. — Las familias de Palermo saben todo lo que vale esta sala como punto agradable de reunión. Sus excelentes condiciones para contrarrestar el calor de estos días y el interés que siempre ofrecen sus programas, son atractivos suficientes para justificar la predilección de que goza el Cine Parc, que no tiene rivales en aquel distinguido barrio.

Ultimas creaciones de la moda femenina

Modelos de la casa Marthe Pinchart, rue Volney, 2, París,
especialmente ejecutados para *Fray Mocho.*



Modelos que actualmente se llevan en París y que se usarán en Buenos Aires, durante el próximo invierno.—1. Abrigo capa, para tarde, confeccionado en terciopelo negro y adornado con piel seda y metal.—2. Abrigo de terciopelo de lana verde, piel marrón y adornos en color.—3. Abrigo de terciopelo de Smirna sobre fondo gris beige, jaspeado de rojo y de verde.

Tall. Graf. A. Garcia & Cía. - Patagones 2490
INDUSTRIA ARGENTINA